

RUY DÍAZ DE GUZMÁN (1560 - 1629)

HISTORIA ARGENTINA DEL DESCUBRIMIENTO....

ÍNDICE

Dedicatoria del autor

Prólogo

LIBRO I

De la descripción y descubrimiento de las provincias del Río de la Plata, desde el año de 1512 y 15 que la descubrió Juan Díaz de Solís, hasta que, por muerte del General Juan de Ayolas, quedó con la superior gobernación el capitán Domingo Martínez de Irala

CAPÍTULO I

Quién fue el primer descubridor de esta provincia

CAPÍTULO II

De la descripción del Río de la Plata, comenzando de la costa del mar

CAPÍTULO III

De la descripción de lo que contiene dentro de sí este territorio

CAPÍTULO IV

En que se acaba la descripción del Río de la Plata

CAPÍTULO V

De una entrada, que cuatro portugueses del Brasil hicieron por tierra, hasta los confines del Perú

CAPÍTULO VI

De la armada con que entró en esta Provincia del Río de la Plata Sebastián Gaboto

CAPÍTULO VII

De la muerte del capitán don Nuño de Lara, la de su jefe, con lo demás sucedido por traición de indios amigos

CAPÍTULO VIII

De lo que sucedió a la gente del bergantín, y cómo apresaron los españoles un navío francés, y ganaron una victoria a los portugueses

CAPÍTULO IX

Del descubrimiento de César y sus compañeros.

CAPÍTULO X

Cómo don Pedro de Mendoza pasó por Adelantado y Gobernador de estas Provincias y la armada que trajo

CAPÍTULO XI

De cómo la armada entró en el Río de la Plata y de la muerte de don Diego de Mendoza.

CAPÍTULO XII

De la hambre y necesidad, que padeció toda la armada

CAPÍTULO XIII

De la jornada que don Pedro de Mendoza mandó hacer al General Juan de Ayolas y al capitán Domingo Martínez de Irala

CAPÍTULO XIV

De las cosas que sucedieron en esta provincia después de la partida de don Pedro de Mendoza

CAPÍTULO XV

De lo que sucedió al capitán Domingo Martínez de Irala río arriba, y la muerte de Juan de Ayolas

CAPÍTULO XVI

De lo que sucedió después de la muerte de Juan de Ayolas, acerca del Gobierno de esta Provincia

CAPÍTULO XVII

Cómo se despobló el puerto de Buenos Aires, juntándose los Conquistadores en el de la Asunción

CAPÍTULO XVIII

De la traición que intentaron los indios contra los Conquistadores juntos en la Asunción

LIBRO II

De lo que acaeció en esta provincia desde que vino a ella por Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca el año 1540, hasta la venida del primer obispo D. Fray Pedro de la Torre

CAPÍTULO I

Cómo salió de Castilla el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y discurso de su viaje

CAPÍTULO II

De lo que hizo el Adelantado, después que llegó a la Asunción y de lo que sucedió en la tierra

CAPÍTULO III

De la entrada que hizo el Adelantado por el puerto de los Reyes, y de algunas discordias y sucesos que después se ofrecieron

CAPÍTULO IV

Cómo los oficiales reales y otros caballeros y capitanes prendieron al Adelantado, y de lo demás que sucedió

CAPÍTULO V

De la remisión del Adelantado a Castilla, y de los tumultos que después hubo

CAPÍTULO VI

Cómo en este tiempo llegó a la provincia Francisco de Mendoza con la compañía de Diego de Rojas, que salió del Perú

CAPÍTULO VII

De la entrada que hizo Domingo de Irala hasta los confines del Perú, de donde envió a ofrecerse al Presidente Gasca para el Real servicio

CAPÍTULO VIII

De lo que sucedió en la Asunción. De la elección del capitán Diego de Abreu, y cómo cortaron la cabeza al capitán don Francisco de Mendoza

CAPÍTULO IX

Cómo el capitán Diego de Abreu despachó a España a Alonso Riquelme de Guzmán, y cómo se perdió, y la vuelta del general Domingo Martínez de Irala

CAPÍTULO X

De cómo en este tiempo salió del Perú el capitán Juan Núñez de Prado a la población de la provincia de Tucumán, después que el presidente Gasca venció a Gonzalo Pizarro

CAPÍTULO XI

De la jornada que hizo Domingo Martínez de Irala, llamada la Mala Entrada

CAPÍTULO XII

De la población del río de San Juan, y de cómo no pudo mantenerse, y de la pérdida de la Galera

CAPÍTULO XIII

De una entrada que hizo Domingo Martínez de Irala a la Provincia del Guairá, y lo que sucedió

CAPÍTULO XIV

De la población de la Villa de Ontiveros en la provincia del Paraná, donde algunos se retiraron a vivir

CAPÍTULO XV

Del proveimiento que S.M. hizo de este Gobierno en el Adelantado Juan de Sanabria

CAPÍTULO XVI

De la entrada de don Fray Pedro de la Torre, primer Obispo de esta Provincia, y lo que proveyó S.M.

LIBRO III

De los discursos de esta conquista desde el año 1555, en que S.M. hizo merced de esta Gobernación a Domingo Martínez de Irala hasta la prisión del General Felipe de Cáceres, y fundación de la ciudad de Santa Fe

CAPÍTULO I

De la publicación de las cédulas de S.M. y de lo que en su virtud hizo el Gobernador Domingo Martínez de Irala

CAPÍTULO II

De cómo el Capitán Pedro de Segura Zavala fue enviado por el Gobernador al despacho de la nao que vino de Castilla, y quedó en el puerto de San Gabriel

CAPÍTULO III

De las poblaciones, que en este tiempo mandó hacer el Gobernador, y las cosas que en ellas acaecieron

CAPÍTULO IV

De la salida del capitán Nuño de Chaves a la población de los Yarayes, y sucesos de ella

CAPÍTULO V

Cómo en este tiempo murió el gobernador Domingo Martínez de Irala, y lo que sucedió a Nuño de Chaves

CAPÍTULO VI

De lo que sucedió al general Nuño de Chaves después de la división de su armada

CAPÍTULO VII

De la vuelta de los soldados que se dividieron de Nuño de Chaves hasta llegar a la Asunción

CAPÍTULO VIII

En que se trata el general levantamiento de los indios de la provincia del Paraguay y Paraná

CAPÍTULO IX

Del levantamiento de los indios del Guairá contra el capitán Melgarejo, a cuyo socorro fue el capitán Alonso Riquelme

CAPÍTULO X

De la venida de Ruy Díaz Melgarejo a la Asunción, y cómo se quemó una carabela que se había de enviar de aviso a España

CAPÍTULO XI

De la salida que hizo el Gobernador para el Reino del Perú, y gente que sacó en su compañía

CAPÍTULO XII

Cómo en este tiempo llevaron preso a la real Audiencia a Francisco de Aguirre, Gobernador del Tucumán

CAPÍTULO XIII

De lo que sucedió a Francisco de Vergara en el Perú, y de la vuelta del obispo

CAPÍTULO XIV

Del castigo que hizo don Diego de Mendoza por la muerte de Nuño de Chaves, y de los encuentros que tuvo el General y su compañía con los indios

CAPÍTULO XV

De la guerra que los indios hicieron en el camino a Felipe de Cáceres y su compañía

CAPÍTULO XVI

De un tumulto que se levantó contra el capitán Alonso Riquelme, y del socorro que se le dio

CAPÍTULO XVII

Del viaje que hizo Felipe de Cáceres a Buenos Aires, y de la vuelta de Alonso Riquelme a la provincia del Guairá y su prisión

CAPÍTULO XVIII

De las disensiones que hubo en la Asunción entre el Obispo y el General Felipe de Cáceres hasta su prisión

CAPÍTULO XIX

Cómo fue llevado Felipe de Cáceres a Castilla. La población de Santa Fe, y de cómo los pobladores se toparon con el Gobernador de Tucumán.

DEDICATORIA DEL AUTOR

A Don Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, mi Señor, Duque de Medina-Sidonia, Conde de Niebla y Marqués de Gibraleón.

Aunque el discurso de largos años suele causar las más veces en la memoria de los hombres, mudanzas, y olvido de las obligaciones pasadas, no se podrá así decir de Alonso Riquelme mi padre, hijo de Ruidiaz de Guzmán mi abuelo, vecino de Jerez de la Frontera, antiguo servidor de esa antigua casa tan ilustrísima, en la cual, habiéndose criado mi padre desde su niñez hasta los veinte años de su edad, sirvió de page y secretario al exmo. señor don Juan Alaros de Guzmán, y a mi señora la Duquesa doña Ana de Aragón, dignísimos abuelos de V.E., de donde el año de 1540 pasó a las Indias con el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de Gobernador del Río de la Plata, a quien sucedieron las cosas más adversas que favorables, fue preso y llevado a España, y quedando mi padre en esta provincia, le fue forzoso asentar casa, tomando estado de matrimonio con doña Ursula de Irala, y continuando el real servicio, al cabo de cincuenta años falleció de esta vida, dejándome en ella con la misma obligación como a primogénito suyo, la cual de mi parte he tenido siempre presente, en el reconocimiento de su memorable fama, con más amor y afición, que de apartado criado, y no es mucho que el valor del linaje, y genealogía tan antigua de V.E. tire para sí a los que nacimos con esta deuda, pues se lleva consigo las aficiones y voluntades de los más extraños del mundo, mayormente de los que tienen como yo el deseo y voluntad de mostrar la gratitud mía con mis pequeñas fuerzas, de donde vine a tomar atrevimiento de ofrecer a V.E. este humilde y pequeño libro, que compuse en medio de las vigiliias, que se me ofrecieron del servicio de S.M. en que siempre me ocupé desde los primeros años de mi puericia hasta ahora, y puesto que el tratado es de cosas menores y falto de toda erudición y elegancia, al fin es materia que trata de nuestros españoles, que con valor y suerte emprendieron aquel descubrimiento, población y conquista, en la cual sucedieron a las personas cosas dignas de memoria, y aunque en tierra miserable y pobre, ha sido Dios Nuestro Señor servido de extender tan largamente en aquella provincia la predicación evangélica con gran fruta y conversión de sus naturales, que es el principal intento de los Católicos Reyes Nuestros Señores. A V.E. humildemente suplico se digne de recibir y aceptar este pobre servicio, como fruta primera de tierra tan inculta y nueva, y falta de erudición y disciplina, no mirando la bajeza de su quilate, sino la alta fineza de la voluntad, con que de mi parte es ofrecido para ser amparada debajo del soberano nombre de V.E., a quien la Magestad Divina guarde con la felicidad que merece y yo su menor viador deseo, que es fecha en la ciudad de la Plata, Provincia de los Charcas, a 25 de junio de 1612 años.

RUIDIAZ DE GUZMÁN

PRÓLOGO

No sin falta de consideración, discreto lector, me moví a un intento tan ajeno de mi profesión, que es militar, tomando la pluma para escribir estos anales del descubrimiento, población y conquista de las Provincias del Río de la Plata, donde en diversas armadas pasaron más de cuatro mil españoles, y entre ellos muchos nobles y personas de calidad, todos los cuales acabaron sus vidas en aquella tierra, con las mayores miserias, hambres y guerras, de cuantas se han padecido en las Indias, no quedando de ellos más memoria, que una fama común y confusa de su lamentable tradición, sin que hasta ahora haya habido quien por sus escritos nos dejase alguna noticia de las cosas sucedidas en 82 años, que hace comenzó esta conquista --de que recibí tan afectuoso sentimiento, como era razón, por aquella obligación que cada uno debe a su misma patria, que luego me puse a inquirir los sucesos de más momento que me fueron posible, tomando relación de algunos antiguos conquistadores, y personas de crédito con otras que yo fui testigo, hallándome en ellas en continuación de lo que mis padres y abuelos hicieron en acrecentamiento de la Real Corona; con que vine a recopilar este pequeño libro tan corto y humilde, cuanto lo es mi entendimiento y bajo estilo, sólo con el celo de natural amor, y de que el tiempo no consumiese la memoria de aquellos que con tanta fortaleza fueron merecedores de ella, dejando su propia quietud y patria por conseguir empresas tan dificultosas. En todo he procurado satisfacer esta deuda con la narración más fidedigna que me fue posible: aunque entiendo que algunos quedarán con más sentimientos que gratitud, por no poder satisfacerles, según lo que merecen; y otros cuyos pasados no anduvieron tan ajustadamente, como debían; mas como el alma de la historia es la pureza y verdad, será fuerza pasar adelante con el fin de ella, por lo cual suplico humildemente a todos los que la vieren, reciban mi buena intención, y suplan con discreción las muchas faltas que en ella se ofrecen.

LIBRO I

De la descripción y descubrimiento de las provincias del Río de la Plata, desde el año de 1512 y 15 que la descubrió Juan Díaz de Solís, hasta que, por muerte del General Juan de Ayolas, quedó con la superior gobernación el capitán Domingo Martínez de Irala

CAPÍTULO

I

Quién fue el primer descubridor de esta provincia

Después que el adelantado Pedro de Vera mi rebisabuelo, por orden de los reyes católicos D. Fernando y D^a. Isabel, conquistó las islas de la gran Canaria, que antiguamente se dijeron Fortunadas, luego el Rey de Portugal mandó poblar las islas de Cabo Verde, que

están de aquel cabo de la equinoccial, y cursar el comercio de la mina de Guinea; por el consiguiente el año de 1493 salió de Lisboa un capitán llamado Américo Vespucio por orden del mismo rey D. Juan a hacer navegación al occidente, al mismo tiempo que Cristóbal Colón volvía a España del descubrimiento de las Indias.

Este capitán Américo Vespucio llegó a Cabo Verde, y continuando su jornada, pasó la equinoccial de este cabo del polo antártico hacia el oeste y mediodía, de manera que llegó a reconocer la tierra y costa, que hoy llaman del Brasil junto al cabo de San Agustín, que está ocho grados de esta parte de la línea, de donde corriendo aquella costa, descubrió muchos puertos y ríos caudalosos, toda muy poblada de gente caribe y carnícera, los más septentrionales se llaman Tobayaraes, y Tamoyos; los australes se dicen Tupisnambas y Tupisnaxis, son muy belicosos, y hablan todos casi una lengua, aunque con alguna diferencia, andan todos desnudos, en especial los varones, así por el calor de la tierra, como por ser su antigua costumbre.

Y como de este descubrimiento naciese entre los reyes de Castilla y Portugal cierta diferencia y controversia, el Papa Alejandro VI, hizo nueva división entre las dos coronas, señalando cierta línea y demarcación, para que cada uno de los reyes continuase sus navegaciones y conquista: los cuales aprobaron la dicha concesión en Tordesillas, en 7 días del mes de junio, año de 1494. Y con esta demarcación los portugueses pusieron su padrón y término en la isla de Santa Catalina, plantando allí una columna de mármol con las quinas y armas de su rey, que está en 28 grados poco más o menos de la equinoccial, distante cien leguas del Río de la Plata para el Brasil. Y así comenzaron los portugueses a surcar esta costa, por haber en aquella tierra mucho palo del Brasil, y malagueta, y algunas esmeraldas que hallaron entre los indios, de donde llevaban para Portugal mucha plumería de diversos colores, papagayos y monos diferentes de los de África, demás de ser tierra muy fértil y saludable de buenos y seguros puertos.

Quiso el rey D. Manuel dar orden que se poblase, y así el año de 1503 dio y repartió esta costa a ciertos caballeros, concediéndoles la propiedad y capitanía de ellas, como fue la que le cupo a Martín Alfonso de Sosa, que es la que hoy llaman San Vicente, la cual pobló el año 1506 y repartiéndose lo demás a otros caballeros hasta dar vuelta a la otra parte del cabo de San Agustín, se le dio, y cupo en suerte a un caballero llamado Alfonso de Albuquerque, el lugar donde pobló la villa do Olinda, que es la que hoy llaman Pernambuco por estar situada en un brazo de mar, que los naturales llaman Paranambú, de donde se le dio esta denominación. Está de la equinoccial ocho grados, es el más populoso y rico lugar de todo el Brasil por el comercio y contratación de muchos reinos y provincias, así de naturales como de extranjeros.

El año de 1512, salió de Castilla Juan Díaz de Solís, vecino de la villa de Lebrija, para las Indias Occidentales: éste era piloto mayor del rey, y con su licencia, aunque a su propia costa, siguió esta navegación que entonces llamaban de los Pinzones, por dos hermanos que fueron compañeros de Cristóbal Colón en el descubrimiento de las Indias; y continuando su derrota, llegó al cabo de San Agustín, y costeano la vía meridional, vino a navegar 700 leguas hasta ponerse en 40 grados; y retrocediendo a mano derecha, descubrió la boca de este gran Río de la Plata, a quien los naturales llaman Paraná Guazú,

que quiere decir río como mar, a diferencia de otro de este nombre Paraná. Así éste lo es de forma que es uno de los más caudalosos del mundo, por el cual Juan Díaz de Solís entró algunas jornadas hasta tomar puerto en su territorio, donde, pareciéndole muy bien, puso muchas cruces, como que tomaba posesión de los árboles que en aquella tierra son muy grandes, y teniendo comunicación con los naturales, le recibieron con buen acogimiento, admirándose de gente tan nueva y extraña; y al cabo de pocos días, sobreviniéndole una tormenta por no haber acertado a tomar puerto conveniente, salió derrotado al ancho mar, y se fue a España con la relación de su jornada, llevando de camino mucho brasil y otras cosas de aquella costa de que fue cargado; y el año 1519, Fernando Magallanes por orden de S.M., salió a descubrir el estrecho, que de su nombre se dice de Magallanes, para entrar en el mar del sur en busca de las islas Malucas, ofreciéndose este eminente piloto de nación portugués, descubrir diferente camino del que los portugueses habían hallado, que fue más breve: atravesó con buen viaje el cabo de San Agustín entre el poniente y sur, donde estuvieron muchos días comiendo él y sus soldados cañas de azúcar y unos animales como vacas, aunque no tienen cuernos, que llaman antas.

De aquí partió el mismo año a último de marzo para el mediodía, y llegó a una bahía que está en 40 grados, haciendo allí su invernada; y reconocido el Río de la Plata, fueron costeano lo que dista para el estrecho hasta 50 grados, donde saltando en tierra siete arcabuceros, hallaron unos gigantes de monstruosa magnitud, y trayendo consigo tres de ellos, los llevaron a las naos, de donde se les huyeron dos, y metiendo el uno en la capitana, fue bien tratado de Magallanes, aceptando algunas cosas, aunque con rostro triste; tuvo temor de verse en un espejo, y por ver las fuerzas que tenía, le hicieron que tomase a costas una pipa de agua, la cual se la llevó como si fuese una botija, y queriendo irse, cargaron sobre él ocho o diez soldados, y tuvieron bien que hacer para atarle, de lo cual se disgustó tanto que no quiso comer, y de puro coraje murió. Tenía de altura trece pies, otros dicen que quince.

De aquí pasó adelante Magallanes a tomar el estrecho, haciendo aquella navegación tan peregrina en que perdió la vida, quedando en su lugar Juan Sebastián Cano, natural de Guetaria, el cual anduvo, según todos dicen, 14.000 leguas en la nao Victoria, de donde se le dio por armas un globo, en que tenía puestos los pies con una letra, que decía: primus circumdedisti me; no pudiendo seguirle en esta larga jornada Álvaro de Mezquita, dio vuelta al mar del norte para España, donde llegado, dio noticia de lo que hasta allí se había descubierto y navegado; de manera que de lo dicho se infiere haber sido Américo Vespucio el primero que descubrió la costa del Brasil, de quien le quedó a esta cuarta parte del mundo su nominación: Solís el que halló la boca del Río de la Plata, y el primero que navegó y entró en él; y Magallanes el primer descubridor del estrecho, que costó lo que hay desde el Río de la Plata hasta los 56 grados de esta tierra y sus comarcas.

CAPÍTULO II

De la descripción del Río de la Plata, comenzando de la costa del mar

Habiendo de tratar en este libro las cosas sucedidas en el descubrimiento y población de las provincias del Río de la Plata, no es fuera de propósito describirlas con sus partes y calidades, y lo que contiene en latitud y longitud con los caudalosos ríos, que se reducen en el principal, y la multitud de indios naturales de diversas naciones, costumbres y lenguajes, que en sus términos incluyen; para lo cual es de saber que esta gobernación es una de las mayores, que Su Majestad tiene y posee en las Indias; porque a más de habersele dado de costa al mar Océano 400 leguas de latitud, corre de largo más de 800 hasta los confines de la gobernación de Serpa y Silva, por medio del cual corre este río hasta el mar Océano, donde sale con tan gran anchura, que tiene más de 85 leguas de boca, haciendo un cabo de cada parte: el que está al lado del sur a mano izquierda, como por él entramos, se llama Cabo Blanco, y el otro que está al lado del norte a mano derecha, se dice de Santa María junto a las islas de los castillos, que son unos médanos de arena, que de muchas leguas parecen del mar adentro.

Está este cabo en 35 grados poco más, y el otro en 37 y medio, del cual para el estrecho de Magallanes hay 18 grados. Corre esta gobernación a esta parte, según lo que S.M. le concede, 200 leguas. Es toda aquella costa muy rasa, falta de leña, y de pocos puertos y ríos, salvo uno que llaman del Inglés a la primera vuelta del cabo, y otro muy adelante, que llaman la Bahía sin Fondo, que está de esta otra parte de un gran río, que los de Buenos Aires descubrieron por tierra el año de 1605, saliendo en busca de la noticia, que se dice de los Césares, sin que por aquella parte descubriesen cosa de consideración, aunque se ha entendido haberla más arrimado a la Cordillera, que de Chile para el estrecho, y no a la costa del mar por donde fueron descubriendo; y más adelante el de los Gigantes hasta el de Santa Ursula, que está en 53 grados hasta el Estrecho. Vuelto al otro cabo para el Brasil, hay otras 200 leguas por lo menos hasta la Cananea de donde el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca puso sus armas por límite y término de su gobierno. La primera parte de esta costa, que contiene con el Río de la Plata, es llana y desabrigada hasta la isla de Santa Catalina, con dos o tres puertos para navíos pequeños; el primero es junto a los Castillos; el segundo es el Río Grande que dista 60 leguas del de la plata; éste tiene dificultad en la entrada por la gran corriente con que sale al mar, frontero de una isla pequeña que le encubre la boca, y entrando dentro, es seguro y anchuroso, y se extiende como lago a cuyas riberas de una y otra parte están poblados más de 20.000 indios guaraníes, que los de aquella tierra llaman Arechanes, no porque en las costumbres y lenguajes se diferenciaren de los demás de esta nación, sino porque traen el cabello revuelto y encrespado para arriba. Es gente muy dispuesta y corpulenta, y ordinariamente tienen guerra con los indios Charrúas del Río de la Plata, y con otros de tierra adentro, que llaman Guayanaes, aunque este nombre dan a todos los que no son guaraníes, puesto que tengan otros propios.

Está este puerto y río en 32 grados, y corriendo la costa arriba, hay algunos pueblos de indios de esta misma nación: es toda ella de muchos pastos para ganados mayores y menores, y por la falda de una cordillera no muy distante de la costa que viene del Brasil, da muy bien la caña de azúcar, y algodón, de que se visten y aprovechan. Es cosa cierta haber en esta tierra oro y plata, por lo que han visto algunos portugueses, que han estado entre estos indios, y por lo que se ha descubierto de minerales en aquel mismo término a

la parte de San Vicente, donde don Francisco de Sosa está poblado. De este río 40 leguas más adelante está otro puerto, que llaman la Laguna de los Patos, que tiene a la entrada una barra dificultosa: es de buen cielo y temple, muy fértil de mantenimientos y muy cómodo para hacer ingenios de azúcar. Dista de la equinoccial 28 y medio grados: hay en este asiento y comarca poblados como 1.000 indios guaraníes, tratables y amigos de los españoles.

De aquí al Puerto de D. Rodrigo habrá cuarenta leguas, es acomodado para el comercio de esta gente, y seis leguas más adelante está la isla de Santa Catalina, uno de los mejores puertos de aquella costa, porque entre la isla y tierra firme hace algunos senos y bahías muy espaciosas y capaces de tener seguros muchos navíos los más grandes; hace dos bocas, una al sud-oeste, y otra al norte. Fue esta isla muy poblada de indios guaraníes, y en este tiempo está desierta, porque se han ido los naturales a tierra firme, y dejando la costa, se han metido dentro de los campos y pinales de aquella tierra. Tiene la isla más de siete leguas de largo, y más de cuatro de ancho: toda ella de grandes bosques y montañas, de muchas y muy buenas aguas, y muy caudalosas para ingenios de azúcar. Desde allí adelante es toda la costa áspera y montuosa, grandes arboledas y muchas frutas de la tierra, y cada cuatro o cinco leguas un río y puerto acomodado para navíos, en especial el de San Francisco, que es tan hondo, que pueden surgir en él con gran seguridad muy gruesos navíos, y tocar con los espolones en tierra.

De allí a la Cananea hay 32 leguas, a donde caen las barras del Paraguay, y la de Ararapira, con otros puertos y ríos. El de la Cananea está poblado de indios caribes del Brasil, tiene un río caudaloso, que sale al mar con un puerto razonable en la boca, y tres islas pequeñas enfrente, de donde hay 30 leguas a San Vicente. Es toda esta costa de mucha pesquería y caza, así de jabalíes, puercos monteses, antas, venados y otros diversos animales, como de monos, papagayos y aves de tierra y agua.

Hállanse en muchas partes de esta costa, perlas gruesas y menudas en conchas, y ostriones en cantidad, y mucho ámbar que la mar echa en la costa, la cual comen las aves y animales. Fue antiguamente muy poblada de naturales, los cuales, con las guerras que unos con otros tenían, se destruyeron; y otros, dejando sus tierras, se fueron a meter por aquellos ríos, hasta salir a lo alto, donde el día de hoy están poblados en los campos que corren y confinan con el Río de la Plata o Paraná del Guayrá.

CAPÍTULO III

De la descripción de lo que contiene dentro de sí este territorio

En el capítulo pasado comencé a describir lo que hay en el término y costa de aquella gobernación: en éste lo haré lo más breve que me sea posible de lo que hay a una y otra parte del Río de la Plata, hasta el Mediterráneo; para lo cual es de suponer que en este territorio hay muchas provincias y poblaciones de indios de diversas naciones, por medio de las cuales corren muy caudalosos ríos, que todos vienen a parar como en madre principal a este de la Plata, que por ser tan grande le llaman los naturales guaraníes,

Paraná Guazú, como tengo dicho. Y así tomaré por margen de esta descripción el mismo Río desde la mar. Comenzando primero por la parte de la mano derecha, como que por él entramos, que es el Cabo de Santa María, del cual a una isla y puerto que llaman de Maldonado, hay diez leguas, toda rasa y llana, dejando a vista dentro del mar la de los Lobos.

Este Maldonado es buen puerto, y tiene en tierra firme una laguna de mucha pesquería. Corren toda esta isla los indios Charrúas de aquella costa, que es una gente muy dispuesta y crecida, la cual no se sustenta de otra cosa, que de caza y pescado. Son muy osados en el acometer, y crueles en el pelear, y después muy humanos y piadosos con los cautivos. Tiene fácil entrada, por cuya causa no tendría seguridad, siendo acometida por mar. Más adelante está Montevideo, llamado así por los portugueses, donde hay un puerto muy acomodado para una población, por tener extremadas tierras de pan y pasto para ganados, de mucha caza de gansos, perdices y avestruces. Lleva no muy distante de la costa una cordillera, que viene costeando del Brasil, y apartándose de ella se mete tierra adentro, cortando la mayor parte de esta gobernación, y extendiéndose hacia el norte, se entiende que vuelve a cerrar a la misma costa abajo de la bahía.

De aquí a la isla de San Gabriel hay veinte leguas, dejando en medio el puerto de Santa Lucía. Esta isla es pequeña y de mucha arboleda: y está de tierra firme poco más de dos leguas, donde hay un puerto razonable, pero no tiene el abrigo necesario para los navíos que allí aportan. En este paraje desemboca el río muy caudaloso del Uruguay, de que tengo ya hecho mención, el cual tiene allí de boca, cerca de tres leguas, y dentro de él un pequeño río que llaman de San Juan, junto a otro de San Salvador, puerto muy acomodado; diez leguas de él adelante uno que llaman Río Negro, del cual arriba a una y otra mano están infinitos, en especial uno caudaloso que tiene por nombre Pipirí, donde es fama muy notoria haber mucha gente que posee oro en cantidad, que trae este río entre sus menudas arenas.

Este río tiene su nacimiento del Uruguay, de las espaldas de la isla de Santa Catalina, y corriendo hacia el mediodía se aparta de la Laguna de los Patos para el occidente por muchas naciones y tierras pobladas de indios que llaman Guayanas, parte Chobacas, que son casi todos de una lengua aunque hasta ahora no han visto españoles, ni entrado éstos en sus tierras, mas de las relaciones que de los Guaraníes se han tomado, y corriendo muchas leguas, viene este río a pasar por una población muy grande de indios guaraníes, la cual llaman Tape o Taba, que quiere decir ciudad. Esta es una provincia de las mejores y más pobladas de este gobierno, la cual dejando aparte por el Río de la Plata arriba ciento cincuenta leguas a la misma mano, se va por muchas naciones y pueblos de diferentes costumbres y lenguajes, que la mayor parte no son labradores, hasta las Siete Corrientes, donde se juntan dos ríos caudalosos, el uno llamado Paraguay, que viene de la siniestra, el otro Paraná, que sale de la derecha; éste es el principal que recibe todos los ríos, que salen de la parte del Brasil; tiene de ancho por todo lo más de su navegación una legua, en partes dos. Baja al pie de 300 leguas hasta juntarse con el del Paraguay, en cuya boca está fundada una ciudad, que llaman de San Juan de Vera de las Corrientes, que está en altura de 28 grados, de la cual, y de su fundación y conquista, en su lugar haremos mención.

Luego como por este río se entra, es apacible para navegar, y antes de cuarenta leguas descubren muchos bajíos y arrecifes, donde hay una laguna a mano izquierda del río, que llaman de Santa Ana, muy poblada de indios Guaraníes, hasta donde entra otro muy caudaloso a la misma mano, que llaman Iguazú, que significa río grande: viene de las espaldas de la Cananea, y corre doscientas leguas por gran suma de naciones de indios: los primeros y más altos son todos Guaraníes, y bajando por el sur, entra por los pueblos de los que llaman Chobas, Munuz, y Quis o Chiquis, tierra fría, y de grandes pinales hasta entrar en este del Paraná, por el cual subiendo treinta leguas, está aquel extraño Salto, que entiendo ser la más maravillosa obra de naturaleza que hay: porque la furia y velocidad con que cae todo el cuerpo de agua de este río, son más de 200 estados por once canales, haciendo las aguas un humo espesísimo en la región del aire, de los vapores que causan sus despeñaderos por las canales que digo. De aquí abajo es imposible poderse navegar con tantos batientes y rebatientes que hace con grandes remolinos y borbollones, que se levantan como nevados cerros.

Cae toda el agua de este Salto en una como caja guarnecida de duras rocas y peñas, en que se estrecha todo el río en un tiro de flecha, tomando por lo alto del Salto más de dos leguas de ancho, de donde se reparte en estos canales, que no hay ojos ni cabeza humana que puedan mirar sin desvanecerse, y perder la vista. Oyese el ruido de este salto ocho leguas como una nube blanquísima. Tres leguas más arriba está fundada una ciudad, que llaman Ciudad Real, en la boca de un río que se dice Pequirí; está en el mismo Trópico de Capricornio, por cuya causa es lugar enfermísimo, y lo es todo lo más del río y provincia que llaman de Guairá, tomando el nombre de un cacique de aquella tierra. Doce leguas más adelante entran dos ríos, el uno a mano derecha, que se dice Ubay, y el otro a la izquierda, llamado Muñú, que baja de la Provincia de Santiago de Jerez, de la cual y su población, a su tiempo se hará mención.. El otro viene de hacia el este, donde está fundada 50 leguas por él adentro, la Villa Rica del Espíritu Santo, en cuya jurisdicción y comarca hay más de 200 mil indios Guaraníes poblados, así por los ríos y montañas, como en los campos y pinales que corren hasta San Pablo, población del Brasil; y corriendo río arriba del Paraná, hay otro muy caudaloso que viene de hacia el Brasil, llamado Paraná-Pané, en el cual están muchos, que todos ellos son muy poblados, en especial el que dicen Altibuirá, que tiene por él adentro más de 100 mil indios poblados de esta nación. Nace de una cordillera que llaman Socau, que dista poco de San Pablo, y juntándose con otros, se hace caudaloso, y rodea el Cerro de Nuestra Señora de Montserrat, que tiene de circuito cinco leguas, por cuyas faldas sacan los portugueses de aquella costa mucho oro rico de 23 kilates; y en lo alto de él se hallan muchas vetas de plata, cerca del cual D. Francisco de Sosa, caballero de esta nación, fundó un pueblo que hoy día permanece, y se va continuando su efecto y el beneficio de las minas de oro y plata.

Y volviendo al principal de este río, entra en el otro muy grande; aunque de muchos arrecifes y saltos, que los naturales llaman Anembí. Este nace de las espaldas de Cabo Frío, y pasa por la Villa de San Pablo, en cuya ribera está poblada; no tiene indios ningunos, porque los que había, fueron echados y destruidos de los portugueses por una rebelión y alzamiento, que contra ellos intentaron, poniendo cerco a la villa para asolarla,

con que no salieron con su intento. El día de hoy se comunican por este río los portugueses de la costa con los castellanos de esta Provincia de Guairá: más adelante por el Paraná arriba entran otros muchos ríos en especial el Paraná Ibaúy, y otro, que dicen sale de la Laguna del Dorado, que viene de la parte del norte, de donde han entendido algunos portugueses que cae aquella laguna tan mentada. Los moradores de ella poseen muchas riquezas, del cual adelante viene este poderoso río por grandes poblaciones de naturales, hasta donde se disminuye en muchos brazos y fuente, de que viene a tomar todo su caudal, según hasta donde lo tengo navegado, el cual dicen los portugueses, tiene su nacimiento en el paraje y altura de la bahía, cabeza de las ciudades del Brasil.

CAPÍTULO IV

En que se acaba la descripción del Río de la Plata

Bien se ha entendido, como tengo declarado en el capítulo pasado, que entrando por el Río de la Plata, a mano derecha caen los ríos y provincias de que tengo hecha relación. En éste diré lo que contiene sobre mano izquierda a la parte del sur, tomando la costa del Río de la Plata, arriba en esta forma: desde el Cabo Blanco para Buenos Aires es tierra muy rasa y desabrigada, de malos puertos, falta de leña, de pocos ríos, salvo uno, que está 20 leguas adelante, que llaman de Tubichamirí, nombre de un cacique de aquella tierra. Este río baja de las Cordilleras de Chile, y es el que llaman el Desaguadero de Mendoza, que es una ciudad de aquel gobierno, que cae a esta parte de la Gran Cordillera en los Llanos, que van continuando a Buenos Aires, adonde hay desde la boca de este río, otras 20 leguas. Es toda aquella tierra muy llana, los campos tan anchurosos y dilatados, que no hay en todos ellos un árbol: es de poca agua, de mucha caza de venados, avestruces y gran copia de perdices, aunque de pocos naturales: los que hay son belicosos, grandes corredores y alentados, que llaman Querandíes; no son labradores, y se sustentan de sola caza y pesca, y así no tienen pueblos fundados, ni lugares ciertos más de cuanto se les ofrece la comodidad de andar de ordinario esquilmando los campos. Estos corren desde Cabo Blanco hasta el Río de las Conchas, que dista de Buenos Aires cinco leguas arriba, y toma más de otras sesenta la tierra adentro hasta la Cordillera, que va desde la mar bojeando hacia el norte, entrando por la gobernación de Tucumán. Estos indios fueron repartidos con los demás de la comarca a los vecinos de la Trinidad, que es el mismo que llaman Buenos Aires. Está situada en 36 grados abajo de la Punta Gorda sobre el propio Río de la Plata, cuyo puerto es muy desabrigado, y corren mucho riesgo los navíos estando surtos donde llaman los Pozos, por estar algo distante de la tierra. Mas la Divina Providencia proveyó de un Riachuelo, que tiene la ciudad por la parte de abajo como una milla, tan acomodado y seguro que metidos dentro de él los navíos, no siendo muy grandes, pueden estar sin amarrar con tanta seguridad como si estuvieran en una caja. Este puerto fue poblado antiguamente por los Conquistadores, y por causas forzosas que se ofrecieron, vinieron a despoblarle, donde parece que dejaron cinco yeguas y siete caballos, los cuales el día de hoy han venido a tanto multiplico, en menos de 60 años, que no se puede numerar, porque son tantos los caballos y yeguas, que parecen grandes montañas, y tienen ocupados desde el Cabo Blanco hasta el Fuerte de Gaboto, que son más de 80 leguas, y llegan adentro hasta la Cordillera.

De esta ciudad arriba hay algunas naciones de indios, y aunque tienen diferentes lenguas, son de la misma manera y costumbres que los Querandíes, enemigos mortales de los españoles, y todas las veces que pueden ejercitar sus traiciones no lo dejan de hacer. Otros hay más arriba, que llaman Timbúes, y Caracarás 40 leguas de Buenos Aires en Buena Esperanza, que son más afables y de mejor trato y costumbres que los de abajo. Son labradores, y tienen sus pueblos fundados sobre la costa del río: tienen las narices horadadas, donde sientan por gala en cada parte una piedra azul o verde: son muy ingeniosos y hábiles, y aprenden bien la lengua española: fueron más de 8.000 indios antiguamente, y ahora han quedado muy pocos. Y dejando atrás el Río de Luján, y el de los Arrecifes hasta el Fuerte de Gaboto, lugar nombrado por los muchos españoles que allí fueron muertos, y pasando adelante por la ciudad de Santa Fe, de donde hay a ella otras 40 leguas con algunas poblaciones de indios, que llaman Gualachos, por abajo de esta ciudad 12 leguas entra un río, que llaman el Salado, es caudaloso, el cuál atraviesa toda la Gobernación de Tucumán, y nace de las Cordilleras de Salta y Calchaqui, baja a las juntas de Madrid y Esteco, y pasa 12 leguas de Santiago del Estero, regando muchas tierras y pueblos de indios, que llaman Tonocotes y otras naciones de aquel gobierno hasta que viene a salir donde desagua en este de la Plata. Tiene este distrito muchos indios, que fueron repartidos a los pobladores de esta ciudad, la cual está fundada en 32 grados al este con la de Córdoba. Los demás indios de esta jurisdicción no son labradores, y tienen por pan cierto género de barro, de que hacen unos bollos, y metidos en el rescoldo se cuecen, y luego para comerlos los empapan en aceite de pescado, y de esta manera los comen, y no les hacen daño ninguno. Todas las veces que se les muere un pariente, se cortan una coyuntura del dedo de la mano, de manera que muchos de ellos están sin dedos por la cantidad de deudos que se les han muerto. De aquí adelante, salen otros ríos poblados de indios pescadores, hasta una laguna que llaman de las Perlas, por haberlas allí finas y de buen oriente con ser de agua dulce, aunque hasta ahora no se ha dado en pescarlas, más de las que los indios traen a los españoles, aunque por ser todas cocidas, pierden mucho de su buen lustre y estima. De aquí a la ciudad de San Juan de Vera hay seis leguas, de la cual en el capítulo pasado hice mención, donde tiene frontero de sí el puerto de la Concepción, ciudad del Río Bermejo, que dista del río 44 leguas hacia el poniente. Tiene esta ciudad en su comarca muchas naciones de indios, que llaman comúnmente Frentones, aunque cada nación tiene su nombre propio. Están divididas en 14 lenguas distintas, viven entre lagunas, por ser la tierra toda anegadiza y llana, por medio de la cual corre el Río Bermejo, que es muy caudaloso, y sale nueve leguas más arriba de la boca del Río Paraguay, el cual tiene su nacimiento en los Chichas del Perú, juntándose en uno el Río de Tarija, el de Toropalca, y el de San Juan, con el de Homagua y Jujuy, en cuyo valle está fundada la ciudad de San Salvador en la Provincia de Tucumán, viene a salir a los Llanos, y pasa por muchas naciones de indios bárbaros, dejando a la parte del norte en las faldas de la Cordillera del Perú, los indios Chiriguanas, que son los mismos, que en el Río de la Plata llamamos Guaraníes, que toman las fronteras de los corregimientos de Mizque, Tomina, Paspaya y Tarija. Esta gente es averiguado ser advenediza de la provincia del Río de las Plata, como en su lugar haremos mención, de donde venidos, señorearon esta tierra, como hoy día la poseen, destruyendo gran parte de ella, excepto la que confina con la gobernación de Tucumán, por ser montuosa y cerrada, y los indios que por allí viven son belicosos, y todos los más de ellos

Frentones del distrito de la Concepción, la cual como dije, está poblada sobre este Río Bermejo. Y dejándole aparte, siguiendo el Paraguay arriba, a la misma mano, hay algunas naciones de gente muy bárbara, que llaman Mahomas, Calchinas y Mogolas, y otras más arriba que se dicen Guaycurúes, muy belicosas, las cuales no siembran, ni cogen ningún fruto de semilla, de que se puedan sustentar, sino de caza y pesca.

Estos Guaycurúes dan continua pesadumbre a los vecinos de la Asunción, que es la ciudad más antigua y cabeza de aquella gobernación; y sin embargo, de tener mucha gente de españoles e indios, con la comarca muy poblada, han sido poderosos para apretar esta República, de suerte que han despoblado más de 80 chacras y haciendas muy buenas de los vecinos, y muértoles mucha gente, como en el último libro se podrá ver. Abajo de esta ciudad cuatro leguas, entra de la parte del poniente otro río, que llaman los de aquella tierra Araguay, los Chiriguanas de la Cordillera le dicen Itia, y los indios del Perú, Pilcomayo. Nace en los Charcas, de entre las sierras que distan de Potosí y Porco para Oruro, juntándose con él muchas fuentes sobre el río de Tarapaya, que es la ribera donde están fundados los ingenios de plata de la Villa de Potosí, y volviendo al leste, va a juntarse con el río Cachimayo, que es de la ciudad de la Plata; y bojeando al mediodía hacia el Valle de Oroncota, entrando por el corregimiento de Paspaya, dejando a la izquierda el de Tomina, cortando la gran Cordillera general, sale a los llanos, donde va por muchas naciones de indios los más de ellos labradores, aunque los pueblos de la parte del norte, que comúnmente llaman de los Llanos del Manso, los han consumido los Chiriguanas, y corriendo derecho al leste viene a entrar al del Paraguay, haciendo dos bocas frente a la Frontera, distrito de la Asunción, cuatro leguas de ella, en cuya comarca hay muchos pueblos de indios Guaranés, donde los españoles antiguos tuvieron puerto, comunicación y amistad con ellos.

Está esta ciudad fundada sobre el mismo Río del Paraguay, en 25 grados de la equinoccial, es tierra muy fértil y de buen temperamento, abundante de pesquería, caza y de mucha volatería de todo género de aves; es sana en todo lo más del año, excepto por los meses de marzo y abril, que hay algunas calenturas y mal de ojos. Da todo género de frutas de Castilla, y muchas de la tierra, en especial viñas y cañaverales de azúcar, de que tienen mucho aprovechamiento. Empadronáronse en la comarca de esta ciudad 24.000 indios guaranés, que fueron encomendados por el gobernador Domingo Martínez de Irala, a los conquistadores antiguos. Van poblando los naturales y encomiendas de este distrito a la misma mano, río arriba, hasta la provincia de Jerez, gozando de muchos ríos caudalosos, que entran en este del Paraguay, como son Jejuí, Ipané, Piraí, donde en esta distancia, a mano izquierda, como vamos, hay otras naciones de indios que llaman Parúes y Payaguás que navegan en canoas gran parte de aquel río hasta el puerto de San Fernando, donde comúnmente tienen su asistencia en una laguna, que llaman de Ayolas, 120 leguas de la Asunción, y arriba de ella está el paraje de Santa Cruz de la Sierra, gobernación distinta, aunque esta ciudad fue poblada por los conquistadores del Río de la Plata; cuya provincia el primero que la descubrió fue Juan de Ayolas, y después la sojuzgó el capitán Domingo Martínez de Irala, donde halló en aquella tierra mucha multitud de indios labradores en grandes pueblos, aunque el día de hoy todos los más son acabados y consumidos. Esta ciudad de Santa Cruz está con la de Jerez de leste a oeste, 60 leguas del río, y la de Jerez 30 a mano derecha, la cual está ciento y tantas leguas de la

Asunción. Tiene su fundación sobre un río navegable y caudaloso, que llaman los naturales Botetey, y está de la equinoccial 20 grados, tiene muy buenas tierras, está dividida en alta y baja, hay en ella muchas naciones de indios, que todos son labradores. Los que habitan en lo alto, se llaman Cutaguas y Curumias, todos de una costumbre y lengua, gente bien inclinada, y no muy bárbara; no usan ningún género de brebaje que los embriague, aunque los de abajo tienen muchos: hablan diferentes lenguas, y están poblados entre ríos y lagunas, los cuales además de las cosechas de legumbres que cogen, tienen cerca de las lagunas tanto arroz silvestre, de que hacen muy grandes trojes, y silos, que siempre se hallan provistos de este gran sustento: cogen en toda aquella provincia mucho algodón, que sin beneficio alguno se da en cantidad; y es tanta la miel de abeja silvestre, que todos los montes y árboles tienen sus colmenas y panales, que sacan gran cantidad de cera, y se aprovechan de ella en las gobernaciones del Paraguay y Tucumán. Es abundante de pastos, donde se cría todo género de ganados, y muy fértil de pan y vino, y de todas las legumbres y semillas de Castilla. Finalmente es una provincia de mucha estima y de las más nobles y ricas de aquella gobernación, porque a la falda de una Cordillera, que parte aquella tierra en alto y baja y viene bojeando desde el Brasil, se han hallado minerales de oro con muchas muestras de metales de plata. De esta provincia que va al leste, se sabe haber Pigmeos, que habitan debajo de la tierra, y salen en los campos rasos, y a la parte del norte van continuados muchos pueblos de naturales hasta la provincia de los Colorados, junto con los que llaman de los Partis, que descubrieron los de Santa Cruz de la Sierra, que está distante de Jerez ciento treinta leguas, donde es cosa cierta haber gran multitud de naturales, divididos en 14 comarcas muy pobladas, así a la parte del norte como a la del leste y mediodía, con fama de mucha riqueza. Y volviendo a proseguir el Río del Paraguay arriba desde el paraje de Santa Cruz hasta el puerto que llaman de los Reyes, hay algunos pueblos y naciones que navegan el río hasta unos pueblos de indios llamados Arejones, los cuales viven dentro de una isla, que hace este río de más de diez leguas de largo, dos y tres de ancho. Es en fin esta amenísima tierra abundante de mil géneros de frutas silvestres, y entre ellas uvas, peras y aceitunas: tiénela los indios toda ocupada de sementeras y chacras, y en todo el año siembran y cogen sin hacer diferencia de invierno ni verano, siendo un perpetuo temple y calidad, son los indios de aquella isla de buena voluntad y amigos de españoles; llámanles Orejones, por tener las orejas horadadas, en donde tienen metidas ciertas ruedecillas de madera, o puntas de mates que ocupan todo el agujero. Viven en galpones redondos, no en forma de pueblos, sino cada parcialidad de por sí: consérvanse unos con otros en mucha paz y amistad. Llamaron los antiguos a esta isla el Paraíso Terrenal, por su abundancia y maravillosas calidades que tiene. Desde aquí a los Jarayes hay 60 leguas, río arriba, la cual es una nación de más policía y razón de cuantas en aquella provincia se han descubierto. Están pobladas sobre el mismo Río Paraguay: los de la parte de Jerez, se dicen Jerabayanes, y los de Santa Cruz de la Sierra se llaman Maneses, y todos se apellidan Jarayes, donde hay pueblos de estos indios de seis mil casas, porque cada indio vive en la suya con su mujer e hijos. Tienen sujetas a su dominio otras naciones circunvecinas, hasta los que llaman Turtugueses, son grandes labradores, y tienen todas las legumbres de las Indias, muchas gallinas, patos, ciertos conejillos y puercos, que crían dentro de sus casas; obedecen a un cacique principal, aunque tienen otros muchos particulares, y todos están sujetos al Manes, que así llaman a ese Señor: viven en toda forma de República donde son castigados de sus caciques los ladrones y adúlteras; tienen

aparte las mujeres públicas, que ganan por su cuerpo, porque no se mezclen con las honestas, aunque de allí salen muchas casadas, y no por eso son tenidas en menos; no son muy belicosos, aunque prudentes y recatados, y por su buen gobierno, temidos y respetados de las demás naciones. Han sido siempre leales amigos de los españoles, tanto que llegando a este puerto el Capitán Domingo Martínez de Irala con toda su armada, fue de ellos bien recibido, y dieron huéspedes a cada soldado, para que les proveyesen de lo necesario, y siéndolo forzoso hacer su entrada de allí por tierra, les dejó en confianza todos los navíos, balsas y canoas que llevaban, con velas, jarcias, áncoras, vergas, y los demás pertrechos que no podían llevar por tierra, y al cabo de 14 meses, que tardaron en dar vuelta de su jornada, no les faltó cosa ninguna de las que dejaron en su poder. Desea mucho esta gente emparentar con los españoles, y así les daban de buena voluntad sus hijas y hermanas, para que hubiesen de ellos generación: hablan de una lengua muy cortada, y fácil de aprender, por manera que con facilidad serían atraídos a la conversión y conocimiento de Dios.

De esta provincia adelante hay otras poblaciones de gentes y naciones diferentes, hasta el Calabrés que es un cacique guaraní, que dista como 60 leguas, donde se juntan dos ríos, uno que viene de la parte del leste, y otro del poniente, de aquí adelante no se ha navegado, puesto, que hasta estos ríos han llegado bergantines y barcos; y por ser pequeños y de poca agua, no han entrado por ellos los españoles; lo que de noticia se tiene es que por aquella parte hay muchas naciones de indios, que poseen oro y plata, en especial hacia el norte, donde entienden cae aquella laguna, que llaman del Dorado. También se ha sabido que hacia el Brasil hay ciertos pueblos de gente muy morena y belicosa, la cual ha entendido ser negros retirados de los portugueses de aquella costa, que se han mezclado con los indios de aquella tierra, la cual es muy dilatada hasta el Marañón que coge en sí todos los ríos que nacen del Reino del Perú, desde el corregimiento de Tomina, de donde sale el río de San Marcos y se junta con el río grande, que llaman de Chungurí, y luego cerca de los llanos del río de Parapití, corriendo al norte para la ciudad de San Lorenzo gobernación de Santa Cruz, adonde le llaman el Guapay, que quiere decir río que todo lo bebe, y así bajando por aquellos llanos, va recibiendo en sí todos los ríos que salen de las faldas y serranías del Perú, como son el de Pocomá, Cochabamba, Chuquiabo, y los del Cuzco y Chucuito, hasta el otro Cabo de Quito, el nuevo reino, con que viene a hacerse el más caudaloso río de todas las indias, que sale al Mar del Norte, en el primer grado de la equinoccial, sin otro muy caudaloso, que sale más al Brasil, que llaman de las Amazonas, como parece por la traza y descripción del Mapa, que aquí pongo en este lugar, advirtiendo que no lleva la puntualidad de las graduaciones y parte, que se le debían dar, porque mi intento no fue más que por ella hacer una demostración de lo que contienen aquellas provincias, costa de mar y ríos, de que trato en el discurso de este libro, como en su descripción se contiene.

De una entrada, que cuatro portugueses del Brasil hicieron por tierra, hasta los confines del Perú

No me parece fuera de propósito decir ante todas cosas en este capítulo de una jornada que hicieron ciertos portugueses del Brasil por esta provincia del Río de la Plata hasta los

confines del Perú, y de lo demás que les sucedió, por ser eslabón de lo que se ha de tratar en este libro sobre el descubrimiento y conquista, que en ella hicieron nuestros españoles, y es el caso, que el año de 1526 salieron de San Vicente cuatro portugueses por orden de Martín Alonso de Sosa, señor de aquella capitanía, a que entrasen por aquella tierra adentro, y descubriesen lo que había, llevando en su compañía algunos indios amigos de aquella costa, el uno de estos cuatro portugueses se llamaba Alejo García estimado en aquella costa por hombre práctico, así en la lengua de los Carijos, que son los Guaraníes, como de los Tupies, y Tamoyos, el cual caminando por sus jornadas por el sertón adentro con los demás compañeros, vinieron a salir al Río del Paraná, y de él atravesando la tierra por pueblos de indios Guaraníes, llegaron al Río del Paraguay, donde siendo recibidos y agasajados de los moradores de aquella provincia, convocaron toda la comarca, para que fueron juntamente con ellos a la parte del poniente a descubrir y reconocer aquellas tierras, de donde traerían muchas ropas de estima, y cosas de metal, así para el uso de la guerra, como para la paz, y como gente codiciosa e inclinada a la guerra, se movieron con facilidad a ir con ellos, y juntos más de dos mil indios, hicieron jornadas por el puerto, que llaman de San Fernando, que es un alto promontorio, que se hace sobre el Río Paraguay. Otros dicen que entraron poco más arriba de la Asunción por un río que llaman Paray, y caminando por los llanos de aquella tierra, encontraron muchos pueblos de indios de diversas lenguas y naciones, con quienes tuvieron grandes encuentros, ganando con unos y perdiendo con otros, y al cabo de muchas jornadas llegaron a reconocer las cordilleras y serranías del Perú, y acercándose a ellas, entraron por la frontera de aquel reino entre la distancia que ahora llaman Mizque, y el término de Tomina; y hallando algunas poblaciones de indios vasallos del Poderoso Inca Rei de todo aquel reino, dieron en ellos, y robando y matando cuanto encontraban, pasaron adelante más de cuarenta leguas hasta cerca de los pueblos de Presto y Tarabuco, donde les salieron al encuentro gran multitud de indios Charcas; por lo cual dieron vuelta, retirándose con tan buen orden, que se salieron de la tierra sin recibir daño ninguno, dejándola puesta en grande temor, y a toda la Provincia de los Charcas en armas; por cuya causa los Incas mandaron fortificar todas aquellas fronteras, así de buenos fuertes, como de gruesos presidios, según se ve el día de hoy, que han quedado por aquella cordillera, que llaman del Cuzco Toro, que es la general que corre por este reino más de dos mil leguas. Salidos los portugueses a los llanos con toda su compañía cargados de despojos de ropa, vestidos y muchos vasos, vajillas y coronas de plata, de cobre, y otros metales, dieron la vuelta por otro más acomodado camino que hallaron, en el cual padecieron muchas necesidades, hambres y guerras que tuvieron hasta llegar al Paraguay, sus tierras y pueblos, de donde Alejo García determinó despachar al Brasil sus dos compañeros a dar cuenta al Capitán Martín Alfonso de Sosa de lo que habían descubierto en aquella jornada, y donde habían entrado, con la muestra de los metales, y piezas de oro y plata, que habían traído de aquellas partes, quedándose el García en la Provincia del Paraguay aguardando la correspondencia de lo que en esto se ordenase. Y pasados algunos días se congregaron algunos indios de aquella tierra para matarle, y así lo pusieron en efecto los mismos que fueron con él a la jornada una noche estando descuidado, acometieron y mataron a él y sus compañeros sin dejar ninguno a vida, sólo un niño hijo de García, que por ser de poca edad no le mataron, al cual yo conocí, que se llamaba como su padre Alejo García; moviéndose los indios a hacer esto de su mala inclinación, que es en ellos

el hacer mal, sin tener estabilidad en el bien ni amistad, dejados llevar de la codicia por robarles lo que tenían, como gente sin fe ni lealtad.

Llegados, pues, al Brasil los dos mensajeros, dieron relación de lo que habían descubierto, y de la mucha riqueza que habían visto en el poniente, y confines de los Charcas, lo que hasta entonces no estaba aún descubierto de los españoles, a cuya fama se determinaron a salir del Brasil una tropa de sesenta soldados, con su capitán José Sedeño, y así partieron de San Vicente en demanda de esta tierra, llevando consigo copia de los indios amigos; y bajando en canoas por el río de Añembí, salieron al Paraná, y descendiendo por él, llegaron sobre el Salto, donde tomando puerto, dejaron sus canoas, atravesando hacia el poniente, llevando su derrota para el río Paraguay, donde Alejo García había quedado; lo cual visto por los indios, que habían sido agresores de su muerte, convocaron los comarcanos a tomar las armas contra ellos para impedirles el paso; y dándoles muchos rebatos, pelearon con los portugueses en campo raso, donde mataron al capitán Sedeño, con cuya muerte fueron constreñidos los soldados a retirarse con pérdida de muchos compañeros, y tornando al paraje del Río Paraná, los indios de aquel territorio con la misma malicia y traición que los otros se ofrecieron a darles pasaje en sus canoas, para cuyo efecto las trajeron horadadas con rumbos disimulados, y embarrados, para que con facilidad fuesen rompidos, y metiéndose en las canoas con los portugueses, en medio del río las abrieron y anegaron, donde con el peso de las armas los más se ahogaron, y algunos que cogieron vivos, los mataron a flechazos sin dejar ninguno a vida; lo cual pudieron hacer con facilidad por ser grandes nadadores, y criados en aquella navegación, y sin ningún embarazo que les impidiese por ser gente desnuda; con que fueron acabados todos los de esta expedición, después de lo cual los indios de la Provincia del Paraguay se juntaron con sus caciques, y determinaron a hacer una entrada, y tornar a la parte donde Alejo García había hecho su jornada; y convocados muchos indios de la provincia, salieron por tercios y parcialidades a este efecto. Los indios de más abajo, que son los del Paraná, entraron por el río del Araguaí, que es el que tengo dicho que se llama Pilcomayo; éstos son los fronterizos del corregimiento de Tarija: los que están poblados donde hoy es la Asunción entraron por aquella derecha sobre el río del Paraguay hacia Caaguazú; y los indios del río arriba Yeruquisapa y Carayateperá por San Fernando. Estos son los que están poblados en el río de Guapay, veinte leguas de la ciudad de San Lorenzo, gobernación de Santa Cruz de a Sierra.

Habiendo llegado estas compañías a las faldas de la Sierra del Perú, cada una procuró fortificarse en lo más áspero de ella, y de allí comenzaron a hacer cruda guerra a los naturales comarcanos, con tanta inhumanidad que no dejaban a vida persona alguna, teniendo por su sustento los miserables, que cautivaban, con que vinieron a hacer tan temidos de todas aquellas naciones, que muchos pueblos se les sujetaron sin ninguna violencia; con los que se hicieron de esclavos que les sirviesen, y de muchas mujeres de quienes llegaron a tener generación, poblándose cada una en la parte que mejor le pareció de aquellas fronteras, que son los indios que hoy llamamos Chiriguanas en el Perú, que como tengo dicho, son procedentes de los Guaranés, de donde nunca más salieron, ora por la imposibilidad y gran riesgo del camino, ora por codicia de la tierra, que hallaron acomodada a su condición y naturaleza, que es toda muy fértil y de grandes y hermosos valles, que participan de más calor que frío, y de caudalosos ríos, que salen de la

Provincia de los Charcas, la cual tienen por vecina. Posesionados en aquella tierra, hicieron muchas entradas en toda ella, arruinando todos los llanos, así hacia el septentrión, como al mediodía y leste, destruyendo más de cien mil indios: y puesto que a sus principios en las fiestas y borracheras que hacían, los comían, de muchos años a esta parte no lo hacen, pero los venden a los españoles, que entran del Perú a trueque de rescates que les dan, teniendo por más útil el venderlos por lo que han menester, que el comerlos, y es tanta la codicia en que han entrado por el interés, que no hay año ninguno que no salgan a esta guerra por todos aquellos llanos con gran trabajo y riesgo de la vida, por hacer presa para el mismo efecto, de que hay indios tan ricos, que además de la ropa y vestidos de paño y seda, tienen muchas vajillas de plata fina; de servicio más de quinientos marcos, sin gran número de caballos ensillados y enfrenados, y muy buenos jaeces, espadas y lanzas, y todo género de armas, adquiridos de sus robos y presas, que en tan perniciosa e injusta guerra hacen, sin habérseles puesto hasta ahora algún freno a tanta crueldad, ni remedio al desorden, e insolencia de esta gente, habiendo cometido muchos delitos en desacato de la Real Potestad, tomando las armas contra don Francisco de Toledo, Virrey que fue de este reino, además de las muertes y robos, y otras insolencias, que han hecho a los españoles, despoblando los pueblos, matando y asaltando las chacras y haciendas de los vasayos de su Majestad, que residen en estas fronteras de Tarija, Paspaya, Pilaya, Tomina, Mizque, y gobernación de Santa Cruz de la Sierra.

CAPÍTULO VI

De la armada con que entró en esta Provincia del Río de la Plata Sebastián Gaboto

Pocos años después que por orden del Rey Enrique VII de Inglaterra, el famoso piloto llamado Sebastián Gaboto descubrió los Bacallaos, con intento de hallar por aquella parte un estrecho por donde se pudiese navegar a las islas de la Especería, fue a España, y como hombre que tan bien entendía la cosmografía, propuso al Emperador don Carlos Nuestro Señor, de descubrir fácil navegación y puerto, por donde con más comodidad se pudiese entrar al rico Reino del Perú, y al Poderoso Inca, que entonces llamaban los españoles Rey blanco de quien Francisco Pizarro había llevado a Castilla larga relación y noticia. Admitida su pretensión se le mandó dar para este descubrimiento trescientos hombres, y entre ellos algunas personas de calidad que quisieron venir con él a esta jornada, con los cuales salió de la Bahía de Cádiz el año 1530, y navegando con diversos tiempos, pasó la equinoccial, y llegó a ponerse en altura de treinta y cinco grados, y reconocida la costa, vino a tomar el Cabo de Santa María, y conociendo ser aquel golfo la boca del Río de la Plata, que aún entonces no se llamaba sino de Solís, embocó por él, y navegando a vista de la costa de mano derecha, procuró luego algún puerto para meter sus navíos y buscándole, se fue hasta la isla de San Gabriel, donde dio fondo, y no pareciéndole tan acomodado y seguro, se arrimó a aquella costa de hacia el norte, y entró por el ancho y caudaloso Río del Uruguay, dejando atrás la Punta Gorda, tomó un riachuelo que llaman de San Juan, y hallándole muy hondable, metió dentro de él sus navíos, y de allí lo primero que hizo, fue enviar a descubrir alguna parte de aquel caudaloso río, y procuró tener comunicación con los indios de aquella costa, para lo cual

despachó al capitán Juan Álvarez Ramón, para que fuese con un navío por él arriba, y reconociese con cuidado lo que en él había, el cual habiendo navegado tres jornadas, dio en unos bajíos arriba de dos islas muy grandes, que están en medio de dicho río, y, sobreviniéndole una tormenta en aquel paraje, encalló el navío en parte donde no pudo salir más (cuya armazón parece el día de hoy allí): con este naufragio el capitán Ramón echó su gente en un bajel, y como pudo, salió con ella a tierra, lo cual visto por los indios de la comarca llamados Yaros y Charrúas, los acometieron, yendo camino por la costa por no poder ir todos en el bajel, y peleando con ellos, mataron al capitán Ramón y a algunos soldados, y los que quedaron, se vinieron en el bajel adonde estaba Gaboto, el cual dejando allí la nao capitana con alguna gente de pelea y marineros que la guardasen, tomó una carabela y un bergantín con la gente que pudo, y se fue con ella por el Río de la Plata arriba, y atravesando aquel golfo, entró por un brazo, que se llama el Río de las Palmas, y saltando a tierra, habló con algunos indios de las islas, de quienes se proveyó de comida; y pasando adelante, llegó al río del Carcarañal (que es nombre antiguo de un cacique de aquella tierra), que cae a la costa de la mano izquierda, que es al sudueste, donde Sebastián Gaboto tomó puerto, y le llamó de Santi-Espíritus; el cual viendo la altura y comodidad de esta escala, fundó allí un fuerte de maderos con su terraplén, dos torreones y baluartes bien cubiertos; y corriendo la tierra, tuvo comunicación con los indios de su comarca, con quienes entabló amistad; y pareciéndole conveniente reconocer lo más interior de la tierra dentro, para el fin que pretendía (descubriendo por aquella vía entrada para el Reino del Perú), despachó cuatro españoles a cargo de uno llamado César, que fuese a este efecto por aquella provincia, y entrase caminando por su derrota entre el mediodía y el occidente, y topando con alguna gente de consideración, y con lo que descubriese, dentro de tres meses volviese a darle cuenta de lo que había. Con esta orden se despachó a César y sus compañeros, de los cuales después haremos mención, por decir lo que hizo Gaboto en este tiempo. En el cual habiendo arrasado los dos navíos, quitándoles las obras muertas, y poniéndoles remos, se metió con ellos y el río arriba, llevando consigo veinte soldados, y dejando en el fuerte sesenta a cargo del capitán Diego de Bracamonte, entró, pues, por el Río de la Plata arriba a remo y vela con grande trabajo por no estar práctico en él, hasta que por sus jornadas llegó a la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay; hallándose en aquel paraje distante del Fuerte ciento veinte leguas, y entrando por el Paraná por parecer más caudaloso y acomodado para navegar, llegó a la laguna dicha de Santa Ana, donde estuvo algunos días rehaciéndose de comida de los indios de la tierra, de quienes tomó lengua de lo que por allí había, y de la imposibilidad de poder navegar con sus navíos por aquel río, a causa de los muchos bajíos y arrecifes que tiene, por cuyo motivo volviendo atrás, tomó el río Paraguay, y hallándole muy hondable, hizo su navegación por él arriba, hasta un paraje, que llaman la Angostura, donde un día le acometieron más de trescientas canoas de los indios Agaces, que son los Payaguaes, que en aquella ocasión señoreaban todo aquel río, los cuales se dividieron en tres escuadras, y acometiendo a los navíos que iban a la vela, Sebastián Gaboto previniendo lo necesario, asestó las culebrinas que llevaba, y teniendo al enemigo a tiro de cañón, hizo disparar a las escuadras de canoas, que las más de ellas fueron hundidas y trastornadas de los tiros; y acercándose más a los enemigos, y peleando los españoles con ellos con sus arcabuces y ballestas, y los indios con su flechería: vinieron casi a las manos, y llegando a los costados de los navíos, con sus picas y otras armas, mataron gran cantidad de indios, de manera que fueron desbaratados y

puestos en huida los que escaparon, quedando los españoles victoriosos con pérdidas sólo de dos soldados, que iban en un batel, que fueron presos y cautivos, los cuales muchos años después vinieron a ser habidos y sacados de su cautiverio, resultando de su prisión muy gran bien, porque salieron grandes lenguaraces, y prácticos en la tierra, éstos se llamaban, el uno Juan de Fustes, y el otro Héctor de Acuña (ambos fueron encomenderos en la Asunción); y pasando adelante Sebastián Gaboto, llegó a un término, que llaman la Frontera, por ser los límites de los Guaraníes indios de aquella tierra, y término de las otras naciones, donde tomando puerto, procuró con toda diligencia tener comunicación con ellos, y con dádivas y rescates que dio a los caciques que le vinieron a ver, asentó paz y amistad con ellos, los cuales le proveyeron con toda comida que hubo menester; con esto Gaboto llegó a haber con facilidad algunas piezas de plata, manillas de oro, manzanas de cobre, y otras cosas de las que Alejo García había traído del Perú de la jornada que hizo a los Charcas, y que le quitaron cuando le mataron los indios de aquella tierra.

Con este motivo Sebastián Gaboto estaba muy alegre y gozoso, con esperanza que la tierra era muy rica, según la fama y relaciones que de los indios tuvo (aunque como tengo dicho todo aquello emanaba del Perú), persuadiendo ser aquellas muestras de la propia tierra, y así dio vuelta a su Fuerte, donde llegado, determinó luego partirse para Castilla a dar cuenta a S.M. de lo que había visto y descubierto en aquellas provincias; y bajando al río de San Juan donde había dejado la nao, se metió en ella con algunos de los que quiso llevar, dejando en el Fuerte de Santi-Espíritus ciento diez soldados a cargo del capitán don Nuño de Lara, y por su alférez Mendo Rodríguez de Oviedo, y por sargento a Luis Pérez de Vargas, y al capitán Rui García Mosquera y Francisco de Rivera, y a otros muchos hidalgos soldados honrados, que quedaron con el capitán don Nuño en aquella fortaleza.

CAPÍTULO VII

De la muerte del capitán don Nuño de Lara, la de su gente, con lo demás sucedido por traición de indios amigos

Partido Sebastián Gaboto para España con mucho sentimiento de los que quedaban, por ser un hombre afable, de gran valor y prudencia, muy esperto y práctico en la cosmografía, como de él se cuenta: luego el capitán don Nuño procuró conservar la paz que tenía con los naturales circunvecinos, en especial con los indios Timbúes, gente de buena marca y voluntad, con cuyos dos principales caciques siempre la conservó, y ellos acudiendo de buena correspondencia, de ordinario proveían a los españoles de comida, que como gente labradora nunca les falta. Estos dos caciques eran hermanos, el uno llamado Mangoré y el otro Siripó, ambos mancebos como de treinta a cuarenta años, valientes y expertos en la guerra, y así de todos muy temidos y respetados, y en particular el Mangoré, el cual en esta ocasión se aficionó de una mujer española, que estaba en la fortaleza llamada Lucía de Miranda, casada con un Sebastián Hurtado naturales de Écija. A esta señora hacía el cacique muchos regalos y socorros de comida, y en agradecimiento ella le daba amoroso tratamiento, con que vino el bárbaro a aficionársele tanto, y con tan

desordenado amor, que intentó hurtarla por los medios a él posibles. Convidando a su marido que se fuese algún día a entretener a su pueblo, y a recibir de él buen hospedaje y amistad, con buenas razones se le negó Hurtado; y visto que por aquella vía no podía salir con su intento por la compostura y honestidad de la mujer, y recato del marido, vino a perder la paciencia con grande indignación y mortal pasión, con la cual ordenó contra los españoles (de bajo de amistad) una alevosa traición, pareciéndole que por este medio sucedería el negocio de manera que la pobre señora viniese a su poder, para cuyo efecto persuadió al otro cacique su hermano, que no les convenía dar la obediencia al español tan de repente con tal subordinación, pues con estar en sus tierras eran tan señores y absolutos en sus cosas, que en pocos días lo supeditarían todo como las muestras lo decían, y si con tiempo no se prevenía este inconveniente, después cuando quisiesen no lo podrían hacer, con que quedarían sujetos a perpetua servidumbre, para cuyo efecto su parecer era, que el español fuese destruido y muerto, y asolado el Fuerte, no perdonando la ocasión y coyuntura que el tiempo ofreciese: a lo cual el hermano respondió que ¿cómo era posible tratase él cosa semejante contra los españoles, habiendo profesado siempre su amistad, y siendo tan aficionado a Lucía? que él de su parte no tenía intento ninguno para hacerlo, porque a más de no haber recibido del español ningún agravio, antes todo buen tratamiento y amistad, no hallaba causa para tomar las armas contra él; a lo cual Mangoré replicó con indignación, diciendo que así convenía se hiciese por el bien común, y porque era gusto suyo, a lo que como buen hermano debía condescender. De tal suerte supo persuadir a su hermano, que vino a condescender con él, dejando el negocio tratado entre sí para tiempo más oportuno, el cual no mucho después le ofreció la fortuna a colmo de su deseo; y fue que, habiendo necesidad de comida en el fuerte, despachó el capitán don Nuño cuarenta soldados en un bergantín en compañía del capitán Rui García, para que fuesen por aquellas islas a buscarla, llevando orden de volverse con toda brevedad con lo que pudiesen recoger.

Salido, pues, el bergantín, tuvo Mangoré por buena esta ocasión, y mucho más por haberse ido con los demás Sebastián Hurtado, marido de Lucía, y así luego se juntaron por orden de sus caciques más de cuatro mil indios, los cuales se pusieron de emboscada en un sauzal, que estaba medía legua del Fuerte en la orilla del río, y para con más facilidad conseguir su intento, y fuese más fácil la entrada en la fortaleza, salió Mangoré con treinta mancebos muy robustos cargados con comida de pescado, carne, miel, manteca y maíz, con lo cual se fue al Fuerte, donde con muestras de amistad lo repartió, dando la mayor parte al capitán y oficiales, y lo restante a los soldados, de quien fue muy bien recibido y agasajado de todos, aposentándole, dentro del Fuerte aquella noche, en la cual reconociendo el traidor que todos dormían, excepto los que estaban de posta en las puertas, y aprovechándose de la ocasión, hicieron señas a los de la emboscada, los cuales con todo silencio se llegaron al muro de la fortaleza, y a un tiempo los de dentro y los de fuera cerraron con las guardias, y pegaron fuego a la casa de las municiones, con que un momento se ganaron las puertas, y a su salvo mataron a las centinelas, y a los que encontraban de los españoles, que despavoridos salían de sus aposentos a la plaza de armas, sin poderse incorporar unos con otros, porque como era tan grande la fuerza del enemigo, cuando despertaron, ya unos por una parte, otros por otra, y otros en sus mismas camas los degollaban y mataban sin ninguna resistencia. Algunos pocos peleaban valerosamente, en especial don Nuño de Lara, que salió a la plaza con su espada y rodela

por entre aquella gran turba de enemigos, hiriendo y matando muchos de ellos, acobardándolos de tal manera, que no había ninguno que osase llegar a él, viendo que por sus manos eran muertos; lo cual visto por los caciques e indios valientes, haciéndose afuera, comenzaron a tirarle con dardos y lanzas, con que le maltrataron de manera que todo su cuerpo estaba harpado y bañado en sangre; y en esta ocasión el sargento mayor con una alabarda, cota y celada se fue a la puerta de la fortaleza, rompiendo por los escuadrones, entendiéndose poderse señorear de ella, ganó hasta el umbral, donde hiriendo a muchos de los que tenían ocupada, y él así mismo recibiendo muchos golpes, aunque hizo gran destrozo, matando a muchos de los que le cercaban, de tal manera fue apretado de ellos, que tirándole gran número de flechería, con que fue atravesado, cayó muerto. En esta misma ocasión el alférez Oviedo y algunos soldados de su compañía salieron bien armados, y cerraron contra una gran fuerza de enemigos que estaban en la casa de las municiones (por ver si la podían socorrer), y apretándolos con mucho valor, fueron mortalmente heridos y despedazados sin mostrar flaqueza hasta ser muertos, vendiendo sus vidas en tan cruel batalla a costa de infinita gente bárbara.

A este mismo tiempo el capitán don Nuño procuraba acudir a todas partes, y herido por muchas, y desangrado sin poder remediar nada, con valeroso ánimo se metió en la mayor fuerza de enemigos, donde encontrando con él Mangoré, le dio una gran cuchillada, y asegurándole con otros dos golpes, le derribó muerto en tierra, y continuando con grande esfuerzo y valor, fue matando otros muchos caciques e indios, con que ya muy desangrado y cansado con las muchas heridas cayó en el suelo, donde los indios le acabaron de matar, con gran contento de gozar de la buena suerte en que consistía el buen efecto de su intento; y así con la muerte de este capitán fue luego ganada la Fortaleza, y toda ella destruida sin dejar hombre a vida, excepto cinco mujeres, que allí había con la muy cara Lucía de Miranda, y algunos tres o cuatro muchachos, que por ser niños no los mataron y fueron presos y cautivos, haciendo montón de todo el despojo para repartirle entre toda la gente de guerra, aunque esto más se hace para aventajar a los valientes: y para que los caciques y principales escojan y tomen para sí lo que mejor les pareciere. Lo cual hecho, y visto por Siripó la muerte de su hermano, y la dama que tan cara le costaba, no dejó de derramar muchas lágrimas, considerando el ardiente amor que le había tenido, y el que en su pecho iban sintiendo tener a esa española, y así de todos los despojos que aquí se ganaron, no quiso por su parte tomar otra cosa, que por su esclava a la que por otra parte era señora de su albedrío, la cual puesta en su poder no podía disimular el sentimiento de su gran miseria con lágrimas de sus ojos, y aunque era bien tratada y servida de los criados de Siripó, no era eso parte para dejar de vivir con mucho desconsuelo por verse poseída de un bárbaro, el cual viéndola tan afligida un día, por consolarla la habló con muestras de gran amor, y le dijo, de hoy en adelante, cara Lucía, no te tengas por mi esclava, sino por mi querida mujer, y como tal puedes ser señora de todo cuanto tengo, y hacer a tu voluntad uso de ello de hoy para siempre, y junto con esto te doy lo más principal, que es mi corazón. Las cuales razones aflijieron sumamente a la triste cautiva, y pocos días después se le acrecentó más el sentimiento con la ocasión que de nuevo se le ofreció, y fue que en este tiempo trajeron los indios corredores preso ante Siripó a Sebastián Hurtado, el cual habiendo vuelto con los demás del bergantín al puerto de la Fortaleza, saltando en tierra, la vio asolada y destruida con todos los cuerpos de los que allí murieron, y no hallando entre ellos el de su querida mujer, y considerando el

caso, se resolvió de entrarse entre aquellos bárbaros, y quedarse cautivo con su mujer; estimando eso en menos, y aun dar la vida, que vivir ausente de ella. Y sin dar a nadie parte de su determinación, se metió por aquella vega adentro, donde al otro día fue preso por los indios, y presentado con las manos atadas a su cacique el principal de todos, el cual como lo conoció, le mandó quitar de su presencia, dando orden que le matasen; la que oída por su triste mujer, inmediatamente con innumerables lágrimas rogó a su nuevo marido no se ejecutase, antes le suplicaba le otorgase la vida, para que ambos se empleasen en su servicio como verdaderos esclavos, de que siempre estarían muy agradecidos; a lo que Siripó condescendió por la gran instancia con que se lo pedía aquella a quien él tanto deseaba agradar; pero con un precepto muy riguroso, que fue que so pena de su indignación, y de que le costaría la vida, si por algún camino alcanzaba que se comunicaban; y que él daría a Hurtado otra mujer con quien viviese con mucho gusto, y le sirviese; y junto con eso le daría él tan buen tratamiento como si fuera no esclavo, sino verdadero vasallo y amigo. Los dos prometieron de cumplir lo que se les mandaba, y así se estuvieron por algún tiempo sin dar ninguna nota; mas como quiera que para los amantes no hay leyes que les obliguen a dejar de seguir el rumbo donde los lleva la violencia del amor, no perdían la ocasión, siempre que había oportunidad, porque de ordinario tenía Hurtado los ojos puestos en su Lucía, y ésta en su verdadero consorte, de manera que fueron notados por algunos de la casa, y en especial de una india, mujer que había sido muy estimada de Siripó, y repudiada por la española; esta india, movida de rabiosos celos, le dijo a Siripó: muy contento estáis con vuestra nueva mujer, mas ella no lo está con vos, porque estima más al de su nación y antiguo marido, que a cuanto tenéis y poseéis; por cierto lo habéis muy bien merecido, pues dejasteis a la que por naturaleza y amor estabais obligado, y tomasteis la extranjera y adúltera por mujer. Siripó se alteró, oyendo estas razones, y sin duda ninguna ejecutara su saña en los dos amantes un castigo atroz; mas dejólo de hacer hasta certificarse de la verdad de lo que se decía, disimulándolo; de allí en adelante andaba con mucho cuidado, por ver si podía pillarlos juntos, o como dicen, con el hurto en la mano. Al fin se le cumplió su deseo, y cogidos, con infernal rabia mandó hacer una grande hoguera para quemar a la buena Lucía, y puesta en ejecución la sentencia, ella la aceptó con gran valor, sufriendo aquel incendio donde acabó su vida como verdadera cristiana, pidiendo a Dios Nuestro Señor hubiese misericordia de ella y perdone sus grandes pecados; y en seguida el bárbaro cruel mandó asaetar a Sebastián Hurtado, y así lo entregó a muchos mancebos, que le ataron de pies y manos, y amarraron a un algarrobo, donde fue flechado por aquella bárbara gente, hasta que acabó su vida; arpadó todo el cuerpo, y puesto los ojos en el cielo, suplicaba a Nuestro Señor le perdonase sus pecados, de cuya misericordia es de creer que marido y mujer están gozando de su santa gloria. Todo lo cual sucedió el año de 1532.

CAPÍTULO VIII

De lo que le sucedió a la gente del bergantín, y cómo apresaron los españoles un navío francés, y ganaron una victoria a los portugueses

Vuelto que fue el capitán Ruy García de Mosquera, y sus cuarenta soldados, que con él salieron en el bergantín a buscar que comer por aquel río, entraron en la Fortaleza con el

llanto y el sentimiento que se puede imaginar, viéndolo todo asolado, y los cuerpos de sus hermanos y compañeros hechos pedazos, derramando muchas lágrimas con entrañable dolor, les dieron sepultura lo mejor que pudieron, y no sabiendo la determinación que pudieran tomar, entraron en consejo sobre ello, y resolvieron de irse al Brasil costa a costa en el mismo bergantín, pues no podían hacer otra cosa aunque quisiera irse a Castilla, porque el navío estaba bajado de las obras muertas para poder navegar en él por aquel río a remo y vela. Y puesta en efecto su determinación, se hicieron a la vela, bajando por las islas de las Dos Hermanas, y entrando por el Río de las Palmas, atravesaron el Golfo del Paraná, tomando la Isla de Martín García, y de allí a San Gabriel, yendo a desembocar por junto a la de los Lobos, y saliendo al mar ancho, costeano al nordeste, llegaron a la isla de Santa Catalina, y pasando de San Francisco a la Barra de Paranagua, llegaron a la Cananea, y corriendo la costa, tomaron un brazo y bahía de mar que allí hace, llamado Iguá, veinte y cuatro leguas de San Vicente, donde surgieron y tomaron tierra por de buena disposición, vista y calidad. Determinaron hacer allí asiento, para lo cual trabaron amistad con los naturales de aquella costa y con los portugueses circunvecinos, con quienes tenían correspondencia. Hechas, pues, sus casas y sementeras, pasaron dos años en buena conformidad, hasta que un hidalgo portugués, el bachiller Duarte Pérez, se les vino a meter con toda su casa, hijos y criados en su compañía, despechado y quejoso de los de su propia nación, quien había sido desterrado por el Rey don Manuel a aquella costa, en la que había padecido innumerables trabajos, por lo cual hablaba con alguna libertad más de la que debía, de que resultó que el capitán de aquella costa le envió a notificar que fuese a cumplir su destierro a la parte y lugar donde por su Rey fue mandado; y por consiguiente los castellanos que allí estaban, fueron requeridos que, si querían permanecer en aquella tierra, diesen luego la obediencia a su Rey y Señor, cuyo era aquel distrito y jurisdicción, en su nombre al gobernador Martín Alfonso de Sosa, o de no, dentro de treinta días dejasen aquella tierra, saliéndose de ella so pena de muerte y perdimento de sus bienes. Los castellanos respondieron que no conocían ser aquella tierra de la Corona de Portugal, sino de la de Castilla, y como tal estaban allí poblados en nombre del Emperador don Carlos V, cuyos vasallos eran. De estas demandas y respuestas vino a resultar muy gran desconformidad entre los unos y los otros; y en este tiempo sucedió el llegar a aquella costa un navío de franceses corsarios, los cuales llegados a la Cananea, entraron en aquel puerto, y siendo los españoles avisados, se determinaron de acometer al navío, y cogiendo en tierra dos marineros, que habían saltado a tomar provisión de los indios, una noche muy oscura cercaron el navío con muchas canoas y balsas, en que iban más de doscientos flecheros, y llevando consigo a los dos marineros franceses, les mandaron que dijese que venían con el refresco y comida, que habían salido a buscar, y que no había de que recelarse, porque estaba todo muy quieto; con lo cual los que estaban en el navío, se aseguraron, y les echaron sus cabos, en tanto que tenían lugar de llegar las canoas, y echar arriba las escalas por donde subir; y saltando dentro los castellanos e indios, repentinamente pelearon con los franceses, los rindieron y tomaron el navío con muchas armas y municiones, y otras cosas que traían, con cuyo suceso quedaron los españoles muy bien pertrechados para cualquier acontecimiento; y pasando adelante la discordia, que los portugueses con ellos tenían, determinaron echarlos de aquella tierra y puerto, castigándolos con el rigor que su atrevimiento pedía, y de esta determinación tuvieron los castellanos aviso, y así trataron entre sí el modo que habían de tener para defenderse de

sus contrarios; y resueltos en lo que debían de hacer, supieron como dos capitanes portugueses venían de hecho con ochenta soldados a dar sobre ellos, sin muchos indios que consigo traían con determinación, como digo, de echarlos de aquel puesto, y quitarles las haciendas, castigándolos en las personas, para cuyo resguardo los castellanos procuraron reparar y fortificar aquel puesto con sus trincheras de la parte del mar donde también los habían de acometer, donde plantaron cuatro piezas de artillería, y echaron una emboscada entre el puerto y el lugar con veinte soldados y algunos indios de su servicio, como hasta ciento cincuenta flecheros, para que viniendo a las manos con los de la trinchera de improviso diesen sobre los contrarios.

En este tiempo llegaron los portugueses por mar y tierra, y puestos en buen orden, marcharon para el lugar con sus banderas desplegadas, y pasando por cerca de la emboscada, llegaron a reconocer la trinchera, de la cual les hicieron fuego con artillería, abriéndoles su escuadrón a un lado y otro cerca de una montaña: los de la emboscada salieron de ellos, y dándoles una rociada de arcabucería y flechería, desordenaron enteramente a los portugueses, y aunque algunos arcabuceros disparando, se retiraron a toda priesa, los del lugar dieron tras ellos, y al pasar un paso estrecho, que allí formaba un arroyo, hicieron gran matanza, prendiendo algunos, y entre ellos el capitán de Goas, que fue herido de un arcabuzazo, y continuando los castellanos la victoria, por no perder la ocasión, llegaron a la villa de San Vicente, donde entrados en las atarazanas del Rey, las saquearon y robaron cuanto había en el puerto. Hecho este desconcierto, volvieron a su asiento con algunos de los mismos portugueses, que al disimulo los favorecieron, donde metidos todos en dos navíos, desampararon la tierra, y se fueron a la Isla de Santa Catalina, que es ochenta leguas más para el Río de la Plata; por ser conocidamente demarcación y territorio de la Corona de Castilla, y allí hicieron asiento por algunos días, hasta que el capitán Gonzalo de Mendoza encontró con ellos, como adelante se dirá. Pasó este suceso el año de 1534. El cual entiendo fue el primero que hubo entre cristianos en estas partes de las Indias Occidentales.

CAPÍTULO IX

Del descubrimiento de César y sus compañeros

En el capítulo sexto de este libro dije cómo Sebastián Gaboto había despachado a descubrir las tierras australes y occidentales, que por aquellas partes pudiesen reconocer, según le pareció al dictamen de su entendimiento y cosmografía, juzgando que por allí era el más fácil y breve camino para entrar al rico Reino del Perú y sus confines; para lo cual dijimos haber enviado a César y sus compañeros a este efecto desde la Fortaleza de Santi-Espíritus, de donde saliendo a su jornada, se fueron por algunos pueblos de indios, y atravesando una cordillera, que viene de la costa del mar, y va corriendo hacia el poniente y septentrión, hasta juntarse con la general y alta cordillera del Perú y Chile, habiendo entre una y otra muy grandes espaciosos valles, poblados de muchos indios de varias naciones: pasaron de aquel cabo corriendo su derrota por muchas poblaciones de indios, que los agasajaron y dieron pasaje; y continuando sus jornadas, volvieron hacia el sur; y entraron en una provincia de gran suma y multitud de gente muy rica de oro y

plata, que tenían mucha cantidad de ganados y carneros de la tierra, de cuya lana fabricaban gran suma de ropa bien tejida. Estos naturales obedecían a un gran Señor, que los gobernaba; y pareciéndoles más seguro a los españoles ponerse bajo de su amparo, determinaron irse a donde él estaba; y llegados a su presencia con reverencia y acatamiento, le dieron su embajada por el mejor modo que les fue posible, dándole satisfacción de su venida, y pedirle su amistad de parte de S.M. que era un poderoso Príncipe, que tenía sus reinos y señoríos de la otra parte del mar, no porque tenía necesidad de adquirir nuevas tierras y dominios, ni otro interés alguno, más que tenerle por amigo, y conservar su amistad, como lo hace con otros muchos príncipes y reyes, y sólo por darle a conocer el verdadero Dios. En este particular fueron los españoles con gran recato por no caer en desgracia de aquel Señor, quien lo recibió humanamente, haciéndoles buen tratamiento, gustando infinito de su conversación y costumbres, y allí estuvieron muchos días, hasta que César y sus compañeros le pidieron licencia para volverse, la cual el Señor les concedió liberalmente, dándoles muchas piezas de oro y plata, y cuanta ropa pudieron llevar, y juntamente les dio indios que los acompañasen y sirviesen; y atravesando por toda aquella tierra, vinieron por su derrota hasta llegar a la Fortaleza de donde habían salido, y la hallaron desierta y asolada, después del desdichado suceso de don Nuño de Lara, y de los demás que con él murieron. Lo cual visto por César determinó volverse con su compañía a esta provincia, y puesto en ejecución, salieron de aquel sitio, de donde caminaron por muchas regiones y comarcas de indios de diferentes lenguas y costumbres; hasta que vinieron a subir una cordillera altísima y áspera, de la cual mirando el hemisferio, vieron a una parte el mar del norte, y a la otra el del sur; aunque a esto no me he podido persuadir por la distancia que hay de un mar al otro, porque tomando por lo más angosto, podrá ser el rincón del Estrecho de Magallanes, en que hay de la boca una parte del norte a la otra del mar del sur más de cien leguas; por lo que entiendo fue engaño de unos grandes lagos, que por noticia se sabe que caen a la parte del norte, que mirando de lo alto, les pareció ser el mismo mar, de donde caminando por la costa del sur muchas leguas, salieron hacia Atacama, y tierra de los Lipes; y dejando a mano derecha los Charcas, fueron en demanda del Cuzco, y entraron en aquel reino al tiempo que Francisco Pizarro acababa de prender a Atabaliba, Inca, en los campos de Cajamarca, como consta de su historia; de forma que con este suceso atravesó César toda esta tierra, de cuyo nombre comúnmente la llaman, la conquista de los Césares, según me certificó el capitán González Sánchez Garzón, vecino de Tucumán, y conquistador antiguo del Perú, el cual me dijo haber conocido y comunicado a este César en la Ciudad de los Reyes, de quien tomé la relación y discurso que en este capítulo he referido.

CAPÍTULO X

Cómo don Pedro de Mendoza pasó por Adelantado y Gobernador de estas Provincias y la armada que trajo

Llegado Sebastián Gaboto a Castilla el año de 1533, dio cuenta a S.M. de lo que había descubierto y visto en estas provincias, la buena disposición calidad y temple de la tierra, la gran suma de los naturales, con la noticia y muestras del oro y plata, que llevaba. De

tal manera supo ponderar el negocio, que algunos caballeros de caudal pretendieron esta conquista y gobernación, en especial un criado de la casa real, gentil hombre del Emperador Nuestro Señor, llamado don Pedro de Mendoza, deudo muy cercano de doña María de Mendoza, mujer del señor don Francisco de los Cabos, el cual tuvo negociación de que S.M. le hiciese merced de esta gobernación con título de Adelantado, haciendo asiento de poblar y conquistarla, pasando con su gente y armada a esta tierra, con cargo de que, habiéndola poblado, se le haría merced con título de Marqués de lo que poblase; con cuya fama y buena opinión se movieron en España diversas personas, ofreciéndose al Gobernador con cuanto tenían, de manera que se contaban por de gran suerte los que a esta empresa eran admitidos, y así no hubo ciudad de donde no saliesen para esta jornada mucha gente, y entre ellos algunos nobles y de calidad.

Juntos en Sevilla se embarcaron y salieron de la Barra de San Lúcar de Barrameda, en catorce navíos, el año de 1535 a 24 de agosto, y navegando por su derrota con viento próspero, llegaron a las Canarias, y en la Isla de Tenerife hizo el Adelantado reseña de su gente, y halló que traía dos mil doscientos hombres entre oficiales y soldados, de algunos de los cuales haré aquí mención para noticia de lo que adelante ha de suceder. Traía por su maestre de campo un caballero de Ávila llamado Juan Osorio, que había sido en Italia capitán de infantería española, al cual todos querían y estimaban por su grande afabilidad y valor, y por Almirante de la armada don Diego de Mendoza, hermano del Adelantado, y por su Alguacil mayor Juan de Ayolas, que a más de su privanza grande, que con el Adelantado tenía, era su mayordomo; por proveedor de S.M. un caballero llamado Francisco de Alvarado, y junto con él un hermano suyo llamado don Juan de Carbajal. Los que traía de más cuenta, eran el capitán Domingo Martínez de Irala natural de Vergara en la provincia de Guipúzcoa, Francisco Ruiz de Galán de la ciudad de León en Castilla. El capitán Salazar de Espinosa de la Villa de Pomar. Gonzalo de Mendoza de Baeza, y don Diego de Abalos. Venía junto con éstos un caballero gentil hombre del rey llamado don Francisco de Mendoza, mayordomo de Maximiliano Rey de Romanos, el cual por cierta desgracia que le sucedió en España, pasó a las Indias. Por contador de S.M. venía Juan de Cáceres natural de Madrid, y con él Felipe de Cáceres, su hermano. Por tesorero venía García Venegas natural de Córdoba, y Hernando de los Ríos, y Andrés Hernández y Romo. Por factor de S.M. don Carlos Guevara, y por alcaide de la primera fortaleza que se hiciere, don Nuño de Silva. Venía por sargento mayor de la armada Luis de Rojas y Sandoval, y sin cargos venían otros muchos caballeros como Perafán de Ribera, don Juan Manrique, el capitán Diego de Abreu, Pedro Ramiro de Guzmán, todos de Sevilla. Don Carlos Vumbrín hermano de leche del Emperador don Carlos Nuestro Señor. El capitán Juan de Ortega, Luis Hernández de Zúñiga de las Montañas, Francisco de Abalos Puina de Pamplona, Hernando Arias de Mansilla, don Gonzalo de Aguilar, el capitán Medrano de Granada, don Diego Barua caballero del orden de San Juan, Hernando Ruiz de la Cerda, el capitán Agustín de Ocampos de Almodóvar, el capitán Luján, don Juan Ponce de León de Osuna, el capitán Juan Romero y Francisco Hernández de Córdoba, Antonio de Mendoza, y don Bartotomé de Bracamonte, naturales de Salamanca, Diego de Estapiñán, el capitán Figueroa, Alonso Suárez de Ayala, y Juan de Vera de Jerez de la Frontera, Bernardo Centurión Genovés, Cuatralvo de las Galeras del Príncipe Andrea Doria, el capitán Simón Jacques de Ramoa natural de Flandes, Luis Pérez de Cepeda de Ahumada hermano de Santa Teresa de Jesús, sin otros muchos

caballeros, hijosdalgo y hombres nobles, alféreces, sargentos y oficiales que venían en esta armada.

Partieron de las Canarias, continuando su viaje, y pasaron la línea equinoccial, de donde con una gran tormenta se dividió la armada. Don Diego de Mendoza tomó hacia el mediodía para la boca del Río de la Plata, según se presume de malicia; y navegando el resto de la armada para la costa del Brasil, tomó puerto en el Río de Janeiro, y en otros de aquella costa, obligados de la necesidad de hacer esta arribada por falta de agua y bastimentos, y estando en dicho puerto, sucedió un día que, andando el Maestre de campo Juan de Osorio, paseándose con el Factor don Carlos de Guevara por la playa, llegó a él Juan de Ayolas Alguacil mayor, y le dijo (yendo en su compañía el capitán Salazar y Diego de Salazar y Medrano) Vmd., sea preso, señor Juan de Osorio, a lo cual entendiendo el Maestre de campo que se burlaba, se retiró empuñando su espada, y entonces le replicó el Alguacil mayor diciendo, téngase Vmd., que el señor gobernador manda que vaya preso, a lo que respondió Juan de Osorio, hágase lo que S. S. manda, que yo estoy pronto a obedecerle, y con esto todos se fueron hacia la tienda del gobernador, la cual estaba en la playa, y en aquella sazón cercada toda de gente de guarda; y adelantándose el Alguacil mayor, fue a dar aviso al gobernador que estaba almorzando, diciendo: ya, señor, está preso, ¿qué manda V.S. que se haga? El respondió, dando de mano hagan lo que han de hacer; y volviendo Ayolas donde venía el Maestre de Campo de improviso le dieron de puñaladas, de que cayó muerto sin poderse confesar: luego pusieron el cuerpo sobre un repostero a vista de todo el campo, con un rótulo que decía "por traidor y alevoso", y a esta sazón el Adelantado dijo, "este hombre tiene su merecido; su soberbia y su arrogancia le han traído a este estado". Todos los presentes sintieron en el alma la muerte de tan principal y honrado caballero, quedando tristes y desconsolados, particularmente sus deudos y amigos. Súpose que algunos envidiosos le malquistaron con don Pedro, diciendo que el Maestre de Campo le amenazaba que, en llegando al Río de la Plata, había de hacer que las cosas corriesen por diferente orden, atribuyendo sus razones a mal fin; de cuya muerte sobrevinieron, por castigo de Dios, grandes guerras, muchas desgracias y muertes, como adelante se dirá.

CAPÍTULO XI

De cómo la armada entró en el Río de la Plata y de la muerte de don Diego de Mendoza

Quedó toda la gente tan disgustada con la muerte del Maestre de Campo Juan de Osorio, que muchos estaban determinados a quedarse en aquella costa, como lo hicieron; y habiéndolo entendido el gobernador, mandó luego salir la armada de aquel puerto, y engolfándose en el mar, se vinieron a hallar en 28 grados sobre la laguna de los Patos, donde, y más adelante, toparon con unos bajíos, que llaman los arrecifes de Don Pedro; y corriendo la costa, reconocieron el Cabo de Santa María, y fueron a tomar la boca del Río de la Plata, por donde entrados, subieron por él hasta dar en la playa de la Isla de San Gabriel, donde hallaron a don Diego de Mendoza, que estaba haciendo tablazón para bateles y barcos, en que pasar el río a la parte del oeste, que es Buenos Aires. Los soldados se alegraron unos con otros, y supo don Diego la muerte del Maestre de Campo,

la cual sintió mucho, y dijo públicamente: ¡plegue a Dios que la falta de este hombre, y su muerte no sean causa de la perdición de todos! Y dando orden de pasar a aquella parte, fueron algunos a ver la disposición de la tierra, y el primero que saltó a ella, fue Sancho del Campo, cuñado de don Pedro, el cual vista la pureza de aquel temple, su calidad y frescura, dijo que ¡buenos aires son los de este suelo! De donde se le quedó el nombre. Y considerado bien el sitio y lugar por personas inteligentes, vieron ser el más acomodado, que por allí había para escala de aquella entrada.

Determinó luego don Pedro hacer allí asiento, y al efecto mandó pasar a aquella parte toda la gente, que se hallaba en la Banda Oriental, así por parecerle estaría más segura de que no le volviese al Brasil, como por la comodidad de poder algún día abrir camino y entrada para el Perú; dejando los navíos de más porte en aquel puerto con la guarda necesaria, se fue con los restantes al de Buenos Aires, metiendo los más pequeños en el riachuelo, del cual media legua arriba fundó una población, que puso por nombre la ciudad de Santa María, el año de mil quinientos treinta y seis, donde hizo un fuerte de tapias de poco más de un solar en cuadro, donde pudiese recoger la gente, y poderse defender de los indios de guerra, los cuales luego que sintieron a los españoles, vinieron a darles algunos arrebatos, por impedirles su población, y no pudiendo estorbarles se retiraron sobre el Riachuelo, de donde salieron un día, y mataron como diez españoles, que estaban haciendo carbón y leña, y escapando algunos de ellos, vinieron a la ciudad, donde avisaron lo que había sucedido, y tocando alarma, mandó don Pedro a su hermano don Diego que saliera a este castigo con la gente que le pareciese. Don Diego sacó en campo trescientos soldados infantes, y doce de a caballo con tres capitanes, Perafán de Ribera, Francisco Ruiz Galán, don Bartolomé de Bracamonte, y cerca de su persona a caballo don Juan Manrique, Pedro Ramiro de Guzmán, Sancho el Campo, y el capitán Luján. Así todos juntos fueron caminando como tres leguas hasta una laguna, donde hallaron algunos indios pescando; y dando sobre ellos, mataron y prendieron más de treinta, y entre ellos un hijo del cacique de toda aquella gente, y venida la noche se alojaron en la vega del río: de donde despachó don Diego algunos presos, para que diesen aviso al cacique a que viniese a verse con él bajo de seguro, porque no pretendía con ellos otra cosa, que tener amistad, que ésta era la voluntad del Adelantado su hermano. Al otro día acordó de pasar a delante hasta topar los indios, y tomar más lengua de ellos; y llegados a un desagadero de la laguna, descubrieron de la otra parte más de tres mil indios de guerra, que teniendo aviso de sus espías, de como los españoles pasaban en su demanda, estaban todos muy alerta, y en orden de guerra con mucha flechería, dardos, macanas y bolas arrojadizas, tocando sus bocinas y cornetas, puestos en buen orden, y esperando a don Diego, el cual como los vio, dijo: Señores, pasemos a la otra banda, y rompamos con estos bárbaros. Vaya la infantería delante haciendo frente y deles una rociada, para que los de a caballo podamos sin dificultad salir a escaramuzar con ellos, y a desbaratarlos. Algunos capitanes dijeron que sería mejor aguardar a que ellos pasasen, como al parecer lo mostraban, pues se hallaban en puesto aventajado sin el riesgo y dificultad que había en pasar aquel vado: al fin se vino a tomar el peor acuerdo, que fue pasar el desagadero, donde se hallaban los enemigos, los cuales en este tiempo se estuvieron quedos, hasta que vieron que había pasado la mitad de nuestra gente de a pie, y entonces se vinieron repentinamente cerrados en media luna, y dando sobre los nuestros, hirieron con tanta prisa, que no les dieron lugar a disparar las ballestas y

arcabuces. Visto por los capitanes y los de a caballo cuan mal iba a los nuestros, dieron lugar a que pasase la caballería, y cuando llegó, ya era muerto don Bartolomé de Bracamonte, siguiendo Perafán de Ribera, que peleaba con espada y rodela, metido en la fuerza de enemigos junto con Marmolejo su alférez, cansados y desangrados de las muchas heridas que tenían, cayeron muertos. Don Diego con los de a caballo acometió en lo raso al enemigo; más hallóle tan fuerte que no le pudo romper, porque también los caballos venían flacos del mar, y temían al arrojarse a la pelea, y así volviendo cada uno por su parte, prosiguiendo la escaramuza, hiriendo y matando a los que podían, hasta que con los dardos y las bolas fueron los indios derribando algunos caballos. Don Juan Manrique se metió en lo más espeso de su escuadrón, y peleando valerosamente, cayó del caballo, acudiendo don Diego a socorrerle, no lo pudo hacer tan presto que primero no llegase a él un feroz bárbaro, que le cortó la cabeza, a quien luego don Diego le atravesó la lanza por el cuerpo, y a él le dieron un golpe muy fuerte en el pecho con una bola, de que luego cayó sin sentido. En este medio Pedro Ramiro de Guzmán se arrojó por medio del escuadrón de indios por sacarle de este aprieto, y llegando donde estaba, le pidió la mano para subirle a las ancas de su caballo, el cual, aunque se esforzó lo que pudo, no tuvo fuerzas por estar tan desangrado, y cerrando los enemigos con Pedro Ramiro, le acosaron de tal suerte a chuzazos, que en el propio lugar que a don Diego acabaron con ambos. Luján y Sancho del Campo andaban algo afuera muy mal heridos, pero siempre escaramuzaban entre los indios, los cuales cerrando con la infantería y desbaratándola, entraron por el desaguadero, hiriendo y matando a una y otra mano a los españoles, de tal suerte que hicieron cruel matanza entre ellos y a seguir el alcance, no dejaron hombre a vida. Luján y otro caballero por disparar sus caballos, salieron sin poder sujetarlos, por estar muy heridos, quienes llegando a la orilla de un río, que hoy llaman de Luján, ambos a dos cayeron muertos, como después se vio, porque se hallaron los huesos, y uno de los caballos vivo: algunos dicen que éstos fueron la causa de la muerte del Maestre de Campo con otros que en este desbarate murieron. Sancho del Campo, y Francisco Ruiz Galán, recogieron la gente, que por todos fueron ciento cuarenta de a pie, y cinco de caballo; y como los más venían heridos y desangrados, caminando aquella noche, salieron por los caminos sin poder pasar adelante, los cuales por falta de agua, y sin el conocimiento de la tierra, murieron de hambre y sed, de manera que de todas estas compañías no escaparon más de ochenta personas.

CAPÍTULO XII

De la hambre y necesidad, que padeció toda la armada

Sabido por don Pedro el suceso y desbarato con la muerte de su hermano y de los demás que fueron en su campaña, recibió tan gran sentimiento, que estuvo a pique de perder la vida; y más con un acaecimiento y desastre de haber hallado muerto en su cama al capitán Medrano de cuatro o cinco puñaladas, sin que se pudiera saber quien lo hubiese verificado, aunque se hicieron grandes diligencias, prendiendo muchos parientes y amigos de Juan de Osorio, con los cuales sucesos, y la hambre que sobrevino, estaba la gente muy triste y desconsolada, llegando a tanto extremo la falta de comida, que había día que sólo se daba de ración seis onzas de harina, y esa podrida y mal pesada, que lo

uno y lo otro causó tan gran pestilencia, que corrompidos morían muchos de ellos, para cuyo remedio determinó don Pedro mandar al capitán Gonzalo de Mendoza con una nao a la costa del Brasil en busca de algunos víveres; y salido al efecto hizo su jornada; y por otra parte despachó doscientos hombres con Juan de Ayolas, a que descubriesen lo que había el río arriba, nombrándole por su teniente general, el cual salió en dos bergantines y una barca, llevando en su compañía al capitán Alvarado, y a otros caballeros, con orden de que dentro de cuarenta días le viniesen a dar cuenta de lo que descubriesen, para que conforme a su relación ordenase lo más conveniente; y pasados algunos días estuvo don Pedro cuidadoso de saber lo sucedido. Vencido ya el término de los cuarenta días, y harto más, le causó notable pena, y mucho más viendo que cada día la pestilencia iba creciendo con la hambre y la necesidad, de tal manera que determinó irse al Brasil, llevándose consigo la mitad de la gente que allí tenía, a proveerse de bastimentos, y con ellos volver a proseguir su conquista, aunque a la verdad su intento no era éste sino de irse a Castilla, y dejar la tierra; para lo cual con gran prisa hizo aparejar los navíos que había de llevar, y embarcada la gente necesaria para el viaje, aquella misma noche llegó Juan de Ayolas, antes de él partirse, haciendo grande salva de artillería con gran júbilo por haber hallado cantidad de comida, y muchos indios amigos que dejaba de paz, llamados Timbúes y Caracaraes en el fuerte de Corpus Christi, donde dejó al capitán Alvarado con cien soldados en su compañía.

Con este socorro y la buena nueva que de la tierra tuvo, mudó de parecer don Pedro, y determinó ir en persona a verla, llevando en su compañía la mayor parte de su gente con algunos caballeros, dejando por su lugar teniente en Buenos Aires, al capitán Francisco Ruiz Galán, y en su compañía a don Nuño de Silva, y por capitán de los navíos a Simón Jacques de Ramúa. Tardó don Pedro en el viaje muchos días por causa de la gran flaqueza de la gente, que se le moría por momentos, tanto que ya le faltaba cerca de la mitad, y llegando donde esta Alvarado, halló habérsele muerto la mitad de la gente, no pudiendo arriba de la gran flaqueza y hambre pasada, y la que de presente tenían; con todo determinó de hacer allí asiento, en vista de la buena comodidad del sitio, mandando construir una casa para su morada, y recibiendo gran consuelo en la comunicación y amistad de los naturales, de quienes se informó de lo que había en la tierra, y como a la parte del sudoeste residían ciertos indios vestidos, que tenían muchas ovejas de la tierra, y que contrataban con otras naciones muy ricas de plata y oro, y que habían de pasar por ciertos pueblos de indios que viven debajo de tierra, que llamaban Comechingones, que son los de las Cuevas, que hoy día están repartidos a los vecinos de la ciudad de Córdoba. Con esta relación se ofrecieron dos soldados a don Pedro de Mendoza de ir a ver y descubrir aquella tierra y traer razón de ella; el cual, deseando satisfacerse, condescendió con su petición, y salidos al efecto nunca más volvieron, ni se supo que se hicieron; aunque algunos han dicho, que atravesando la tierra, y cortando la cordillera general, salieron al Perú, y se fueron a Castilla.

En este tiempo padecían en Buenos Aires cruel hambre, porque faltándoles totalmente la ración, comían sapos, culebras, y las carnes podridas que hallaban en los campos, de tal manera, que los excrementos de los unos comían los otros, viniendo a tanto extremo de hambre como en tiempo que Tito y Vespasiano tuvieron cercada a Jerusalén: comieron carne humana; así le sucedió a esta mísera gente, porque los vivos se sustentaban de la

carne de los que morían, y aun de los ahorcados por justicia, sin dejarle más de los huesos, y tal vez hubo hermano que sacó la asadura y entrañas a otro que estaba muerto para sustentarse con ella. Finalmente murió casi toda la gente, donde sucedió que una mujer española, no pudiendo sobrellevar tan grande necesidad fue constreñida a salirse del real, e irse a los indios, para poder sustentar la vida; y tomando la costa arriba, llegó cerca de la Punta Gorda en el monte grande, y por ser ya tarde, busco adonde albergarse, y topando con una cueva que hacía la barranca de la misma costa, entró en ella, y repentinamente topó con una fiera leona que estaba en doloroso parto, que vista por la afligida mujer quedó ésta muerta y desmayada, y volviendo en sí, se tendía a sus pies con humildad. La leona que vio la presa, acometió a hacerla pedazos; pero usando de su real naturaleza, se apiadó de ella, y desechando la ferocidad y furia con qué le había acometido, con muestras halagüeñas llegó así a la que ya hacía poco caso de su vida, y ella, cobrando algún aliento, la ayudó en el parto en que actualmente estaba, y venido a luz parió dos leoncillos; en cuya compañía estuvo algunos días sustentada de la leona con la carne que traía de los animales; con que quedó bien agradecida del hospedaje, por el oficio de comadre que usó; y acaeció que un día corriendo los indios aquella costa, toparon con ella una mañana al tiempo que salía a la playa a satisfacer la sed en el río donde la sorprendieron y llevaron a su pueblo, tomándola uno de ellos por mujer, de cuyo suceso y demás que pasó, haré relación adelante.

CAPÍTULO XIII

De la jornada que don Pedro de Mendoza mandó hacer al General Juan de Ayolas y al capitán Domingo Martínez de Irala

Algunos días que don Pedro de Mendoza llegó a Corpus Christi, determinó enviar a descubrir el Río de la Plata arriba y tomar relación de la tierra; y con este acuerdo mandó a su Teniente general se aprestase para el efecto, quien, el año de 1537 salió de este puerto con trescientos soldados en tres navíos, llevando en su compañía al capitán Domingo Martínez de Irala, al Factor don Carlos de Guevara, a don Juan Ponce de León, a Luis de Zepeda y Ahumada, y a don Carlos Vumbrin, y otros caballeros, con instrucción de que dentro de cuatro meses le volviesen a dar cuenta de lo descubierto y sucedido. Salidos a su jornada, navegaron muchas leguas, padeciendo grandes trabajos y necesidades hasta que llegaron donde se juntan los ríos del Paraguay y Paraná; y tocando en los mismos bajíos que Gaboto, dieron vuelta y embocaron por el del Paraguay con los remos en las manos, y a la sirga, caminando de noche y día con deseo de llegar a algunos pueblos donde pudiesen hallar refrigerio de alimentos; y con esta determinación yendo caminando por un paraje que llaman la Angostura, les acometieron gran número de canoas de indios llamados Agaces, con los cuales pelearon muy reñidamente, matando muchos de ellos, de manera que los hicieron retirar, y saltar todos los más en tierra, dejando las canoas, en los que hallaron alguna comida, y mucha carne de monte y pescado, con lo cual cómodamente pudieron llegar a la Frontera de los Guaraníes, con quienes trabaron luego amistad, y se proveyeron del matalotaje necesario para pasar adelante, tomando lengua, que hacia el occidente y mediodía había cierta gente que poseía muchos metales. Y caminando por sus jornadas, llegaron el puerto que llaman de

Nuestra Señora de la Candelaria, en donde Juan de Ayolas mandó desembarcar y tomar tierra, dejando allí los navíos con cien soldados a la orden de Domingo Martínez de Irala; y prosiguieron su jornada por tierra con doscientos soldados en doce días del mes de febrero de 1537, dejando orden que le aguardasen en aquel puesto seis meses; y si dentro de ellos no volvía, se fuesen sin detenerse más tiempo, porque la imposibilidad de algún contrario suceso se lo impediría; y así con esta determinación tomó su derrota al poniente, llevando en su compañía al Factor don Carlos Vumbrin, Luis de Zepeda, y a otros muchos caballeros, donde los dejaremos por ahora. Y volviendo a don Pedro de Mendoza, que estaba aguardando la correspondencia de Juan de Ayolas, y vista su tardanza, arribó a Buenos Aires con determinación de irse a Castilla, donde llegado halló gran parte de la gente muerta, y la demás que había quedado, tan acabada y flaca de hambre, que se temía no quedase ninguna de toda ella con vida: y estando todos con esta aflicción y aprieto, fue Dios servido de que llegase al puerto el capitán Gonzalo de Mendoza, que venía del Brasil con la nao muy bien proveída de víveres, juntos con otros dos navíos que traía en su compañía de aquella gente que quedó de Sebastián Gaboto y de los demás que se juntaron después de la derrota de los portugueses, los cuales halló retirados en la isla de Santa Catalina, donde tenían asiento hecho, y a persuasión de Gonzalo de Mendoza se determinaron venir en su compañía, circunstancia muy importante para el buen efecto de aquella conquista, porque a más de ser ya baqueanos y prácticos en la tierra, traían consigo muchos indios del Brasil, y los más de ellos con sus mujeres e hijos. Los españoles fueron Hernando de Ribera, Pedro Morán, Hernando Díaz, el capitán Ruiz García, Francisco de Ribera y otros, así castellanos como portugueses. Los cuales todos venían bien pertrechados de armas y municiones, con lo que don Pedro de Mendoza recibió sumo gozo y alegría, de que le nació derramar muchas lágrimas, dando gracias a nuestro Señor por tan señalada merced. Con esto determinó informarse del suceso de su Teniente general Juan de Ayolas, a cuyo efecto despacho al capitán Salazar, y al mismo Gonzalo de Mendoza, los cuales partieron en dos navíos con ciento cuarenta soldados río arriba. Luego se fueron ellos, dentro de pocos días don Pedro de Mendoza puso en efecto su determinación de ir a Castilla, y embarcándose en una nao llevó consigo al contador Juan de Cáceres y Alvarado, dejando por Teniente general en el puerto de Buenos Aires al capitán Francisco Ruiz Galán, y haciendo su viaje con tiempos contrarios y larga navegación, le vino a faltar el matalotaje, de manera que se halló don Pedro tan debilitado de hambre, que le fue forzoso el hacer matar una perra que llevaba en el navío, la cual estaba salida, y comiendo de ella, tuvo tanta inquietud y desasosiego, que parecía que rabiaba, de suerte que dentro de dos días murió, lo mismo sucedió a otros que de aquella carne comieron. Al fin los que escaparon, llegaron a España al fincer el año 37, donde se dio cuenta a S.M. de lo sucedido en aquella conquista. Volviendo al capitán de Salazar y Gonzalo de Mendoza, que llevaban su viaje en demanda de Juan de Ayolas, subieron hasta el paraje de la Candelaria, en donde hallaron a Domingo Martínez de Irala con los navíos aguardando a Juan de Ayolas en los pueblos de los indios Payaguaes y Guayarapos, que son los más traidores e inconstantes de todo aquel río. Los cuales disimulando con los españoles su dañada intención, les traían algunas subsistencias, con que los entretenían, aunque no perdían ocasión de hacerles todo el mal que podían.

Juntos, pues, los capitanes determinaron hacer una corrida por aquella tierra, por ver si

podían tener alguna noticia de los de la entrada, y hecha, dejaron en aquel puerto en una tabla escrito todo lo que se ofrecía poder avisar, y que no se fiasen de aquella gente por estar rebelada, y con mala intención. Hecho esto se volvió Salazar aguas abajo, dejando a Irala un navío nuevo por otro muy cascado. Llegando al puerto que hoy es la Asunción, determinó hacer una casa fuerte, y dejar en ella a Gonzalo de Mendoza con setenta soldados por parecerle el puerto bueno y escala para la navegación de el río; y él se partió para el de Buenos Aires a dar cuenta a don Pedro del efecto de su expedición; y llegando a su destino halló que se había ido a España, y que el teniente que había dejado, estaba malquisto con los soldados por ser de condición áspera, y muy rigoroso, tanto que por una lechuga cortó a uno las orejas, y a otro afrentó por un rábano, tratando a los demás con la misma crueldad, de que todos estaban con gran desconsuelo, y también por haber sobrevenido al pueblo una furiosa plaga de leones, tigres y onzas, que los comían saliendo del fuerte; de tal manera que era necesario una compañía de gente, para que pudiesen salir a sus ordinarias necesidades. En este tiempo sucedió una cosa admirable, que por serio la diré, y fue que habiendo salido a correr la tierra un capitán en aquellos pueblos comarcanos, halló en uno de ellos, y trajo a aquella mujer española de que hice mención arriba, que por la hambre se fue a poder de los indios. Así que Francisco Ruiz Galán la vio ordenó que fuese echada a las fieras, para que la despedazasen y comiesen; y puesto en ejecución su mandato, llevaron a la pobre mujer, la ataron muy bien a un árbol, y la dejaron como una legua fuera del pueblo, donde acudieron aquella noche a la presa gran número de fieras para devorarla, y entre ellas vino la leona a quien esta mujer había ayudado en su parto, y habiéndola conocido, la defendió de las demás que allí estaban, y que querían despedazarla.

Quedándose en su compañía, la guardó aquella noche, el otro día y la noche siguiente, hasta que al tercero fueron allí unos soldados por orden de su capitán a ver el efecto que había surtido dejar allí aquella mujer; y hallándola viva, y la leona a sus pies con sus dos leoncillos, que sin acometerlos se apartó algún tanto dando lugar a que llegasen; quedaron admirados del instinto y humanidad de aquella fiera. Desatada la mujer por los soldados la llevaron consigo, quedando la leona dando muy fieros bramidos, mostrando sentimiento y soledad de su bienhechora, y haciendo ver por otra parte su real ánimo y gratitud, y la humanidad que no tuvieron los hombres. De esta manera quedó libre la que ofrecieron a la muerte, echándola a las fieras. Esta mujer yo conocí, y la llamaban la Maldonada, que más bien se le podía llamar Biendonada; pues por este suceso se ve no haber merecido el castigo a que se expusieron, pues la necesidad había sido causa a que desamparase a los suyos, y se metiese entre aquellos bárbaros. Algunos atribuyen esta sentencia tan rigurosa al capitán Alvarado, y no a Francisco Ruiz, mas cualquiera que haya sido, el caso sucedió como queda dicho, y no carece de crueldad casi inaudita.

CAPÍTULO XIV

De las cosas que sucedieron en esta provincia después de la partida de don Pedro de Mendoza

Habiendo llegado el capitán Salazar al puerto de Buenos Aires, y dado razón de las cosas del río arriba, se determinó que Francisco Ruiz con la mayor gente que pudiese, se fuera a donde estaba Gonzalo de Mendoza, que era el puerto de nuestra Señora de la Asunción, a rehacerse de víveres por haber informado Salazar que había en gran cantidad, y que los indios de aquella tierra estaban de paz y amistad con los españoles, para lo cual se embarcaron en sus navíos toda la gente que cupo, y caminaron el río arriba, y llegados a Corpus Christi se sacó la mitad de la gente que allí había y prosiguieron unos y otros su viaje, llevando en su compañía al contador Felipe de Cáceres que quedó con el oficio de su hermano, al tesorero García Venegas, y a otros caballeros y capitanes, dejando en su lugar en Buenos Aires al capitán Juan de Ortega, siguiendo su derrota con grandes trabajos y necesidades al fin llegaron a la casa fuerte, donde hallaron al capitán Gonzalo de Mendoza en gran amistad con los indios Guaraníes de aquella comarca, que a la sazón si hallaba escasa de bastimento por causa de una plaga general de langostas que había talado todas las chacras, con cuyo accidente Francisco Ruiz y los de su compañía quedaron muy tristes; y en esta coyuntura llegó de arriba Domingo Martínez de Irala con sus navíos; porque habiendo aguardado al General Juan de Ayolas más de ocho meses, la necesidad de alimentos le conстриño bajar a rehacerse de lo necesario, y a dar carena a sus navíos, que estaban muy mal parados; y así le fue forzoso llegar a este puerto, donde Francisco Ruiz y él tuvieron algunas competencias, de que resultó el prender a Domingo Martínez de Irala; pero interviniendo algunos caballeros por él, fue luego suelto de esta prisión. Domingo de Irala con toda prisa volvió río arriba, por ver si había alguna nueva del general Juan de Ayolas, a quien dejaremos por ahora, y pasemos al capitán Francisco Ruiz, quien habiéndose rehecho de algunos víveres, regresó para Buenos Aires; y llegando a la fortaleza de Corpus Christi, que estaba al comando del capitán Alvarado, propuso determinadamente dar sobre los indios Caracaraes, sin otra más razón que decir favorecían a unos indios rebelados contra los españoles; y sin acuerdo, ni parecer de los capitanes, habiéndolos asegurado con buenas palabras, dio en ellos una madrugada, y quemándoles sus ranchos, mató gran cantidad, y prendiendo muchas mujeres y niños, los repartió entre los soldados, y hecho esto se fue con su gente a Buenos Aires, llevando al capitán Alvarado, y sustituyendo en su lugar a Antonio de Mendoza con 100 soldados. En Buenos Aires halló que había llegado de Castilla a aquel puerto por orden de S.M. el Veedor Alonso Cabrera en una nao llamada la Marañona, con muchas armas y municiones, ropa y mercaderías, que habían despachado ciertos mercaderes de Sevilla, que se habían obligado a hacer este proveimiento al gobernador don Pedro Mendoza, y así mismo vinieron algunos caballeros y soldados entre ellos especialmente el más conocido, Antonio López de Aguillar de Peraza, y Antonio Cabrera, sobrino del Veedor; y luego que desembarcaron, se determinó volver a despachar la misma nao, por dar aviso a S.M. del estado de la tierra, y para el efecto se embarcaron Felipe de Cáceres y Francisco de Alvarado, y siguieron su destino.

Así que éstos hubieron partido, se tuvo nueva que el capitán Antonio de Mendoza estaba en muy notable aprieto en su casa fuerte del Corpus Christi, porque los indios comarcanos, lastimados de lo que con los Caracaraes había usado Francisco Ruiz, procuraron vengarse en forma, y así habían ya muerto cuatro soldados y no contentos con esto, y para hacerlo más cautelosamente, enviaron ciertos caciques al capitán disculpándose de lo sucedido, y echando la culpa a unos indios, con quienes decían

estaban encontrados por razón de ser amigos de los españoles, y pues que lo eran, y aquellos sus enemigos, tenían obligación de favorecerlos en aquel conflicto, porque de otra suerte, no pudiendo resistir a la fuerza de los contrarios, les sería forzoso hacerse del mismo bando contra los españoles, sin que por ello se les pudiese atribuir culpa. De tal manera supieron hacer su negocio, y con tanto disimulo, que el capitán se vio forzado a darles 50 soldados, que fuesen con ellos a cargo de su alférez Alonso Suárez de Figueroa, el cual habiendo salido, fue caminando con buen orden hasta ponerse a vista del pueblo de los indios, que distaba poco más de dos leguas del Fuerte, y entrando por un bosque adentro que antes del pueblo estaba, sintiendo ruido, y era la gente emboscada que los estaba aguardando, y acometiéndolos por las espaldas, les atacaron tan furiosamente, que sacándolos a lo raso, les dieron tan gran rociada de flechería, que quedaron muchos heridos; pero revolviéndose los nuestros sobre los indios con grande esfuerzo, mataron muchos de ellos; a este tiempo llegaron de fresco otros escuadrones de la parte del pueblo, y tomaron en medio a los nuestros, quienes, viéndose tan apretados, y algunos muertos, los demás aunque heridos, se fueron retirando desordenadamente; y así tuvieron los indios mejor ocasión de acabarlos con notable crueldad. Alcanzada esta victoria, la procuraron llevar adelante, para lo cual cercaron el Fuerte con más de 2.000 indios, perseverando en él, hasta que viendo buena ocasión, le asaltaron, y de primera instancia fue herido el capitán Mendoza con una pica que le atravesó una ingle, y los apretaron tan reciamente que a no remediarlo Dios sin ninguna duda ganaran aquel día el Fuerte, pereciendo todos en él; y fue el auxilio de esta manera: que estando en su mayor fuerza el asalto, llegaron dos bergantines en que venían el capitán Simón Jacques y Diego de Abreu, quienes oyendo la gritería y bocina de los indios, reconocieron lo que podía ser, y desde afuera empezaron a disparar las culebrinas y demás artillería que traían en los bergantines, asestando a los escuadrones de los indios, con que hicieron gran riza, y saltando en tierra con demasiada determinación, tomando los capitanes la vanguardia, y peleando cara a cara con el enemigo a espada y rodela, le rompieron, de manera que les fue forzoso desamparar el puesto, y visto por los del Fuerte, tuvieron lugar a salir a pelear, e hicieron con tan gran valor, que fueron hiriendo y matando a cuantos encontraban, de manera que los pusieron en desordenada huida, mostrando en esta ocasión los soldados el valor de sus personas, en especial Juan de Paredes extremeño, Adamae de Olabarriga vizcaíno, un tal Campuzano, y otros que no cuento: quedaron muertos en el campo mas de 400 indios, y a no hallarse nuestros españoles tan cansados, sin duda ninguna siguen al alcance, y no dejan uno con vida, según estaban de desordenados, rendidos y atónitos de una visión que dicen vieron sobre un torreón de la fortaleza en lo más fuerte del combate: era un hombre vestido de blanco, con una espada desnuda en la mano con tanto resplandor, que al verte caían como ciegos y atónitos en el suelo. Esto sucedió el día 3 de febrero, que es el de la fiesta del Bienaventurado San Blas, de quien siempre se entendió haber dado este socorro a los nuestros, como otras muchas veces lo ha hecho en aquella tierra, en que se tiene con él tan gran devoción, que le han recibido y jurado por principal Patrón y Abogado. Concluido el suceso, se recogieron los españoles y unos a otros se daban mil parabienes; recibíendose con lágrimas de amor y consuelo, y entrados en el Fuerte hallaron a Antonio de Mendoza que estaba agonizando de su herida; a quien Dios Nuestro Señor fue servido dar tiempo para poder confesarse con un sacerdote que venia en uno de los bergantines, y luego que recibió la absolución, pasó de esta vida a la eterna. Y la orden que traían de Francisco Ruiz los capitanes de los

bergantines, era que en caso que conviniese, llevasen en ellos la jente que allí había por haberse sospechado algún mal suceso de ciertos indios, que prendieron en el río Luján, en cuyo poder hallaron una vela de navío, armas y vestidos ensangrentados, que habían sido de los que iban y venían de Buenos Aires en un bergantín a Corpus Christi, que una noche habían tomado los indios, y mataron toda la gente, que en él iba, por cuyo motivo fueron despachados estos dos bergantines con sesenta soldados y capitanes referidos, que llegaron a tan buen tiempo, e hicieron tan importante socorro.

CAPÍTULO XV

De lo que sucedió al capitán Domingo Martínez de Irala río arriba, y la muerte de Juan de Ayolas

Después que Domingo de Irala partió del puerto de Nuestra Señora de la Asunción con sus navíos en demanda de alguna nueva del general Juan de Ayolas, llegó al de la Candelaria, y saltando en tierra, buscó a la redonda, si hallaba algún rastro o señal de haber llegado gente española, y no hallándole, pegó fuego al campo por ver si venían algunos indios, y así aguardaron aquella noche con mucho cuidado por no haber hallado la tabla que había dejado escrita Salazar. Al otro día de mañana se hicieron a la vela, y tomaron otro puerto más arriba, que llaman de San Fernando, y corriendo la tierra, hallaron unas rancherías, como que hubiesen sido alojamiento de gente de guerra, por lo cual se fue con sus bergantines a una isla que estaba en medio del río para alojarse en ella; allí le vinieron cuatro canoas de indios que llaman Guayarapos, y preguntándoles el capitán si tenían noticia de la gente de Juan de Ayolas, respondieron que no sabían nada. Irala se hallaba con mucha pena, porque la tarde antes un clérigo y dos soldados, que salieron a pescar, no habían vuelto, y así al otro día salió a buscarlos, y no pudo hallarlos; aunque corrió toda la costa, y sólo topó con un indio, y una india payaguaes que andaban pescando, y preguntándoles si habían visto al clérigo y españoles, dijeron que no sabían de ellos, y así los trajo consigo a la isla, de donde despachó al indio a llamar a su cacique, que dijo estaba cerca con toda su gente sobre una laguna, que llaman hoy de Juan de Ayolas; y otro día como a las dos de la tarde vinieron dos canoas de aquellos indios de parte de su Señor con mucho pescado y carne; y estando hablando con ellos, vieron venir de la otra banda 40 canoas con más de 300 indios, y tomando tierra en la misma isla a la parte de abajo, el capitán mandó aprontar la gente a punto de guerra. Los Payaguaes desembarcaron en tierra, y vinieron al real con 100 de ellos sin ningunas armas, y desde lejos dijeron que no se atrevían a llegar de temor de los arcabuceros y armas que tenían en las manos, y que pues ellos no las traían y venían de paz, no era razón que los españoles las tuviesen. El capitán, por asegurar y demostrar su buena fe, mandó arrimar las armas; pero con prevención de estar alerta por si intentaban alguna traición. Los indios con este seguro llegaron a hablar con Domingo Martínez de Irala, quien por intérprete les preguntó si sabían de Juan de Ayolas, y ellos comenzaron a decir muchas cosas diversas unas de otras, y muy atentos al movimiento de todos se fueron despacio arrimando a los españoles con muestras de querer contratar con ellos; y pareciendo a los indios que ya los tenían asegurados, hicieron seña, tocando una corneta a cuyo sonido vinieron a un tiempo a los brazos con los españoles, acometiendo primero a Domingo

Martínez de Irala doce indios, dando grandes alaridos, y lo mismo hicieron con cada soldado, procurando derribarlos y rendirlos, mas como el capitán siempre había recelado esta traición, valerosamente se desenvolvió con su espada y rodela, hiriendo y matando a los que le cercaron, derribando a sus pies siete de ellos, e hizo plaza, socorriendo a sus soldados, que estaban bien oprimidos por ser muchos los que a cada uno acometieron, y el primero con quien encontró fue con el alférez Vergara, que le tenían en tierra, al cual libró del peligro, y luego defendió a Juan de Vera, a quien tenían cercado, y con ellos fue socorriendo a los demás, a tiempo que don Juan de Carvajal, y Pedro Sánchez Maduro, se habían ya mejorado de sus enemigos valerosamente, de manera que ya casi todos estaban libres, cuando llegó la fuerza de los enemigos, tirándoles gran número de flechas, y con tal vocería, que parecía que la isla se hundía, y haciéndoles rostro nuestra gente con gran esfuerzo les impidieron la entrada. A este mismo tiempo fueron acometidos los navíos por 20 canoas, y llegaron al término de echar mano de las amarras y áncoras con intento de meterse dentro, a los cuales resistieron Céspedes, y Almaraz con otros soldados, que en los navíos estaban, matando a algunos indios, que con atrevimiento quisieron asaltar, y haciéndose algo afuera, dispararon algunas culebrinas y arcabuces, con que trastornando varias canoas, las echaron a fondo, y viéndose en tan gran conflicto ellos y los de tierra, tiraron a huir, y los españoles con imponderable valor los siguieron, matando al cacique principal, y ellos hirieron de un flechazo en la garganta a don Juan de Carvajal, de que murió dentro de tres días: llegaron tras ellos hasta donde tenían sus canoas, en las que luego se embarcaron y pasaron a la otra parte, donde había gran multitud de gente, mirando el paradero y fin de aquel negocio; y visto esto por los nuestros se recogieron a su cuartel, donde hallaron dos soldados muertos y 40 heridos, y entre ellos el capitán con tres heridas peligrosas, y todos juntos dieron muchas gracias a Dios Nuestro Señor por haberlos librado de tan gran peligro y traición. Esto sucedió el año de 1538. Algunos indios que en la refriega fueron tomados, dieron noticia que el Padre Aguilar y sus compañeros habían acabado a manos de estos traidores. El día siguiente partió Domingo Martínez de Irala para otro puerto que estaba más arriba, y saltando en tierra, reconoció por todas partes si había alguna señal de haber llegado gente española, y visto que no, volvió a embarcarse, fondeando distante de tierra, donde estuvo aquella noche con bastante vigilancia. Cerca de la aurora oyeron unas voces hacia el poniente, como que llamaban, y para ver lo que era, mandó el capitán un batel con cuatro soldados y llegando con el recato posible cerca de tierra, donde sentían las voces, reconocieron un indio, que en lengua española pedía le embarcasen; y mandándole subir más de un tiro de ballesta arriba (por que no hubiese allí alguna celada) le metieron en el batel, y condujeron ante Domingo Martínez de Irala. Así que llegó, comenzó a derramar muchas lágrimas, diciendo: "Yo, señor, soy un indio natural de los llanos, de una nación que llaman Chanés, trájome de mi pueblo por su criado el desventurado Juan de Ayolas, cuando por allí pasó: púsome por nombre Gonzalo, y siguiendo su jornada en busca de sus navíos, vino a parar en este río, donde a traición y con engaño le mataron estos indios Payaguaes con todos los españoles que traía en su compañía." Dicho esto, no pudo más pasar adelante ahogado de sentimiento. Luego que el capitán vio algo sosegado, le dijo que le contase bien por extenso aquel suceso y continuó el indio diciendo: "que habiendo llegado Juan de Ayolas a los últimos pueblos de los Samócocis y Sibócocís, que son de una nación muy política, y muy abundante de alimentos que esta poblada a la falda de la cordillera del Perú, dio vuelta cargado de muchos metales que habían habido de los

indios de toda aquella comarca, de los cuales había sido muy bien recibido, pasando con mucha paz y amistad con los de otras naciones, que admirados de ver tan buena gente, les daban sus hijos e hijas, para que los sirvieran, entre los cuales yo fui uno, y con esta buena suerte caminando por sus jornadas, llegó a este puerto, donde no halló los navíos que había dejado, tiempo en que vosotros habías bajado abajo, y según entendí, el general quedó muy triste y pesaroso de no hallaros aquí donde los Payaguaes y otros indios de este río vinieron a visitarle, y le proveyeron de víveres. Estando en esta espera, le dijeron que se fuese a descansar con toda su gente a sus pueblos, ínterin que venían los navíos, de que luego sería avisado por ellos, y allí también le proveerían de todo lo necesario. Persuadido Ayolas de estas razones, mandó luego levantar su campo, y se fue al pueblo de los indios, que de aquí está distante dos leguas, donde alojando su real, estuvo allí algunos días con más confianza y menos recato de lo que debía, en cuyo tiempo los indios disimulando su maldad, los agasajaban y servían con gran puntualidad, hasta que les pareció ser ocasión oportuna para ejecutar su traición. Una noche cerrada el real con mucha gente de guerra a tiempo que dormían los españoles, sobre quienes dieron de sobresalto, de tal manera que los mataron a todos. Se repartieron pael lance con tan buen orden, que se emplearon muchos indios para cada español, cuando bastaban pocos en el estado en que se hallaban. De este trance se escapó el general Juan de Ayolas, pero al otro día le hallaron metido en unos matorrales de donde le sacaron, le llevaron a la mitad del pueblo, le mataron e hicieron pedazos. Con este hecho quedaron los indios victoriosos de los españoles, y ricos con sus despojos. " Y nombrando a algunos de aquellos infelices caballeros, dio fin a su lamentable historia. De todo lo que dijo el Chanés, se hizo una información, que fue comprobada con las testificaciones de otros indios Payaguaes, que fueron presos en la refriega pasada, como consta por testimonio de Juan de Valenzuela, ante quien pasó.

CAPÍTULO XVI

De lo que sucedió después de la muerte de Juan de Ayolas, acerca del Gobierno de esta Provincia

En tanto que las cosas sobredichas pasaban en el río arriba, no cesaba la cruel hambre que padecían en el puerto de Buenos Aires, pues de los que allí estaban, murieron muchos, y otros se huyeron al Brasil en unos bateles, en que atravesaron aquel golfo, y tomaron la tierra que vi hacia el norte, en cuyo viaje murieron algunos a manos de indios, otros de hambre y cansancio, y tal vez hubo hombre, que mató a su compañero para sustentarse de él, a quien yo conocí que se llamaba Baito, y viendo los capitanes, que quedaron en el puerto, la gran ruina, tomaron acuerdo de sacar parte de aquella gente, y de llevarla río arriba, donde estaba Gonzalo Mendoza, y así mismo para saber nuevas del teniente general y su compañía, para lo cual salió luego Francisco Ruiz con el Veedor Alonso Cabrera, Juan de Salazar y Espinosa, el tesorero García Venegas, y otros caballeros, dejando en Buenos Aires por cabo de la gente que allí quedaba, al capitán Juan de Ortega, y así con los navíos necesarios se fueron el río arriba con diversos sucesos, y llegados a la Fortaleza de Nuestra Sra. de la Asunción, hallaron allí a Domingo Martínez de Irala, que había ya bajado con sus navíos, como queda referido, el cual informó de la muerte de

Juan de Ayolas con suficiente justificación. Ninguno de los capitanes quiso reconocer a otro por superior, hasta que el Veedor Alonso Cabrera, vista la confusión y competencia que había entre ellos acerca del Gobierno, sacó una cédula de S.M., que para este efecto traía, que por parecerme conveniente para la inteligencia de esta historia, la pondré aquí a la letra "--Don Carlos por la Divina Clemencia, Emperador siempre Augusto, Rey de Alemania, y doña Juana su madre, y el mismo don Carlos por la misma gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, etc., etc.

"Por cuanto, vos Alonso Cabrera, nuestro Veedor de fundaciones de la Provincia del Río de la Plata, vais por nuestro capitán en cierta armada a la dicha provincia al socorro de la gente que allá quedó, que proveí en Martín de Orduña e Dominga de Sornosa, que podría ser que al tiempo que allá llegádes, fuese muerta la persona, que dejó por su Teniente general don Pedro de Mendoza, nuestro gobernador de la dicha provincia, ya difunto, y éste al tiempo de su fallecimiento, o antes no hubiese nombrado gobernador, y los conquistadores y pobladores no lo hubiesen elegido: Vos mandamos que en tal caso, y no en otro alguno, hagáis juntar los dichos pobladores, y los que de nuevo fueren con vos, para que habiendo primeramente jurado de elegir persona que convenga a nuestro servicio y bien de la dicha tierra elijan en nuestro nombre por Gobernador y Capitán General de aquella provincia, la persona que según Dios y sus conciencias pareciere más suficiente para el dicho cargo, al cual por la presente damos poder cumplido, para que lo ejecute en cuanto nuestra merced y voluntad fuere; y si aquel falleciere, se torne a proveer en otro por la orden susodicha, lo cual vos mandamos que así se haga con toda paz, y sin bullicio, ni escándalo alguno, apercibiéndose que de lo contrario nos tendremos por deservidos, y lo haremos castigar con todo rigor; y mandamos que en cualquiera de los dichos casos, que halláredes en la dicha tierra persona nombrada por Gobernador de ella, le obedezcáis sus mandamientos, y le deis todo favor y ayuda. Y mandamos a los nuestros oficiales de la ciudad de Sevilla que asienten esta nuestra carta en nuestros libros, que ellos tienen y que den orden, como se publique a las personas, que lleváredes con vos a la dicha armada. Dada en la villa de Valladolid a doce días del mes de Setiembre de mil quinientos treinta y siete años. Por la Reina el doctor Sebastián Beltrán: licenciado Joanes de Carvajal, el doctor Bernal, el licenciado Gutiérrez Velázquez: yo Juan Vázquez de Molina, secretario de su Cesárea y Católica Magestad la fice escribir por su mandato con acuerdo de los de su Consejo.

Vista y leída la provisión, convocados todos los capitanes y oficiales reales de S.M. la examinaron juntamente, confiriendo los títulos, conductas y comisiones que tenían de sus oficios, y en cuya virtud los usaban y administraban, de manera que considerando el que tenía Domingo Martínez de Irala, ser el más bastante, y el que S.M. en su real Provisión corroboraba, por razón de ser el que Juan de Ayolas en su vida y muerte dejó para el gobierno de los conquistadores de la provincia, atento a lo cual todos unánimes y conformes le reconocieron por su Capitán General, dándole la superioridad de ella en el real nombre, hasta tanto que S.M. otra cosa proveyese y mandase. Lo cual pasó el año de 1538.

CAPÍTULO XVII

Cómo se despobló el puerto de Buenos Aires, juntándose los Conquistadores en el de la Asunción

Recibido por los capitanes en el Superior Gobierno de esta Provincia a Domingo Martínez de Irala, luego consultó con ellos lo que se debía hacer para la conservación de los españoles que habían quedado en el puerto de Buenos Aires, y en acuerdo fue decretado deliberadamente que atento a la imposibilidad de poderse sustentar aquel puerto entonces, se desamparase, y se recogiese la gente en un cuerpo, donde juntos pudiesen hacer efectos convenientes al bien común de la Provincia y Real servicio. Y pues que el puerto en que al presente se hallaban, era acomodado, viniesen todos a él lo más breve que fuese posible. Lo cual siendo de común acuerdo, se ejecutó, despachando para su cumplimiento al capitán Diego de Abreu, y al sargento mayor con tres bergantines y algunos bateles para el transporte de la jente que en Buenos Aires había, donde al tiempo que llegaron, la hallaron tan sumamente enflaquecida que se temió perderla toda, porque había más gente en aquella ocasión que sustentarse, con el motivo de los que habían venido de Italia del puerto de Barase, lugar entre Génova y Saona, con empleo de más de 50 mil ducados, con intento de entrar en el Estrecho de Magallanes al Callao, y emplear en los Reyes sus mercaderías; y habiendo embocado por el Estrecho, navegaron hasta avistar el mar del sur, en tiempo que las aguas corrían al del norte, con tanta furia que no pudieron romper, y fueron forzados a retroceder y tomar tierra en aquella costa a hacer aguada, y hallaron ser poblada de gente muy corpulenta y dispuesta; y costeano la tierra hacia el Río de la Plata, determinaron entrar por él, porque sabían que estaban a su costa pobladas los españoles. Venía por capitán de la nao un fulano Panchaldo, que dio nombre a la nao Panchalda. Así mismo otros nobles italianos, como eran Perantonio de Aquino, Tomás Rizo, Bautista Troche, y otros extranjeros, que todos llegaron a este puerto con no pequeño peligro, porque al entrar en el Riachuelo, tocó el navío con un banco que estaba a la entrada, y se abrió con pérdida de gran parte de lo que traían, salvándose toda la gente, la cual con la que existía en el Fuerte, padecieron igual necesidad y penuria; y aunque el socorro de víveres que daban los bergantines, era grande, con la agregación de tanta gente, hicieron el viaje de río arriba con bastante trabajo por la larga navegación, en cuyo medio tuvieron otro socorro enviado por el general, con que pudieron cómodamente llegar al puerto de la Asunción. Así que llegaron se hizo la agregación de unos y otros en forma de República. Situáronse cerca de la casa fuerte, donde se cercaron, y cada uno procuró hacer donde recogerse, cuyo cerco, el general mandó formar de muy buenas maderas con mucho cuidado para defenderse en cualquier acometimiento que los indios hiciesen, proveyéndose de todo lo que convenía al bien común de dicha República, a todo lo cual acudía con su gran prudencia y solicitud en el Gobierno, procurando la paz y buena correspondencia con los naturales de todas aquellas comarcas. Y así vino a poner las cosas en el mejor estado que le fue posible, manteniendo la amistad de los caciques e indios principales del país.

CAPÍTULO XVIII

De la traición que intentaron los indios contra los Conquistadores juntos en la Asunción

Habiendo el General Domingo Martínez de Irala, asentado la República de los españoles con la orden y comodidad posible, y más convenientemente a su conservación, hizo revista de la gente, y halló que tenía 600 hombres, residuo de 2.400 que habían entrado en la conquista, incluso las reliquias de los de Sebastián Gaboto; y aunque estaban muy faltos de vestidos y municiones, y otros pertrechos necesarios, al fin gozaban de mejor pasadía que nunca con el buen orden que había, supliendo el general con su propia hacienda a los necesitados, y ayudándose en lo que podía de los indios comarcanos, a los cuales hizo llamamiento, y juntos les procuró dar a entender las cosas de nuestra Santa Fe y buena policía, como la subordinación al Rey nuestro señor, a quien debían toda lealtad, reconociéndole por su Soberano Señor. Lo cual recibieron los indios con buena voluntad, sometiéndose al señorío real; y como tales vasallos se ofrecieron acudir a todo lo que se les mandase en su real nombre, como lo mostraron en las ocasiones, que ocurrieron en adelante, especialmente en la guerra que el general hizo a unos indios llamados Yaporúes, antiguos enemigos de los guaraníes y españoles, en la jornada que hizo en la reducción y visita de los Pueblos de Ibitirusú, Tebicuarí, y Mondai, con los del río arriba, dejando a todos en asentada amistad hasta el año de 1539, en que se conjuraron contra los españoles, tomando por ocasión el haberseles hecho ciertos agravios y demasías por algunos españoles lenguas, todo procedido de su natural inconstancia y poca lealtad, con la que se dispusieron a quebrantar la fe; y así para la noche del jueves Santo de aquel año, cuando los españoles estuviesen en la Iglesia ya para salir a la procesión de sangre, determinaron acometerlos repentinamente, creyendo que en esta ocasión serían fácilmente vencidos. Con este acuerdo anticipada y disimuladamente fueron entrando cada día varias partidas al pueblo, so color de venir a tener la Semana Santa con los españoles, de modo que insensiblemente se juntaron en la ciudad más de 8.000 indios. Estando en este punto, fue Dios Nuestro Señor servido de que se descubriese la tramoya por medio de una india que tenía en su servicio el capitán Salazar, hija de un cacique principal, la que habiendo entendido lo que los indios determinaban, dio de ello aviso a Salazar sucintamente, quien al punto lo participó al general, el cual viendo el gran peligro en que se hallarían, si se diese lugar a esperar el suceso, determinó atajarlo luego, dando una alarma falsa, fingiendo que venían sobre el pueblo los indios Yaporúes o Yaporúes, y que ya estaban como dos leguas de allí, y habían asaltado un pueblo de los indios, y que así convenía hacerles rostro, y acometerlos, para lo cual llamó a los caciques principales, y demás indios que habían concurrido a la conspiración, y conforme fueron llegando, los fue prendiendo, sin que los unos supiesen de los otros, hasta que la mayor parte de los caciques fueron puestos en prisión, contra los cuales se fulminó causa, y hecha averiguación del delito, fueron ahorcados y descuartizados los principales cabezas de esta conjuración, siendo perdonados los demás.

Con este hecho quedaron los unos castigados, y los otros escarmentados y gratos con el indulto, y los españoles temidos y respetados para lo sucesivo, llevando el general el merecido lauro de gran valor y rectitud en no dejar sin castigo a los malos, y sin el merecido galardón a los buenos, por lo que fue igualmente temido y amado; y así

voluntariamente los caciques le ofrecieron a él, y a los demás capitanes sus hijas y hermanas, para que les sirviesen, estimando por este medio tener con ellos dependencia y afinidad, llamándolos a todos cuñados, de donde ha quedado hasta ahora el estilo de llamar a los indios de su encomienda con el nombre de Tobayá, que quiere decir cuñado; y en efecto sucedió que los españoles tuvieron en las indias que les dieron, muchos hijos e hijas, que criaron en buena doctrina y educación, tanto que S.M. ha sido servido honrarlos con oficios y cargos, y aun con encomiendas de aquella provincia, y ellos han servido a S.M. con mucha fidelidad en sus personas y haciendas, de que ha resultado gran aumento a la real Corona, porque el día de hoy ha llegado a tanto el multiplico, que han salido de esta ciudad para las demás que se han fundado en aquella gobernación, ocho colonias de pobladores, correspondiendo a la antigua nobleza de que descenden. Son comúnmente buenos soldados, y de gran valor y ánimo inclinados a la guerra, diestros en el manejo de toda especie de armas, y con especialidad de la escopeta, tanto que cuando salen a sus jornadas se mantienen con la caza que hacen con ella, y es común en aquella gente matar al vuelo a bala rasa las aves que van por el aire, y no tenerse por buen soldado el que con una bala no se lleva una paloma, o un gorrión: son comúnmente buenos jinetes de a caballo de ambas sillas, de modo que no hay quien no sepa domar un potro, adiestrarle con curiosidad en lo necesario para la jineta y la brida; y sobre todo son muy obedientes y leales servidores de S.M. Las mujeres de aquel país son por lo común de nobles y honrados pensamientos, virtuosas, hermosas, y bien dispuestas: dotadas de discreción, laboriosidad y expeditas en todo labrado de aguja, en que comúnmente se ejercitan; por todo lo referido ha venido aquella provincia a tanto aumento y política como se dirá adelante.

LIBRO II

De lo que acaeció en esta provincia desde que vino a ella por Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca el año 1540, hasta la venida del primer obispo D. Frai Pedro de la Torre.

CAPÍTULO I

Cómo salió de Castilla el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y discurso de su viaje

Suele a veces ser a los hombres tan adversos los sucesos en lo que emprenden, que entendiendo salir de ellos con honra, y acrecentamiento, vienen a dar en lo ínfimo de las miserias e infortunios. De esta manera sucedió a nuestros españoles en la conquista del Río de la Plata, de donde pensaron salir muchos ricos y aprovechados, y fue tan al contrario, que no ha habido alguno que hubiese vuelto remediado a su patria, antes acabaron los más de ellos sus vidas miserablemente, como se ha visto en lo que está referido en el antecedente libro, en el cual hice mención de haberse despachado de Buenos Aires a España la nao Marañona, en que vino Alonso Cabrera, al socorro de los

conquistadores de esta provincia, la que llegó a Castilla en tiempo que acababa de venir de la Florida Alvar Núñez; y porque en este libro trataremos de lo que le sucedió, diré brevemente cuanto pueda necesitarse para su perfecta inteligencia.

Era este caballero natural de Jerez de la Frontera, y vecino de Sevilla, nieto del Adelantado Pedro de Vera, el que conquistó las Islas de la gran Canaria, y habiendo gastado en esto su patrimonio, por no faltar al servicio de su Monarca, empeñó dos hijos suyos a un Moro por cierta cantidad de dinero, hasta que los Reyes Católicos los desempeñaron. Estos fueron padre, y tío de este caballero, como lo hizo patente en el Real Consejo. Pasó Alvar Núñez a la Florida por Tesorero de S.M. con el Gobernador Pánfilo de Narváez que fue a aquella conquista con cantidad de españoles, y habiendo perecido con la mayor parte de su gente, la restante quedó en poder de los indios de aquella tierra, gente caribe y cruel, y fueron todos comidos por ellos, excepto Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y un esclavo suyo de nación moreno; y estando los dos en este cautiverio entre tan mala gente, fue el Señor servido darle donde hacer cosas de milagros, como sanar enfermos, dar vista a los ciegos, y lo que es más, llegar a resucitar a un muerto que sólo la acción de tocarlo al tiempo que dijo: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: ¡tan grande era su fe! Con lo que vino a ser tan estimado de los indios, que fue tenido por Santo, y le eligieron por su capitán, trocándole de esclavo en libre y Señor, y viéndose con tal aceptación, determinó atravesar aquella tierra por muchas leguas hasta la Nueva España, donde había ya españoles, y después se fue hasta la ciudad de Méjico al cabo de diez años de peregrinación y cautiverio, sin que en todo este tiempo hubiese perdido la letra dominical, ni la cuenta de los días del calendario, prueba de su gran memoria y cristiandad. Luego se embarcó para Castilla donde llegó este año, y pretendió que S.M. le hiciese merced de la Gobernación del Paraguay con título de Adelantado, lo cual le fue concedido con condición de haberse de obligar a continuar el descubrimiento, población y conquista de esta tierra para lo que se hizo de gente y nombró capitanes, y embarcándose en cinco navíos, se hizo a la vela en el puerto de San Lúcar de Barrameda el año 1540; y navegando por ancho mar, tocó en la gran Canaria y después en Cabo Verde, y prosiguiendo su derrota, llegó a la línea equinoccial, donde tuvo grandes calmas, y refrescando el tiempo, siguió su derrota al austro, hasta montar el Cabo de San Agustín, y llegar a los 28 grados, desde donde prosiguió al leste hasta tomar puerto en la Isla de Santa Catalina donde habiéndose desembarcado pasó revista, y halló que traía setecientos hombres con la gente de mar, entre los que venían varios caballeros hijosdalgo, y personas de calidad, y porque me ha de ser preciso tratar de algunos de ellos en este libro, los nombraré eran: un primo del Adelantado, llamado Pedro de Estopiñan, que comúnmente llamaban Pedro Vacas, Alonso Riquelme de Guzmán, su sobrino; Alonso Fuertes hijo de un veinticuatro de Jerez, Antonio Navarrete, don Martín de Villavicencio, y Francisco Peralta Jerezanos; de la Ciudad de Sevilla, Ruiz Díaz Melgarejo y Francisco de Vergara su hermano; de Toledo, Martín Suárez hermano de Saavedra, hijo del Correo mayor de dicha ciudad, Pedro de Esquivel, y Luis de Cabrera; de Córdoba, Alonso de Valenzuela, Lope de los Ríos, Pedro de Peralta, Alonso de Angulo, D. Luis de Rivera; de Castilla la Vieja, el capitán García Rodríguez de Vergara hermano de Fray Domingo de Soto Mayor, confesor de la Serenísima Emperatriz, y el Factor Pedro de Orantes; venía por contador Felipe de Cáceres, madrileño: el capitán Camargo, y Juan Delgado, y el capitán Agustín de Ocampo, de

Almodóvar; de Valencia, Jaime Resquín; de Trujillo, Nuño de Chaves, Luis Pérez de Vargas y Herrera, Francisco de Espinola, hijo del alcalde del Castillo de San Lúcar de Barrameda; y de Vizcaya, y Provincia de Guipúzcoa, Martín de Orué de Ochoa y Aguirre, Miguel de Urrutia y Estigarribia. Venía por alcalde mayor Juan Pavón, natural de Badajoz, y por teniente Francisco López el Indiano, natural de Cádiz, sin otros muchos caballeros hijosdalgo y demás gente ordinaria. Halló el Adelantado en esta costa dos españoles de los de la armada de don Pedro, que con la hambre y malos tratamientos de los capitanes de Buenos Aires habían desertado. El uno era de quien se decía, que había comido a su compañero. De esto se informó el Adelantado del estado de la provincia, con lo cual, y con acuerdo de sus capitanes se determinó el ir por tierra desde aquel paraje hasta la Asunción, donde estaban juntos todos los conquistadores; y que los navíos con la gente de mar, y alguna otra impedida con las mujeres prosiguiesen hasta tomar el Río de la Plata, dejando las dos naos más gruesas en San Gabriel; y con este acuerdo envió el Adelantado al Factor Pedro de Orantes a que le descubriese el camino, el cual habiendo salido a los rasos y pinales, halló mucha gente natural con quien trabó amistad. Y reconocida la tierra, dio vuelta a dar cuenta al Adelantado de lo que había visto, y con su relación se puso en práctica la entrada por esta vía, tomando por un río llamado Irabuco, y llevando por él algunas canoas hasta un puerto, donde desembarcó, y juntos con los que iban por tierra, prosiguió su viaje por unos bosques asperísimos de grandes arboledas, que fue rompiendo con mucho trabajo, y al cabo de 50 días salió a lo alto de la tierra en unos espaciosos campos, que llaman de Tatúa, donde les salieron los indios a recibir, y confirmaron la amistad hecha con orante, sirviendo a los españoles muy gustosos, y proveyéndoles de los víveres necesarios a 500 hombres, los cuales llevaban 20 caballos; y habiendo caminado quince jornadas adelante, llegaron a un río grande, que llaman Iguazú, el cual atravesaron tres veces con mucho trabajo por tener grande corriente. Después de otras seis jornadas llegaron a otro río, que los naturales llaman Latibajiba, donde está un gran pueblo de Guarantes con su cacique principal llamado Abapajé, con cuyo motivo determinó el Adelantado armar allí una fragua que llevaba, para labrar algún rescate, como hachuelas, cuñas, escoplos, cuchillos, anzuelos y agujas, cosas muy apreciables de los indios, para lo cual mandó llevar hasta 16 quintales de fierro repartidos entre los soldados a 4 libras cada uno, de lo que quedaron los indios muy gustosos: y proveída la armada de todo lo necesario, prosiguió su viaje de leste a oeste en demanda del río Ubay, donde fueron bien recibidos por los indios, que estaban poblados a sus riberas. Y pasando adelante muchas jornadas por tierra áspera y montuosa, llegaron al río Pequirí, donde hicieron mansión algunos días, y tornaron a armar la fragua para proveerse de rescates, y atraer a los naturales a que hiciesen como los que traía el adelantado consigo, que le acompañaron y ayudaron en aquel viaje, a quien despidió con agrado, y ellos se volvieron contentos a su tierra. De ahí a poco salió de este asiento, y caminando otras veinte jornadas, bajó al Río del Paraná, treinta leguas más abajo de aquel gran salto de que hablamos en el primer libro: luego se informó altamente de los naturales del sitio donde tenían su asiento los españoles, con cuya relación determinó despachar algunos enfermos e impedidos por el río con el capitán Nuño de Chaves en unas canoas y balsas, con orden que entrasen por el del Paraguay, y caminasen aguas arriba, hasta que se juntasen con él en la Asunción. Y habiendo regalado a los indios con los efectos de la fragua, que hemos dicho, tomó su camino rumbo al oeste hasta el río Mondai, y cortando por aquella tierra, llegó a la comarca de la sierra de Ibitiruzú, cuyos

naturales le salieron a recibir muy obsequiosos, y llegado a los pueblos de Acay, envió sus cartas a Domingo Irala, dándole aviso de su llegada, y de los despachos que traía de S.M. para el gobierno de la provincia, los cuales recibidos y vistos por los capitanes que estaban en la Asunción, determinó luego el general que saliesen al camino a cumplimentarle los capitanes Juan de Ortega, Alonso Cabrera, y Juan de Salazar de Espinosa, cuya diligencia fue puesta en ejecución con general aplauso; y habiéndose encontrado con la solemnidad competente, y conferido con el Adelantado algunas cosas del real servicio, volvieron a dar cuenta al general Domingo de Irala del efecto de su comisión. Luego el Capitán General mandó disponer las cosas para el recibimiento, del cual y de algunas circunstancias que pasaron, se hará mención adelante. Entró el Adelantado en la ciudad el año 1541, con gusto universal de la gente, porque su afabilidad, buena condición y prendas le granjearon el común aprecio, teniéndole todos por hombre de excelente gobierno y prudencia, como se había experimentado en tan larga y trabajosa jornada, en que anduvo más de 400 leguas sin haber perdido un hombre de su armada, en que fue tan feliz, como desgraciado en las cosas que después acaecieron.

CAPÍTULO II

De lo que hizo el Adelantado, después que llegó a la Asunción y de lo que sucedió en la tierra

Luego que fue recibido el Adelantado y su gente con el amor y aplauso que hemos dicho, y examinados, obedecidas y cumplidas las provisiones y cédulas reales por los capitulares y demás personas, y dada la orden para el hospedaje de la gente, se determinó despachar socorro a los que venían por el río con el capitán contador Felipe de Cáceres, para lo cual fue enviado el capitán Domingo de Abreu, que encontró los navíos más abajo de las Siete Corrientes, tan a buen tiempo que venían ya muy necesitados, manteniéndose con yerbas, raíces y algunos mariscos que hallaban en la costa, trabajando día y noche a remos y sirga, de manera que fue Dios servido llegasen todos con bien al puerto de la Asunción, donde se juntaron más de 1.300 hombres, de quienes nombró Adelantado por Maestro de Campo, al capitán Domingo de Irala, cuyo nombramiento fue aceptado de todos. Luego fue despachado con 300 soldados río arriba, con orden de pasar adelante del puerto de Juan Ayolas, y descubrir otro más comodo, del cual pudiese haber entrada al reino del Perú, como lo habían tratado en España con Vaca de Castro; y habiendo salido Irala a esta espedición en sus navíos, subió por el río Paraguay más de 250 leguas, dejando más de ciento atrás la laguna de Juan de Ayolas, y llegando a los pueblos de indios llamados Orejones, a cuyo puerto llamaron de los Reyes: y procurando por todos los medios posibles de atraer aquella gente a buena amistad, tomó de ellos relación de la multitud de naturales que había tierra adentro, con lo que dio la vuelta a dar cuenta al adelantado de lo descubierto con la esperanza de buen suceso en lo que se pretendía. En este mismo tiempo se ofreció en la Asunción hacer otra salida al castigo de unos indios rebelados de la provincia de Ipané, que tomaron las armas contra los españoles, con motivo de haber enviado el Adelantado unos mensajeros al pueblo de Tabaré, donde estaba aquel hijo de Alejo García, portugués, de que en el primer libro hice mención, diciendo a los caciques de aquel pueblo le hiciesen el placer de despachar prontamente, quedando a su cuidado el

cargo de satisfacerles; lo cual no sólo no quisieron hacer los indios, sino que luego con gran osadía y poco respeto prendieron a los mensajeros, y al día siguiente los mataron públicamente, diciendo: así cumplimos lo que ese capitán nos manda; y si los españoles se conocen agraviados, que vengan a satisfacerse que aquí los esperamos en este pueblo. Esta respuesta enviaron a decir por uno de los mensajeros, que para este efecto dejaron vivo; y visto por el Adelantado este atrevimiento de los indios, despachó a su castigo al capitán Alonso Riquelme su sobrino, con 300 soldados, y más de 1.000 amigos: y llegando al pueblo, halló juntos en un gran Fuerte de maderas más de 8.000 indios; y habiéndole ofrecido la paz, y que se redujesen al real servicio, como lo habían ofrecido, no sólo no lo quisieron hacer, antes dieron en los españoles una alborada repentina, con tal determinación que fue sangrienta la pelea con muerte de muchos indios, hasta que al cabo se pusieron en huida, mostrando los españoles el valor que debían. Luego salió el capitán Camargo con su compañía y 400 amigos a las chacras vecinas a proveerse de víveres, y los indios que habían tomado un paso estrecho, por donde volvían los nuestros, los acometieron nuevamente: aquí pelearon unos con otros con gran porfía, hasta que un soldado llamado Martín Bonzón mató de un arcabuzazo a un indio principal y muy valiente, que mandaba los escuadrones: con esta muerte desampararon el puesto, y se pusieron en huida con pérdida de mucha gente de ambas partes. Con esto se determinó poner cerco al Fuerte, y valerse de la fuerza de las armas; y previendo lo necesario hicieron algunas pavesadas, a cuya sombra pudiesen llegar a las trincheras y torreones que los indios tenían hechos. Hicieron rodelas de higuerones, para que con ellas y las adargas se esforzasen los soldados a romper la palizada; y estando haciendo estas prevenciones, salieron de improviso los indios por dos puertas a derecha de nuestro real, con tan gran denuedo que entraron hasta la plaza de armas, donde los españoles resistieron con tanto vigor que los echaron fuera. Este día el comandante mostró su valor y pericia: ordenó que saliesen dos mangas de españoles y amigos a pelear con ellos, y tomándoles el paso, se trabó una sangrienta escaramuza, en que murieron más de 600 indios, hasta que con la fuerza del sol se retiraron los nuestros a su real, y los indios con su palizada. El día siguiente enviaron los sitiados a decir al comandante que les diese tres días de término para consultar entre sí acerca de la paz que se pretendía. Concedióseles lo pedido para justificar más la causa de la guerra, ofreciéndoles perdón, si voluntariamente viniesen a la real obediencia. Mientras tanto entraban en el pueblo muchos socorros de gente y víveres; y cumplido el plazo, viendo que nada resolvían, fue de cumplido el plazo, viendo que nada resolvían, fue de común acuerdo determinado no darles más tiempo para reforzarse, y asaltarlos reciamente, para lo cual hicieron dos castilletes sobre ruedas, de modo que ascendieron en alto a la palizada: estaban tejidos de varas y cañas con sus troneras, por donde pudiesen disparar los arcabuces. Con estas prevenciones antes de aclarar el día se empezó el asalto por tres partes, dejando libre la del río por la incomodidad de la altura de la barranca. En la una parte mandaba Ruy Díaz Melgarejo, y en la parte del campo, Alonso Riquelme.

Con este orden cerraron todos a un tiempo, llegando a la palizada, donde fueron recibidos de los enemigos que se defendían desde sus cubos y trincheras con grave daño de los nuestros, que arrimaron sus torreones a las trincheras, desde donde arcabuceaban a los indios, que peleaban de dentro, y los de las pavesadas y adargas empezaron entre tanto con hachas y machetes a romper la palizada, por cuyas brechas entraron los soldados con

gran determinación; aunque por la parte de Camargo andaban los enemigos insolentes y avanzados, porque le habían muerto dos soldados, y a él herido. A este tiempo llegó a socorrerle el alférez Juan Delgado, que rompiendo la palizada, se avanzó dentro con algunos soldados, y ganó un cubo en que tenían los indios la mayor fuerza. Por el lado opuesto estaba el capitán Melgarejo en bastante aprieto, riesgo y dificultad de poder entrar en el Fuerte por estar de por medio un foso muy ancho, para lo que le fue preciso echar dentro alguna madera para pasar a atacar la fortaleza. A este tiempo salieron por la parte del río dos mangas de indios, que cargaron a ambos lados del capitán Camargo y Melgarejo, y tomándolos por la retaguardia, les dieron una rociada de flechería, que dejó a los nuestros muy heridos; y volviendo cara al enemigo, tomando por espalda el Fuerte, de donde también los perseguían con las flechas, dieron una descarga en los indios con tal furia que los obligaron a retirarse, en circunstancia del aviso que tuvieron que por la parte del campo entraban ya la fuerza de los españoles, mandados por Alonso Riquelme, que cubierto de su cota y celada, con la espada y rodela, iba por delante de los suyos, haciendo gran carnicería en los indios. A este mismo tiempo Camargo con su gente pegaba fuego a las casas cercanas al Fuerte, de modo que el incendio ya iba a gran prisa alcanzando la plaza, donde estaba la mayor parte de los indios, defendiendo la casa del cacique principal, y las entradas de las calles, y rompiendo los nuestros por medio de ellos, llegaron y la ganaron con muerte de muchos indios, que allí estaban en un trozo de más de 4.000, haciendo tal resistencia, que no los pudieron romper, hasta que llegó Melgarejo con su compañía, y los empezó a desbaratar, y los indios acometieron con tal vigor, que mataron dos soldados e hirieron a otros muchos, y de allí retirándose a la playa, a guarecerse de las barrancas del río. Luego que se ganó la plaza, prosiguió Alonso Riquelme, siguiendo el alcance hasta acabar de echarlos, huyendo por todas partes. Unos se arrojaron al río, y otros tomaron algunas naos que allí estaban, y pasaron a la otra banda; y vuelto al pueblo halló que todavía se peleaba dentro de la casa del cacique, que era muy grande y fuerte, y tomando todas las puertas, entraron dentro y mataron a cuantos en ella había, con que vinieron a conseguir una victoria completa aunque muy sangrienta. Al mismo tiempo los indios amigos no dejaba cosa que saquear, ni mujer o niño con vida, que más parecía exceso de fieras que venganza de hombres de razón, sin moverlos a clemencia los grandes clamores de tantos como mataban, que era en tal grado, que no se oía otra cosa en todo el pueblo. Los españoles andaban con tanta saña y coraje, que no daban cuartel a nadie. Los capitanes recogieron su gente y mandaron poner en un montón en media plaza todo el despojo, y traídos allí los cautivos para hacer de todo igual repartición a los soldados amigos, hallaron más de 8.000 mujeres y niños, y más de 4.000 muertos. De los nuestros murieron cuatro de la compañía de Camargo, uno de la de Melgarejo y otro de la del comandante, y como ciento cincuenta indios amigos, aunque muchos heridos. Esta victoria dio Dios a los nuestros el año 1541 a 24 de julio, víspera del apóstol Santiago. Con esto los demás pueblos vinieron a dar la obediencia al Rey por medio de sus caciques comarcanos, pidiendo perdón de la pasada rebelión, lo cual se les concedió en el real nombre, y en el del Adelantado, y quedaron sujetos al real servicio, y escarmentados con este castigo.

CAPÍTULO III

De la entrada que hizo el Adelantado por el puerto de los Reyes, y de algunas discordias y sucesos que después se ofrecieron

Acabada la guerra de Tabaré con buen suceso, estaba el Adelantado muy obedecido y respetado de los indios de la tierra, aunque por otra parte se hallaba en grandes diferencias con los oficios reales, a causa de querer ellos tener tanta manó en el gobierno, que pretendían que el Adelantado no hiciese cosa alguna sin su parecer, dando por razón que así lo mandaba S.M. A lo cual el Adelantado respondía que en las cosas de gobierno de poco momento y ordinarias no tenía necesidad de consultarles nada, porque de otro modo sería extinguirle el oficio para que ellos fuesen los gobernadores y no él; y así andaban con exhortos, requerimientos y grandes protestas, de suerte que estaban muy encontrados con gran disgusto del Adelantado, que los toleraba con más paciencia de la que convenía a su estado y reputación, cediendo siempre de su parte cuanto era posible por llevar al cabo sus intentos. Estando en estas diferencias fue resuelto de común acuerdo hacer una entrada a descubrir por la tierra algunas riquezas de las que tenían noticia, para cuyo fin alistó 400 hombres con los capitanes Salazar, Francisco Ruiz y Juan de Ortega, y de los que recién vinieron de España, Nuño de Chaves, García Rodríguez Valenzuela, y otros caballeros. Púsose en marcha el Adelantado, dejando en la Asunción a su Maestre de Campo Domingo de Irala, el día 3 de septiembre del año 1541, en cuatro bergantines, seis barcas, veinte balsas, con más de doscientas canoas, en que llevaba algunos caballos, y muchos indios amigos, así Guaraníes como Agaces y Yapuríes. Iban en su compañía el contador Felipe de Cáceres y el Factor Pedro de Orantes, con los cuales navegó el río arriba, llegando a los pueblos de Yeruquizaba, y otros que están en aquella costa hasta el puerto de San Fernando, y después el de la Candelaria; y dejando atrás la laguna de Ayolas, fue recibido de los indios Paraguaes con muestras de amistad. Sucedió que un día quedaron atrás unas canoas por muy pesadas y cargadas, y las tomaron sin mucha contienda, y desde allí adelante siempre que se les ofrecía alguna ocasión, no la malograban, robando y matando siempre que podían; hasta que al cabo el Adelantado determinó hacerles una celada en esta forma: dispuso que después que caminase la armada, se quedara una partida de canoas con muy buena gente en su anegadizo inmediato donde estuviesen ocultos, y que al tiempo que pasasen las canoas de payaguaes, que siempre iban distantes, siguiendo las marchas de los españoles, les saliesen repentinamente por la retaguardia. Así se puso este plan en ejecución, y acometieron los nuestros a los indios tan repentinamente, que no les dieron lugar a dar vuelta sus canoas, ni tomar tierra, de modo que de toda aquella escuadra de canoas no escapó indio alguno, que no fuese muerto o preso, sin embargo de haber hecho bastante resistencia. Luego el Gobernador mandó ahorcar a todos los caciques cabezas de aquellos insultos; y prosiguiendo adelante, llegasen a los pueblos de los Guayarapos, que estaban a la mano izquierda, y a los de los Guatos que habitaban a la derecha del río Paraguay, con quienes tuvieron comunicación, y desde allí fueron a reconocer aquella tierra que llaman el Paraíso, que es una gran isla, que está en medio de los brazos en que se divide el río, tierra tan amena y fértil, como queda referido. Y habiendo reconocido los españoles la afabilidad de los naturales, desearon poblarse en aquel sitio, y lo hubieran puesto en práctica, si el Adelantado, cuyos pensamientos eran descubrir las tierras del occidente, les hubiera permitido. Y siendo de ellos instado, respondió, señores, corramos la tierra, y después haremos asiento, donde más nos convenga, después de haber visto y descubierta

lo que hay adelante, que no es razón que a la primera vista de este buen terreno nos quedemos en él, que podrá acaso poco más adelante haber mejores. De aquí nació el quedar en desgracia de muchos, y en particular de los antiguos, que tenían ya algunas raíces en la tierra. Prosiguió su viaje por aquel río, hasta que llegó al puerto de los Reyes, en el cual se desembarcó, y proveyéndose de lo necesario, determinó su viaje por tierra, dejando en las embarcaciones la gente competente y por cabo de ella a Pedro de Estopiñán, su primo. Y tomando su derrota rumbo al norte, fue pasando por varios pueblos indios, gente labradora, que los más de ellos los recibían de paz; y si algunos tomaban las armas para impedirles el pasaje, eran castigados por los nuestros con toda moderación; y después de muchas jornadas llegaron a un pueblo grande de más de 8.000 casas, de donde salieron como 5.000 indios a distancia de dos leguas a atajarles el paso; aunque por lo que después se supo, no era sino por entretenerlos, hasta poner sus familias en salvo, y retirados con mucha pérdida de gente, llegó la nuestra al pueblo, el cual hallaron ya desamparado de indios. Todas las casas estaban proveídas de bastimentos y alhajas, muchas mantas de algodón, listadas y labradas, otras de pieles de tigres, cibelines, cangiles y nutrias, muchas gallinas, patos, y cierto género de conejillos domésticos, que fue grande refrigerio y abasto para toda la tropa. Y habiendo corrido todo el pueblo, hallaron en la plaza principal una casa muy formidable en el círculo de un fuerte de muy buena madera en figura piramidal, cubierta por lo alto de ciertas empleitas de hojas de palmas, dentro de la cual estaba encerrada un monstruosa culebra, o género de serpiente, de tan horrible figura, que a todos causó espanto; era muy gruesa y llena de escamas de diversos colores, con unos como ojos rubicundos, que la añadían más fealdad; cada escama era del tamaño de un plato: la cabeza muy grande y chata con unos colmillos tan diformes, que sobrepujaban y salían fuera de la boca; los ojos pequeños, aunque tan encendidos, que parecían centellas de fuego; tenía de larga más de 25 pies, y de grueso en medio del cuerpo como un novillo: la cola era en forma de tabla, de un hueso duro y negro; al fin era tan horrible y monstruosa, que a todos llenó de horror. Los españoles con arcabuces, y los amigos con saetas, comenzaron a herir a este feroz dragón, que echaba gran copia de sangre: y revolcándose dentro del palenque, hacía estremecer todo el suelo, dando al mismo tiempo tan espantosos silbos, que a todos tenían aterrados: en fin quedó muerto, y averiguando lo que era, dijeron los naturales que todos los de aquella comarca tenían a este monstruo en grande veneración y culto, porque el demonio hablaba dentro de él, y les respondía a todo lo que le preguntaban: sustentábase de carne humana, para cuyo efecto movían guerra entre sí los indios comarcanos por coger cautivos para su diario pasto. Este día fue Dios Nuestro Señor servido de que cesase el motivo de esta horrible carnicería, en que el infernal dragón ocupaba aquella engañada gente.

Recogido por los soldados y amigos el despojo, los oficiales reales pidieron de todo ello el quinto, que pertenecía a S.M. como cosa de estima y valor, haciendo para el efecto varios requerimientos al Adelantado, según lo habían hecho en otras ocasiones. Sin más declaración ni acuerdo comenzaron sobre el caso a molestar algunos soldados con tanta instancia, y tan importunadamente que llegaron a pedir y quitar el real derecho de sacarle el quinto de lo más mínimo, y tanto que hasta de cinco peces que cogían, decían que se debía dar el uno, y lo propio querían de los venados y otras cosas que cazaban, y tenían de algún valor, con lo cual quedó toda la gente muy disgustada: y dijeron al Adelantado

claramente que no querían pasar adelante por no experimentar más agravios de los oficiales reales, pues se metían en cosas tan menudas, pidiéndoles quinto, y que temían que en cosas mayores serían más. El Adelantado por aplacar a la gente mandó a los oficiales reales no tratasen más de aquella materia, que S.M. no era servido de cosas de tan poca sustancia, y que cuando esto quisiera, en recompensa de aquel corto interés por escuchar molestias a los soldados, darle S.M. de su propio caudal cuatro mil ducados anuales con lo cual se evitó el intento que por entonces tenían los oficiales reales, que quedaron de ello, y de otras cosas pasadas muy sentidos, y así por su parte, y la de otros capitanes y soldados requirieron al Adelantado se volviese a la Asunción, donde tenían que hacer cosas de su oficio en servicio de S.M., a quien querían dar cuenta del estado de la tierra. Y viendo que no podía hacer más progreso, con sumo desconsuelo se vio precisado a dar la vuelta sin conseguir el fin del descubrimiento que intentaba. Luego que llegó a sus embarcaciones, se metió dentro de una de ellas, y bajó con toda la gente a la Asunción, logrando de su expedición haber traído más de tres mil cautivos de todas edades y sexos, y alguna porción de víveres, con lo cual los españoles tuvieron con que pasar con más comodidad. Poco después de llegado determinó el adelantado reprimir la insolencia de los indios Yapurúes, que molestaban aquella República, a cuya diligencia salió personalmente con 300 soldados, y más de 1.000 amigos; y habiéndose informado del lugar en que estaban recogidos en un cuerpo, lugar muy acomodado, defendido por un lado del río Paraguay, y por el otro de una laguna que lo rodeaba, quedando sólo una puerta, en que tenían una fortificación de madera; los sitió por aquella parte, y empezó a batirlos, y al mismo tiempo hizo a los amigos pasar a nado la laguna, y que con resolución se apoderasen del sitio, haciendo el daño que pudiesen, con lo cual los españoles entraron con más facilidad por las trincheras, y a fuego y sangre rindieron el pueblo, sin embargo de la rigurosa defensa que hicieron los indios, en que murieron muchos de ellos: todos los que pudieron ser habidos, se cogieron y se ajusticiaron los motores de los insultos, y los restantes se llevaron a la Asunción, y fueron puestos cuatro leguas de la ciudad con otros indios más benévolos, llamados Mogolas, con lo cual quedó muy gustoso el Adelantado aunque llegó enfermo de unas cuartanas, que días antes le tenían muy quebrantado. Esto sucedió el año de 1542.

CAPÍTULO IV

Cómo los oficiales reales y otros caballeros y capitanes prendieron al Adelantado, y de lo demás que sucedió

Después que el Adelantado volvió de la guerra de los indios Yapurúes, se ofreció despachar al Maestre de Campo a la provincia de Alcaay a la pacificación de los indios de aquella comarca que andaban bastantemente turbados y alborotados para cuyo efecto partió de la Asunción con 250 soldados, muchos indios amigos, y los capitanes correspondientes. Seguidamente en este tiempo los oficiales reales determinaron poner en ejecución sus designios, convocando para ello a los que tenían de su satisfacción, diciéndoles que convenía al servicio de S.M. que prendiesen al Adelantado, porque gobernaba como tirano, excediendo en todo la orden de S.M., e instrucciones que su real Consejo le había dado, añadiendo otras razones aparentes, que moverían a cualquiera que

no estuviese muy sobre sí, como Felipe de Cáceres, que con su altivez y ambición fomentaba estas novedades, tomando por motivo que en cierta consulta que se había ofrecido, le había tratado mal de palabras, y que en este acto su sobrino Alonso Riquelme le había tirado una puñalada; de tal manera supo persuadir a la gente, que redujo a su voluntad la mayor parte de los capitanes, y así procuraron lograr la ocasión de la ausencia del Maestre de Campo y otros amigos del Adelantado, el cual a la sazón se hallaba en cama purgado.

Dícese que fueron sabedores de esta conjuración algunos criados del gobernador, en particular Antonio Navarrete y Diego de Mendoza su Maestre Sala, que tenía particular amistad con el contador y aun posaba en su casa. Halláronse en esta conjuración doscientas y más personas, y entre ellas, y como de los más principales factores el Veedor Alonso Cabrera, el Tesorero García Venegas, el capitán Nuño de Chaves, Jaime Resquin, Juan de Salazar y Espinosa, Alonso de Valenzuela, el capitán Camargo, Martín de Orué, Agustín de Ocampos, Martín Suárez de Toledo, Andrés Fernández el Romo, Hernando Arias de Mancilla, Luis de Osorio, el capitán Juan de Ortega, y otros oficiales y caballeros; y tomando armas, se fueron una mañana a casa del Adelantado, el cual fue avisado de la venida de esta gente, antes que entrasen en el patio, y dejándose caer en la cama, se armó de su cota y celada, y tomando una espada y rodela, salió de su sala, a tiempo que entraba toda la gente, a quien dijo en alta voz --Caballeros: Qué traición es ésta que hacen contra su Adelantado? Ellos respondieron: No es traición, que todos somos servidores de S.M., a cuyo servicio conviene que V.S. sea preso y vaya a dar cuentas a su Real Consejo de sus delitos y tiranías. A lo cual dijo el Adelantado, cubriéndose con su rodela y espada: Antes moriré hecho pedazos, que permitir tal traición. Al punto todos le acometieron, requiriéndole se rindiese, si no quería morir hecho pedazos; y cargando sobre él a estocadas y golpes, llegó Jaime Resquin con una ballesta armada, y poniéndola al pecho del Adelantado, le dijo: Ríndase, o le atravieso con esta jara; y él le respondió con semblante grave, dándole de mano, de modo que le apartó la jara --Desvíense ustedes un poco, que yo me doy por preso; y corriendo la vista por toda aquella gente, atendió a don Juan Francisco de Mendoza, a quien llamó, y dio su espada, diciendo: A usted señor don Francisco entrego mis armas, y ahora hagan de mí lo que quisieren. Al punto le echaron mano, y le pusieron dos pares de grillos, y puesto en una silla, le llevaron a la casa de García Venegas rodeado de soldados, y le metieron en una cámara, o mazmorra fuerte y oscura, poniéndole 50 soldados de guardia. Al mismo tiempo dieron orden de prender al alcalde mayor Pedro de Estopiñán, Alonso Riquelme, Ruy Díaz de Melgarejo, Francisco Ortiz de Vergara, al capitán Diego de Abreu, y otros caballeros, quitándoles las armas, y asegurando sus personas, con cuyos hechos vinieron a usurpar la jurisdicción real, mandando cuanto les pareció, bien así por bandos y pregones, como por ministros y oficiales, de modo que no había alguno que osase contradecirles sin el peligro de ser severamente castigado y despojado de sus bienes. Luego los oficiales reales escribieron al Maestre de Campo avisándole de lo sucedido, sobre que le requerían no quisiese innovar cosa alguna, ni hacer algún tumulto, pues aquello había sido ejecutado de común acuerdo, y por convenir al real servicio y utilidad de la República; y así le suplicaban se viniese luego, pues le aguardaban, para que se tratase lo que más conviniese al bien común. Fue muy sensible al Maestre de Campo este suceso, y mucho más por no estar en su mano el remedio, por hallarse en la obligación

los más principales capitanes, y sobre todo por sentirse él bastantemente enfermó de una disentería, que le tenía muy fatigado, de modo que no podía andar ni a pie ni a caballo; mas viendo el peso de negocio tan grave, se animó y se mandó llevar en una harnaca a la Asunción, donde se agravó tanto su enfermedad, que estuvo con mucho riesgo de perder la vida. Juntos los oficiales reales y capitanes determinaron elegir sujeto que los gobernase en nombre de S.M., y hecho los juramentos y solemnidades necesarias, dieron sus sufragios por cedula, como por una real provisión estaba ordenado: y conferidos los votos hallaron la mayor parte a favor del Maestre de Campo, y habiéndole hecho saber su elección, se escusó afectuosamente con el motivo de la enfermedad, de que decía estaba más para ir a dar cuenta a su Criador, que para tomar a su cargo cosas temporales, máxime donde había muchos caballeros principales, que merecían aquel empleo, y así que no había necesidad de ponerle en un hombre ya moribundo. Con estas demandas y respuestas pasó gran parte del día, hasta que a instancias del Veedor Alonso Cabrera, de los capitanes, Salazar, Nuño de Chaves, y Gonzalo de Mendoza, y de otros amigos y deudos del Adelantado, condescendió, y aquel mismo día que fue el 15 de agosto del año 1542 le sacaron a la plaza publica en una silla, y allí fue recibido al Gobierno de esta provincia con título de Capitán, habiendo primero jurado sobre un Misal de mantener en paz y justicia a los españoles y naturales de aquella tierra en nombre de S.M., hasta que por él otra cosa se mandase, y de despachar al Adelantado con todo lo procesado a su real y supremo Consejo. Y hechas las demás solemnidades, quedó recibido de la Suprema Autoridad de aquella provincia. En la misma elección se acordó de hacer una carabela de buen porte para el transporte del Adelantado a Castilla, la cual luego se puso en astillero a costa del real erario, aunque se acabó en mucho tiempo, pasando en todo él aquel buen caballero las mayores inhumanidades en la prisión, en que no le permitían tinta ni papel ni otra cosa de consuelo, pero en todo mostraba él su grande paciencia, y como fue consiguiente a su prisión el embargo y depósito de todos sus bienes, que eran de consideración, sólo le daban de ellos lo muy preciso para sustentarse. Sufrió esta penalidad poco más de diez meses, dentro de los cuales algunos amigos suyos intentaron sacarle de ella, pero como esto no había de efectuarse precisamente sino a sabiendas de los de la guardia que tenía dentro, concertaron con dos de ellos; y estando ya para ponerse en práctica, fue descubierto por los oficiales reales, y como éstos en todo tenían autoridad en la República, proveyeron de remedio, e hicieron que el general castigase a los motores de este negocio. De aquí nació otra violenta determinación, que fue que si por algún acometimiento sacasen de la prisión al Adelantado, luego le diesen de puñaladas, y muerto lo arrojasen al río, y que lo mismo se hiciese con el general Irala, si prontamente no concurría a reducirle otra vez a la prisión. De aquí dimanaron muchas diferencias y discordias entre los principales, y hubo de llegar la disensión a términos de rompimiento y común perdición, si la mucha prudencia y buen celo del general no hubiera acudido con tiempo a remedio, como adelante se verá.

CAPÍTULO V

De la remisión del Adelantado a Castilla, y de los tumultos que después hubo

Desde el día de la prisión del Adelantado, y elección de don Domingo de Irala,

empezaron entre los conquistadores las disensiones y bandos. Los que seguían el de Alvar Núñez, se llamaban leales, y los que el de los oficiales reales, se decían tumultuarios, sobre lo cual había todos los días muchas pendencias y cuestiones. Domingo de Irala con su acostumbrada prudencia no daba lugar a que pasase adelante el incendio, procurando castigar a unos y otros con moderación y justicia, y a ambos partidos hacía mercedes y socorros. Después de los 13 meses de la prisión de Alvar Núñez, concluida ya la carabela, se acordó que fuesen llevándole a Castilla dos oficiales reales, el Veedor Alonso Cabrera, y el Tesorero García Venegas, con los autos que le habían formado muy a su satisfacción. Nombraron por capitán y piloto del navío al capitán Gonzalo de Mendoza, y a Acosta, portugueses, y por procurador de la provincia a Martín de Orué; acompañábale también Pedro de Estopiñán, y otros caballeros: salieron de este puerto el año de 1544, y al tiempo de la marcha dejó secretamente, el Adelantado Cabeza de Vaca un poder al capitán Salazar, para que en su nombre gobernase la provincia para mover por este medio más disensiones entre aquella gente; y aunque Salazar era del bando contrario, juzgaba que ya estaría arrepentido por haberle enviado a hacer varios ofrecimientos. Luego que partió la carabela, convocó éste a todos los que se llamaban leales, en virtud del poder, para tomar en sí la Real jurisdicción, para lo cual juntó en su casa más de cien soldados, y descubierta su intención, ocurrieron los capitanes y oficiales reales al general instándole obviase los perjuicios e inconvenientes que con esta novedad resultarían en deservicio de ambas majestades, y como justicia mayor que era, y por el juramento que había hecho de mantener en paz aquella República, le tocaba sosegar este tumulto. Con lo cual mandó Domingo de Irala juntar gente, y con ellos se fue a casa de Salazar, a quien requirió no turbase la paz de la República, y tuviese presente el juramento que hizo en la elección de obedecerle en nombre de S.M.. Pero la ambición no le dio lugar a desistir de su intento, y también por dar gusto a los que tenía en su compañía, y así respondió, que ni debía ni podía hacer otra cosa que usar del poder que tenía del Adelantado. Con lo cual determinó el general, viendo su resistencia, asestar cuatro cañones de artillería a la casa, y con ellos la batió, y derribó toda la pared de la frente, por donde sin resistencia entró con sus soldados, a tiempo que los que estaban dentro, la habían desamparado. Prendió al capitán Salazar, y con él a Ruidiaz Melgarejo, Alonso Riquelme, Francisco de Vergara, y algunos otros que fueron puestos a buen recaudo.

Mandó el general que Salazar fuese embarcado en un bergantín a cargo de Nuño de Chaves con todo lo actuado en el asunto, y que fuese a dar alcance a la carabela, para que mudándole en ella, le llevasen también a España. Partió el bergantín con gran diligencia, y llegado a la carabela dijo Salazar en voz alta: Señor García Venegas, habrá lugar para un preso? Y él respondió: sí, voto a Dios, y ánimo para llevarle a él y otros veinte; y con esto le embarcaron, y siguiendo su viaje, llegaron al puerto de Sancti Spiritu, donde Alonso Cabrera, el capitán del navío y los demás que en él iban, acordaron de volver a la Asunción, y poner en libertad al Adelantado, restituyéndole a su gobierno, tomándole primero juramento y homenaje que por las cosas pasadas de su prisión no les haría ningún daño, y ellos les proponían ayudar con todas sus fuerzas hasta dar las vidas en su servicio. Sin duda esta determinación hubiera tenido efecto, si a ella no se hubiese opuesto Pedro de Estopiñán, quien dijo que de ningún modo convenía que dejasen de seguir el viaje, porque de volver a la Asunción, y dejar en su libertad al Adelantado

resultarían muchas perniciosas consecuencias contra la paz y servicio del Rey, en cuyo nombre las protestaban, como los menoscabos de las vidas y haciendas, que indubitablemente sucederían por la colusión que en la conjuración tenían los principales caballeros de aquella tierra, y que el conocimiento de la causa sólo tocaba a la Real Persona, en cuyo nombre habían elegido sujeto de calidad y suficiencia, que los gobernase como Domingo de Irala, quien sin duda cumpliría bien su obligación, ínterin S.M. con relación de ellos otra cosa mandaba. Hecha esta representación, y oída por los del Consejo, mudaron de parecer, y siguieron su viaje a España, a donde llegaron a los, 60 días de navegación del aceano. Presentaron al Consejo sus autos, y mandó S.M. prender a Alonso Cabrera, y a García Venegas, y procediendo contra ellos, y estando a punto de sentencia, murió Venegas súbitamente, y Cabrera enloqueció en la prisión, y siguiéndose la causa por parte del Fiscal, fue sentenciado el Adelantado en vista en privación de oficio, y desterrado a Orán con seis lanzas a su costa: y en la sentencia de revista fue declarado libre con sueldo de dos mil ducados anuales para su sustento en Sevilla, donde falleció en la primacía del consulado de ella con mucha honra y quietud de su persona.

CAPÍTULO VI

Cómo en este tiempo llegó a la provincia Francisco de Mendoza con la compañía de Diego de Rojas, que salió del Perú

No me parece fuera de propósito tratar en este libro algunas cosas de las que acaecieron en el gobierno de Tucumán, con quien confina esta gobernación, lo cual haré con la posible brevedad. El año de 1543 luego que el licenciado Vaca de Castro derrotó y prendió a don Diego de Almagro el mozo en la batalla de Chupas, determinó ocupar con cargos y oficios a algunos capitanes que habían servido en aquella expedición, despachándolos a gobernar y emprender nuevas conquistas y descubrimientos, con que entendía satisfacer en algo sus servicios. De este modo hizo merced a Diego de Rojas del descubrimiento de la provincia, que confina con la de Chile abajo de la cordillera hasta los llanos que corren al Río de la Plata, con título de gobernador de ella. Vinieron en su compañía Felipe Gutiérrez, Pedro de Heredia, Francisco de Mendoza, y otros caballeros y soldados, que componían el número de 300, con los cuales siguió su derrota, dejando atrás la provincia de los Charcas, tierra muy áspera; y saliendo a los llanos, encontraron algunos pueblos de indios, y de ellos prosiguieron a los valles de Salta y Calchaquí, donde hallaron mucha gente de manta y camiseta, abundantes de bastimentos, los cuales juntos con los demás de la comarca pelearon con los españoles, y en uno de los reencuentros fue muerto el capitán Diego de Rojas, de lo cual se originaron varias diferencias en razón de la superioridad en el gobierno, en especial por parte de Felipe Gutiérrez, que la pretendió por compañero y coadjutor del capitán, aunque esto era opuesto al común dictamen, de cuyo voto fue electo general Francisco de Mendoza, caballero principal y muy afable. Y como con esta elección aún no cesaban los disturbios que fomentaba Felipe Gutiérrez, vino por ello a ser desterrado con sus amigos y compañeros a la Provincia de Chile. Francisco de Mendoza prosiguió su descubrimiento hasta el río del Estero, que sale de la nevada cordillera, corre por unos llanos, y viene a desparramarse en lagos y pantanos, por cuyas riberas estaban varios pueblos de indios

llamados Yuries, y el río Talcanco; de allí siguió adelante, y llegó á los Comechingones, que viven en unas cuevas de la provincia de Córdoba, con los que trató de amistad, y de ellos se informó de como de allí al sur había una provincia muy poblada de gente rica de oro y plata, llamada allí Jungulo, que se juzga ser los mismos que en el Río de la Plata llaman los Césares, de que hemos tratado en su lugar. También dieron noticia que a la parte del leste había españoles, que navegaban en navíos por un grande y anchuroso río, donde estaban poblados. Con esta segunda noticia determinaron dejar otra cualquiera empresa por ir en demanda de los de su nación; y atravesando por algunos pueblos de indios de paz, llegaron a un río pequeño, por cuya ribera bajaron hasta la serranía de un gran pueblo, cuyos naturales tomaron armas y salieron a encontrarlos; pero los españoles los contuvieron con buenas razones, y asegurados de su amistad los proveyeron de víveres necesarios: este río desagua en el de la Plata, y se llama Carcarañal, y a los indios les dicen Timbúes, gente muy corpulenta y dispuesta.

Al otro día por la mañana divisaron los nuestros a la parte del leste unos grandes y encendidos vapores en el aire, y preguntando a los indios de qué procedían, respondieron que de un gran río que por allí pasaba, por cuyo motivo el capitán Mendoza determinó ir a reconocerle; y caminando por un apacible llano, de más distancia de una legua divisó las cristalinas aguas de aquel río, a cuya playa llegó con grande admiración de todos en ver la hermosura del ancho río, de tan dulce como diáfanas aguas, muchas islas pobladas de muy espesos sauces, sus márgenes de vistosas y varias arboledas, entre las que vieron muchos humos de los fuegos con que los naturales se avisaban, de lo que se les ofrecía: en este ameno y apacible sitio sentaron su Real. A las nueve del día siguiente vinieron más de 300 canoas a reconocer a los nuestros, y llegados los indios a la derecha del Real desviados de la ribera como un tiro de ballesta en una playa que allí parecía, levantaron en alto las palas; señal de amistad y de allí empezó a hablar en voz alta un indio, que decía: ¿Que gente sois? ¿Sois amigos o enemigos? ¿Qué queréis? O ¿qué buscáis? Lo cual fue oído con admiración de los nuestros, por ver que entre ellos hubiese quien hablase nuestro idioma. Respondió el capitán Mendoza: Amigos somos, y venimos de paz y amistad a esta tierra desde el reino del Perú, con deseos de saber de los españoles que acá están. El indio le preguntó quién era y cómo se llamaba. Y el capitán le respondió que era jefe de aquella gente, que allí traía, y que se llamaba Francisco de Mendoza. De lo que el indio recibió mucho contento, diciendo: Yo me alegro señor capitán, de que seamos de un nombre y apellido: yo también me llamo don Francisco de Mendoza, nombre que heredé de un caballero así llamado, que fue mi padrino en el bautismo; y así señor, mirad en qué queréis que os sirva, que lo haré con muy buena voluntad. Rogóle el capitán saltase a tierra para que pudiesen comunicarse con más comodidad, ofreciendo regalarle con lo que tenía. El indio respondió que así lo haría, si otro cabo que allí estaba se lo permitía, porque desconfiaban de los españoles que en otras ocasiones debajo de amistad le habían hecho algunos tiros, de que estaban bien escarmentados. El capitán le aseguró de su parte que no se haría daño ni perjuicio alguno. Replicó el indio vendría en ello, con la condición de que entre tanto que él pasaba, fuesen cuatro españoles a estar con ellos en sus canoas, y que esto fuese con juramento, que como caballeros harían sobre la cruz de su espada de lo cumplir. Y habiendo hecho el juramento, despachó los cuatro soldados con una secreta orden, para que de ningún modo pudiesen padecer daño. Luego que el cacique saltó a tierra, se abrazaron con el capitán, que al momento le echó

mano a los cabellos, que era la señal dada a los soldados, que al punto se arrojaron de las canoas con espada en mano, hiriendo y matando a los indios, que se les pusieron por delante. A este tiempo llegaron 20 hombres de a caballo a socorrerlos, con lo cual quedaron libres, y sin algún daño. El cacique viendo tan impensada acción, dijo: capitán Mendoza, como me habéis engañado, quebrantando vuestra palabra, y el juramento que habéis hecho, pues matadme ya, o haced de mí lo que quisiéredes. El capitán le consoló con buenas palabras, asegurándole no recibiría ningún daño, sino que sería bien tratado y regalado: que el haberse hecho aquello no era por otra cosa, sino por la desconfianza que habían hecho de su palabra. Después que se hubo sosegado, se informó del cacique de lo que pasaba en la tierra, y de que los españoles que en ella había, estaban en el río de Paraguay arriba, mandados del capitán Vergara, que así llamaban a Domingo de Irala. Así mismo le notició como a Juan de Ayolas le habían muerto unos indios llamados payaguaes con traición, sobre que decían que este capitán había dormido mucho, y que pocos días antes llevaron a España al Adelantado Alvar Núñez, que había venido en socorro de los españoles que estaban en aquella tierra; de modo que se informó el capitán de todo lo que quiso saber. Regaló al indio todo cuanto pudo con rescates y le pidió mandase a su gente le proveyesen de comestibles. Hízolo el cacique con brevedad, trayendo a la playa tanta cantidad, que puesta en un montón, y elevadas dos lanzas a cada lado, las excedía en altura. Con esto el capitán Mendoza regaló al cacique un vestido de grana, manta y camiseta de lana fina, y con muchas expresiones de amistad le dejó en su libertad, y el cacique partió de allí muy contento. Luego el capitán alzó su Real, y se fue costeando río abajo, hasta un sitio alto y llano, que está sobre la ribera de este río, en cuya cumbre vio situada una fortaleza antigua, que era la misma que fabricó Sebastián Gaboto en aquel puerto para escala de esta navegación, donde pereció con su gente el capitán Nuño de Lara, como queda referido. Sobre la barranca del río vieron plantada una cruz, en que estaban unas letras que decían: Al pie cartas. Y cavando, hallaron una botijuela, en que estaba una carta muy larga del general Domingo de Irala, avisando a la gente de España de cuanto se ofrecía, y de los inconvenientes que había de que se guardase aquel río, y de los indios de quienes se podían fiar, y de los que no: y de cierta cantidad de víveres, que dejaban enterrada en una isla; y otras cosas que relacionaba la carta. Luego se determinó Mendoza a pasar con la gente a la otra parte del río, creyendo que por allí podría con facilidad ir hasta dar con los españoles, que estaban arriba. Sobre esta determinación se le opusieron los más de los soldados, y de resultas de esto se conjuraron algunos contra el capitán Mendoza, como Pedro de Heredia con sus amigos, y una noche con gran determinación se entraron en su tienda, y hallándole dormido, le mataron a puñaladas, y hecho se volvieron al Perú bajo de las órdenes de sus capitanes, a tiempo que el Maestre de Campo Carvajal acababa de desbaratar al capitán Diego Centeno en la campaña de Posena, obligándole a que se metiese en una cueva, en que se escondió mucho tiempo, y por consiguiente huyendo Lope de Mendoza con algunos que le quisieron seguir, fue a dar por su dicha con los que venían de esta jornada del Río de la Plata, y juntos todos tomaron la voz del Rey contra el tirano, los cuales en otra batalla, que por no ser de mi asunto, no lo refiero, fueron vencidos y desbaratados.

CAPÍTULO VII

De la entrada que hizo Domingo de Irala hasta los confines del Perú, de donde envió a ofrecerse al Presidente Gasca para el Real servicio

Habiéndose ocupado Domingo de Irala todo el año de 1545, en pacificar y poner en quietud los pasados movimientos, luego se determinó hacer una jornada al norte, y descubrió aquella tierra, de que tenía la noticia de haber mucha riqueza. Para este fin alistó 300 soldados con algunos caballeros y capitanes, entre los cuales iba Felipe de Cáceres, Agustín de Ocampos, Juan de Ortega, Ruy García Mosquera y otros, y más de 300 amigos; dejando en la Asunción por su lugar teniente y justicia mayor a don Francisco de Mendoza. Partió con su armada el año de 1546, en cuatro bergantines, y cantidad de bajeles, en que iban algunos caballos. Los más de los indios iban por tierra, hasta juntarse con la armada en el puerto de Ilatin, que es el que divide la jurisdicción de los Guaraníes, de las otras naciones, pasando adelante río arriba por el puerto de los Reyes y pueblo de los Orejones todo lo que tenía el río de navegable hasta los de los Jarayes o Jeravayanes, que es la mejor gente de estas provincias. Las mujeres de estos indios se labran cara, brazos y pechos, punzándose las carnes con unas espinas, y poniéndose en las cisuras ciertos colores, que hacen mil labores vistosas y diversas pinturas en forma de camisas y jubones con sus mangas y cuellos; con cuyos dibujos, como ellas son blancas y las pintan negras y azules, parecen bien. Tienen poblado el río por ambos lados, al occidente reside el cacique principal a quien comúnmente llaman Manés, y al Oriente los Jeravayanes, que viven en casas muy abrigadas, redondas y cerradas, a hechura de tiendas de campaña, cubiertas de muy tejida empleita de paja. De aquí envió el general a Francisco de Rivera, y a Morroy a descubrir lo que había de allí para arriba; y habiendo caminado 60 leguas, llegaron a un paraje, donde se juntan dos ríos que hacen el del Paraguay, y habiendo entrado por el de la derecha, que viene de la parte del Brasil, hallaron que traía poca agua, con que retrocedieron y entraron por el de la izquierda, que corre de hacia el norte, por el cual navegaron dos días, hasta llegar a un paraje en que se divide en muchos riachos y anegadizos. Dieron vuelta, hallándose en aquel paraje del de la Asunción más de cuatrocientas leguas, y de allí al mar más de doscientas cuarenta, y llegados donde estaba el general, dándole cuenta de todo, determinó éste seguir su viaje por aquella parte, dejando encargados a aquellos indios sus navíos, balsas y otras cosas que no pudo llevar por tierra, y tomando su derota al nordeste, le fueron saliendo al camino muchos indios de los naturales de aquella tierra, y llegando a unas naciones que llaman Timbúes, les salieron al encuentro con armas, y tuvieron con ellos una reñida refriega, y de los que tomaron prisioneros, se informaron de algunas particularidades de aquel territorio, y principalmente de un poderoso río, que corre del sur al norte, que juzgaron ser el Marañón, uno de los mayores de este reino, que sale al mar a la vuelta y costa del Brasil en el primer grado de la equinoccial; y también que entre el Brasil, Marañón y cabeceras del Río de la Plata, había una provincia de mucha gente situada a las riberas de una gran laguna, y que ésta poseía mucho oro de que se servían aquellos indios, por cuya razón la llamaban los españoles la Laguna del Dorado. Estos pueblos dijeron que confinaban con otro de sólo mujeres, que tienen solamente el pecho del lado izquierdo, porque consumen el del derecho con cierto artificio, para usar sin embarazo del arco y flecha, de que son diestras y ejercitadas, como aquellas mujeres de Scitas antiguos que refieren los escritores, por lo que los españoles llamaron aquella tierra de las Amazonas. Confirmóse esta noticia con la que adquirió el

capitán Orellana en la jornada que hizo con Gonzalo Pizarro a la Canela, bajando por el Marañón, donde le dieron relación de esta gente y sus pueblos: y dudando el general a qué parte había de tomar, resolvió volver al poniente a buscar ciertos pueblos de indios, que decían tenían plata y oro, llamados Samócosis y Sibócosis, y yendo en su demanda, llegaron al Río Guapay, brazo principal del Marañón, y habiéndole pasado, llegaron a dichos pueblos, que están a las faldas de la serranía del Perú, de cuyos naturales fueron bien recibidos por ser gente amigable, doméstica y muy caritativa. Allí hallaron muchas muestras de oro y plata, y algunos indios naturales de Perú Yanaconas del servicio del capitán Peranzures, fundador de la Villa de la Plata en los Charcas, que habían venido por su mandato a estos pueblos, que eran de su encomienda,: éstos le informaron al general de las diferencias y revoluciones que en aquel Reino tenían los españoles contra la tiranía de Gonzalo Pizarro, y de la venida del Presidente Gasca. Con lo cual le pareció a Domingo de Irala ocasión oportuna de ofrecerse al Presidente con aquella gente de su compañía para el Real servicio. A este fin despachó a Nuño de Chaves, y a Miguel de Rutia, y por parte de aquellos caballeros fue Rui García con encargo de pedir gobernador en nombre de S.M.. Los cuales habiendo llegado, dieron su embajada al Presidente, que estimó en mucho este comedimiento, y les dio por Gobernador a Diego de Centeno, el cual murió antes que fuese puesto en posesión; ni tampoco sirvió el empleo otro que después fue nombrado: y como Nuño de Chaves tardase más tiempo que el que se le había asignado, por haber pasado a la Ciudad de los Reyes, donde estaba ya el Presidente después del vencimiento y prisión de Gonzalo Pizarro en la batalla de Jaquijaguana con determinación de ir a Castilla: determinó la mayor parte de los capitanes pedir a Domingo de Irala se entrase con ellos al Perú, y no los detuviese allí tanto tiempo, porque se demoraba mucho la correspondencia que aguardaba. Fueles respondido que no haría tal, sin la autoridad de la persona que gobernaba aquel reino, cuya jurisdicción era muy distinta de la que él tenía, y podía tenerle a mal entrar con tanta gente armada a aquella tierra en tiempo de tantas revoluciones. De aquí resultó que se amotinase la mayor parte de los soldados requiriendo al general que, pues no podía ir al Perú, diese vuelta para la Asunción, a cuya instancia respondió que tampoco podía hacerlo por haber dado palabra a los enviados de aguardarlos en aquel puesto. De aquí nació negarle la obediencia y elegir por caudillo a Gonzalo de Mendoza quien, no lo habiendo querido aceptar, fue compelido a ello. Y pareciéndole menos mal dar la vuelta, que entrar en un reino tan turbado, caminó con la gente por donde había entrado; y no pudiendo Domingo de Irala hacer otra cosa, caminó con ellos acompañado de sus amigos y deudos, y como caminaron con poca orden divididos en compañía, fueron asaltados de los indios de aquel camino, y murieron algunos españoles, recibiendo mucho daño, de que todos quedaron con gran descontento del mal gobierno y poca custodia que traían. Llegados a fines del año de 1549, al puerto donde habían dejado sus navíos, allí hallaron unos españoles, que habían venido a dar cuenta a Domingo de Irala desde la Asunción de lo sucedido en su ausencia, como adelante se dirá. Los indios Jarayes dieron tan buena cuenta de todo lo que quedó a su cargo, como lo harían los más fieles hombres del mundo. Sabida por los de la armada la turbación y tumultos de la Asunción, suplicaron a Domingo de Irala fuese servido volver a tomar su oficio y gobierno, para remedio de los escándalos y alborotos de la República, pues como que la tenía a su cargo, le competía el castigo de tales excesos, reduciendo a todos a una paz y común conformidad. Por estas comunes instancias, aceptó lo que le pedían, con nuevos juramentos, que hicieron de obedecerle y

servir a S.M. en cuanto les fuere ordenado, y así con mucha unión y conformidad se embarcaron y caminaron para la Asunción.

CAPÍTULO VIII

De lo que sucedió en la Asunción. De la elección del capitán Diego de Abreu, y cómo cortaron la cabeza al capitán don Francisco de Mendoza.

Mientras pasaba lo referido en el viaje de Domingo de Irala, sucedieron en la Asunción otras novedades, que causaron adelante muchas inquietudes. Fue el principio de ella que don Francisco de Mendoza lugarteniente de Domingo de Irala, visto que había más de un año y medio que se había ausentado, y no volvía, propuso que los conquistadores que con él habían quedado, eligiesen quién los gobernase en justicia por haberle sugerido sus amigos y parciales, que un caballero de su calidad y nobleza no era razón lograrse aquella coyuntura de la ausencia del general, y que hecha la elección, solicitase la confirmación de S.M., como lo ordenaba en su Real cédula, lo cual sería fácil de conseguir por medio de unos tan principales parientes que tenía en España. Resolvióse con esto a ponerlo en efecto, para lo cual mandó llamar algunas personas de parecer y voto con los Capitanes y Regidores propietarios, como el capitán García Rodríguez de Vergara, el Factor Pedro de Orantes, los Regidores Aguilera, Hermosilla y otros, a quien don Francisco comunicó su intento. A lo cual respondieron no haber lugar, pues no se sabía hubiese muerto el general que en nombre de S.M. gobernaba aquella provincia, cuyo lugarteniente era en aquella República, que por tal le reconocía y obedecían. Don Francisco replicó que por las mismas razones era necesario hacer la elección, porque de la mucha demora de Domingo de Irala se debía presumir que era muerto, o estaría imposibilitado de volver, y que en caso que así no fuese, se debía reputar por tal su excesiva demora para poderse hacer jurídicamente la elección. Ellos respondieron que sólo podría hacerse, en caso que don Francisco de Mendoza hiciese dejación del empleo, que de otro modo no lo permitirían. De aquí dinamó pregonarse que en el día aplazado se juntasen en la iglesia parroquial todos los conquistadores a elegir y nombrar Gobernador.

Llegado el día, al toque de una campana, se juntaron 600 españoles con el Padre Fonseca, que era capellán del Rey. Los capitanes Francisco Melgajero, Francisco de Vergara, Alonso Riquelme de Guzmán, don Diego Barúa, con los regidores y oficiales reales que habían quedado, y habiendo precedido las solemnidades de derecho, hicieron juramento de que darían su voto a la persona que según Dios y sus conciencias hallasen capaz de gobernar aquella República; con esto fueron dando sus cédulas, y poniéndolas en un vaso: fueron sacadas y leídas por los capitulares, y se halló que ninguno de los nominados tenía más número de votos, que el capitán Diego de Abreu, que era un caballero natural de Sevilla, de mucha calidad y fortuna, con que luego fue recibido por Capitán general y justicia mayor de aquella provincia, habiendo hecho el juramento de fidelidad en nombre de S.M., de lo que don Francisco de Mendoza, viendo frustrada su pretensión, quedó muy sentido y avergonzado, y tomando sobre el asunto su acuerdo con algunos de sus amigos y parciales, dijeron que la elección del capitán Diego de Abreu era nula y de ninguna fuerza y vigor, por no haberse hecho conforme a la cédula de S.M. durante la vida del que

gobernaba, y que por su fallecimiento había de gobernar quien tuviese de él legítimo título, quedando en propiedad en el gobierno, y que él era el que tenía título de Domingo de Irala, y que si había hecho dejación, había sido contra derecho el admitirla, porque ésta tocaba al Superior que pudiese de ella conocer, que no lo era aquel Ayuntamiento, ni se había actuado lo obrado en esta elección: y con esto y otros pareceres se resolvió don Francisco a recobrar el uso y ejercicio de su empleo, juntando todos sus amigos y aliados para aprehender al capitán Diego de Abreu, quien habiéndolo sabido, con la mayor diligencia posible juntó gente, y con ella fue a casa de don Francisco con muy buen orden y llegados apellidaron la voz del Rey, y poniendo cerco a la casa, y acometiéndola por todas partes, y entrando dentro le hallaron solo y desamparado de los que con él habían estado, que a la vista de la gente con que venía Abreu le abandonaron, salvo algunos pocos hombres que permanecieron, que todos con él fueron presos: y procediendo judicialmente contra ellos el general, salió sentenciado don Francisco que se le quitase la cabeza en público cadalso, cuya rigurosa sentencia se le notificada, y sin embargo de su apelación, y otras diligencias conducentes a librar su vida, fue mandada ejecutar, habiendo ofrecido antes dos hijas que tenía, una a Diego de Abreu, y otra a Ruy Díaz Melgarejo, para que las tomasen por esposas, a lo que le respondieron que lo que le convenía era componer su alma y disponerse para morir, dejándose de casamientos, que de nada de eso era tiempo, con otras palabras desenvueltas y libres dictadas de la pasión. Con lo cual acudió luego a lo que por cristiano debía, ajustando su conciencia: legitimó a sus hijos, don Diego, don Francisco y doña Elvira, que hubo en una Señora principal llamada doña María de Angulo, con quien se casó: mandó a sus hijos fuesen siempre leales servidores de S.M., y contra sus órdenes jamás se opusiesen, y sacándole al cadalso, rodeado de escuadras de arcabuceros y gente armada, fue llevado al que estaba aparejado en la casa de Diego de Abreu, donde con gran lástima de cuantos le vieron, por ser un caballero tan venerable por su ancianidad y nobleza, fue muy llorado, y él con el rostro grave y apacible habló a todos los circunstantes, dando algunas satisfacciones de haber venido a aquel punto, atribuyéndolo a justos juicios de Dios por haber tal día como aquel muerto en España a su mujer, criados y a un clérigo, su compadre y capellán, por falsas sospechas que de ambos tenía, y dijo que permitía Dios que estas muertes pagase con la suya por mano de otro compadre, que fue el verdugo llamado el Sardo por natural de Cerdeña.

CAPÍTULO IX

Cómo el capitán Diego de Abreu despachó a España a Alonso Riquelme de Guzmán, y cómo se perdió, y la vuelta del general Domingo Martínez de Irala

Luego que Diego de Abreu fue electo, como queda referido, mandó disponer una carabela, que estaba en aquel puerto, para despacharla a Castilla con la elección de su nombramiento, y proveyéndola de lo necesario, con la posible diligencia dispuso sus negocios, para que fuese con ellos al Consejo el capitán Alonso Riquelme de Guzmán, en cuya compañía también iba Francisco de Vergara, y otras personas de satisfacción. Salieron de aquel punto el año de 1548 en conserva de un bergantín del cargo de Hernando de Rivera hasta la Isla de San Gabriel, y saliendo del río de las Palmas,

atravesando el golfo de Buenos Aires para la Isla de las Flores, dejando a una mano la de San Gabriel para engolfarse, y despedidos los unos de los otros: tomaron el canal que va a Maldonado, en donde aquella noche les sobrevino una gran tormenta, que dio con la carabela en una encubierta laja, que está en la misma canal, que hoy llaman la laja del inglés por haberse allí perdido un navío de los de esta nación, de manera que la carabela quedó montada sobre la peña, abierta por los costados, por lo que entraba tanta agua que no se pudo agotar con diligencia alguna sin haber cesado la furiosa tormenta, hasta que viéndose sin otro remedio, determinaron desamparar el navío, y salir a tierra con peligro del río, y de ser ahogado, o después en tierra cogidos de los indios Charrúas de aquella tierra, gente cruel y bárbara. Para este fin cortaron el mástil mayor, y con tablas, maderas y el batel hicieron una balsa para atravesar y salir a tierra; y cesando un poco la tormenta, tuvieron lugar de poderlo hacer y tomar la costa, a que luego acudieron los indios que corren por ella, y haciendo un reparo entre el río y la barranca, se pudieron guarecer de la furia de ellos: y caminando aquella noche por la costa arriba en busca del bergantín, dieron en unas lagunas que les costó mucho trabajo atravesarlas a nado; y aquella misma noche sobrevino de la parte del sur otra mayor tormenta, que desencalló la carabela de donde estaba, y la arrojó a la costa hecha pedazos, con la que esa misma noche vinieron a topar con grande espanto y admiración de todos; y cerca del día prendieron dos indios pescadores, y se informaron de ellos de como dos leguas más adelante estaba recogido el bergantín en una caleta, y por darle alcance salió luego Francisco de Vergara con un compañero para dar aviso de lo sucedido, y así lo permitió Dios, para que aquellos hombres tuviesen como volver a la Asunción, según lo hicieron, y llegaron al tiempo que el general Domingo de Irala había llegado de su expedición, de donde, como dije, venía ya otra vez reconocido por superior de los suyos con perdón de los culpados en la pasada rebelión. Estando a distancia de cuatro leguas de la ciudad, salieron todos a recibirle, dándole la obediencia, como a General y justicia mayor, sin que pudiese estorbarlo el capitán Abreu, quien luego determinó salirse del pueblo con sus amigos. Y entrándose por los pueblos de los indios de Ibitiruzú, y sierras del Acaay, se fortificó. Poco después llegó a la Asunción el capitán Nuño de Chaves, Miguel de Rutia y Rui García, que venían del Perú de la embajada que Domingo de Irala hizo al Presidente Gasca, que llegaron muy aderezados de vestidos, armas y demás pertrechos de sus personas con socorros y ayuda de costa, que para ello se les mandó dar: venían de aquel reino en su compañía el capitán Pedro de Segura, hidalgo honrado de la Provincia de Guipúzcoa, que había sido soldado imperial en Italia, y antiguo en las Indias, Juan de Oñate, Francisco Conten, don Pedro Soloto y Alonso Martín de Trujillo, y otros muchos, que por todos eran más de cuarenta: traían algunas cabras y ovejas. Tuvieron éstos en el camino muchos encuentros y escaramuzas, rompieron por varias poblaciones, y llegaron a un pueblo o paraje una noche en que fueron cercados de más de 30.000 indios, que estando para acometer el Real y asaltarle, no osaron hacerlo, porque entendieron ser sentidos, porque oyeron toda aquella noche de balidos de los cabrones con las cabras, que juzgaron ser los españoles puestos en armas, por cuya causa se retiraron. Recibida toda esta comitiva, por Domingo Martínez de Irala, se satisfizo de que no estuvo en su mano el haberles dejado de aguardar, como se los había ofrecido conforme queda expresado. Pasados algunos días, ciertas personas mal intencionadas, se conjuraron para dar de puñaladas a Domingo de Irala, siendo autores de esta conjuración el capitán Camargo, y Miguel de Rutia; el sargento Juan Delgado, y otros de los de la expedición de Nuño de Chaves; y habiéndose

descubierto, fueron presos, y se dio garrote a Rutia y al capitán Camargo usando de clemencia con los demás culpados, a quienes se les concedió perdón. Con todo no cesaban los disturbios de la República, que los fomentaban algunos apasionados, en especial el capitán Nuño de Chaves, que hacía mucha instancia en pedir la muerte de don Francisco de Mendoza, por haberse casado en este tiempo con doña Elvira Manriques su hija, y siguiéndose la causa contra los agresores, salieron en busca de ellos como perturbadores de la paz y tumultuarios de la República. Fueron presos Juan Bravo, y Renjifo, a los cuales luego ahorcaron, y otros que después fueron habidos, se pusieron en estrecha prisión, en especial Ruy Díaz Melgarejo, el cual tuvo fortuna de que le hubiese dado soltura un negro esclavo del mismo Chaves. Visto por algunos caballeros que andaban en estos desasosiegos, que peligraban sus vidas, y lo poco que conseguían en andarse retirados de la obediencia de quien los gobernaba en nombre de S.M., acordaron de reducirse a su servicio y a la paz general, que la República deseaba. Y habiéndose tratado por medio de religiosos y sacerdotes, hallaron en el general muy dispuesta la voluntad, y viniendo al fin de este negocio, para más confirmación de ella, se concertó que Francisco Ortiz de Vergara, y Alonso Riquelme de Guzmán casasen con dos hijas suyas, y lo mismo hicieron con otras el capitán Pedro de Segura, y Gonzalo de Mendoza, con cuyos vínculos vinieron a tener aquellos tumultos el fin y concordia que convenía, con verdadera paz y tranquilidad, en que fue S.M. bien servido con gran aplauso del cielo, y cristiandad de Domingo de Irala. Sólo el capitán Diego de Abreu quedó fuera de esta confederación con algunos amigos suyos, queriendo mantener su opinión porque decía que no le convenía otra cosa, ni era muy seguro por tener contra sí a Nuño de Chaves, yerno de don Francisco de Mendoza, a quien hizo degollar como queda referido.

CAPÍTULO X

De cómo en este tiempo salió del Perú el capitán Juan Núñez de Prado a la población de la provincia del Tucumán, después que el presidente Gasca venció a Gonzalo Pizarro

Después que el presidente de la Gasca el año de 1548 venció en la batalla de Jaquiguana a Gonzalo Pizarro: el siguiente dio facultad y comisión a Núñez de Prado, para que tomase a su cargo la población y conquista de la gobernación del Tucumán, que se había dado a Diego de Rojas; el cual acudiendo a lo que para ello convenía, juntó ochenta y tantos soldados, muchos indios amigos, armas y caballos, y determinó su entrada por la provincia de los Chicuanas el año de 1550. Estando con su campo en los Chichas en el pueblo de Talina, llegó allí Francisco de Villagra, que iba para Chile con socorro de gente a don Pedro de Valdivia, gobernador de aquel reino. Donde vístose ambos capitanes, este Villagra con poco decoro sonsacó muchos soldados de los de Juan Núñez de Prado, y también los indios que llevaba sin poderle reprimir con súplicas y comedimentos. Al fin se apoderó de cuantos pudo quitarle, de que el otro capitán quedó muy sentido, y prosiguió su viaje con 60 soldados que le quedaron, y con ellos entró en la provincia de Tucumán don buen suceso, y fundó cerca de aquella sierra una ciudad, que llamó del Barco a contemplación del licenciado Gasca, que era natural de Barco de Ávila. Habiendo hecho la planta de su población, y un fuerte en que se metió con su gente, salió con treinta soldados a correr la redonda de aquella tierra, y atraer y conquistar algunos

pueblos de la comarca, y caminando una noche al reconocimiento de unas poblaciones de indios, llegó a un río en cuya ribera estaba alojado un gran Real de españoles con mucha gente y caballos, de que quedaron confusos de quien podría ser, y reconociéndole, vieron que era Francisco Villagra, que torciendo su derrota, había entrado por esta provincia por la falda de la cordillera, con ánimo de emprender por aquella parte nuevo descubrimiento, de que Juan Núñez de Prado tomó grande enojo, acordándose del mal porte que con él tuvo en los Chichas, y sin más dilación determinó de prenderle y castigarle por haber entrado en su jurisdicción y gobierno, y mandó al capitán Guevara que con 15 soldados le acometiese por una parte, y que en ínterin él acometería por otra al Real, y que ambos procurasen ir a la tienda de Villagra a prenderle o matarle. Esta acción tocó al capitán Guevara, que atropelló a los que estaban de guardia, y por fuerza entraron dentro de la tienda de Villagra, que ya se hallaba armado de espada y rodela, y abrazándose con el capitán Guevara, le dio un encuentro con la rodela, de que cayeron ambos en tierra, y asiendo de la guarnición de la espada, se la sacó Villagra de la mano, y él arremetiendo con un soldado que junto a él estaba, le quitó la suya, a tiempo que los unos y los otros andaban revueltos a cuchilladas, y todo el Real alborotado con el alarma, que por el otro lado le iba dando Juan Núñez de Prado, con lo cual muchos se retiraron y desampararon sus tiendas; pero volviendo en sí, acudieron con otros al socorro de Villagra, con que vino a hacerse tan gran ruido, que le convino a Juan Núñez de Prado tocar a recoger con la trompeta, que era la señal que tenía dada a su gente, y con buen orden se fueron saliendo donde tenían los caballos. No siéndoles poco dificultosa esta retirada al Capitán Guevara, sin haber hecho otra cosa, que haber habido algunos heridos de ambas partes, junto con su capitán fueron a gran prisa para su pueblo. Villagra quedó sentido y enojado, pareciéndole como cosa de entresueños, y al fin determinó seguirlos con 60 hombres. Juan Núñez de Prado, llegando a los suyos, le pareció que no podría resistirle, por lo que, se resolvió irse a la sierra con algunos de su compañía, y se entró en lo más áspero, dejando en la población lo más de la gente de su cargo.

Villagra sin mucha contienda se apoderó del fuerte e hizo juramento de no salir más de él hasta haber a las manos a Juan Núñez de Prado y castigarle como merecía. No obstante esto entróse de por medio un honrado sacerdote que allí tenía de cura, que habló a Villagra fuese servido de remitir lo pasado por concordia y amistad, lo cual le fue otorgado, con la condición que Juan Núñez de Prado se le sometiese, dándole obediencia como superior en nombre del Gobernador don Pedro de Valdivia, y que con esto le haría toda amistad, y dejaría en su tenencia; y aunque a Juan Núñez de Prado se le hizo esto difícil, fue aconsejado de sus amigos lo hiciese así, pues no podía haber otro remedio: en esta conformidad, él y los del cabildo se resolvieron, y rindieron la obediencia como a superior en nombre de S.M. a don Pedro de Valdivia, como incluyéndose en el Gobierno y conquista de Chile a Juan Núñez de Prado y la provincia; y habiendo ordenado lo que pareció conveniente, se fue para Chile; y viéndose Juan Núñez libre de la sujeción y poderío de Villagra, renunció al poder que por él le fue dado, diciendo que no le necesitaba, pues tenía completa facultad del Presidente Gasac, Gobernador General de estos reinos. Y usando de la comisión que antes tenía, continuó su conquista y población. Llegando Villagra al reino de Chile, dio cuenta a don Pedro de Valdivia de lo que le había pasado en la provincia del Tucumán con Juan Núñez de Prado, y como quedaba inmediato y sujeto a esta provincia por su Teniente General a Francisco de Aguirre,

hombre principal, conquistador antiguo del Perú, y vecino encomendero de la ciudad de Coquimbo; y entrando en esta tierra, tomó luego posesión de ella en nombre de Valdivia, como lo hicieron en adelante todos lo que le sucedieron en el Gobierno, quedando aquella provincia muchos años sujeta al reino de Chile. Francisco de Aguirre prendió luego a Juan Núñez de Prado, y le despachó con lo procesado a Chile, de donde después se fue a la Ciudad de los Reyes, y tuvo negociación para volver a entrar en esta provincia, lo cual nunca pudo poner en efecto; en todo este tiempo Francisco de Aguirre administró el oficio de Teniente General, que le fue cometido por Valdivia, en cuyo tiempo por causas convenientes que le movieron, trasladó de la sierra al río del Estero la Ciudad del Barco, llamándola de Santiago, como hasta hoy permanece. Está en la altura de 29 grados, distante de la ciudad de la Plata 200 leguas, y es cabeza de aquella gobernación. Repartió el General los naturales de aquel distrito en 56 encomenderos. Empadronáronse 47.000 indios Juris y Tenocotes, así en el Estero como en el Río Salado y en la sierra. Esta tierra fértil, en especial los bañados, como queda referido, con lo que le deja dispuesto para las sementeras de los naturales; y habiéndose sucedido en el empleo Juan Pérez de Zurita, fundó una ciudad en el Valle del Calchaquí, y otra en el de Conando, que llamó la ciudad de Londres. A éste sucedió un tal Castañeda enviado por el Gobernador de Chile, y por su mal gobierno fueron estas dos ciudades destruidas de los indios con pérdida de mucha gente española, hasta que S.M. despachó al gobierno de esta provincia a Francisco de Aguirre, como más latamente se dirá adelante.

CAPÍTULO XI

De la jornada que hizo Domingo Martínez de Irala, llamada la Mala Entrada

Pacificados por Domingo de Irala los bandos y diferencias que había entre los españoles, con las amistades y casamientos, que hemos referido, determinó hacer una jornada importante, en la cual pudiese descubrir algunas de las noticias que tenían en la tierra de mucha fama, pues donde tanta nobleza y cantidad de soldados había, no era razón dejar de buscar toda la conveniencia y aprovechamiento que se pudiese. El año 1550 se publicó la jornada, para que todos los que quisiesen ir a ella se alistasen; y así con este deseo se ofrecieron muchas personas de cuenta, capitanes, soldados que por todos fueron 400, y más de 4.000 indios amigos, con los cuales salió de la Asunción por el río y por tierra, en bergantines, bajeles y canoas, en que llevaban los víveres y vituallas, y más de 600 caballos. Dejó el General por su lugar Teniente en la Asunción al Contador Felipe de Cáceres, quien luego mandó que recogiesen los que andaban dispersos y fuera de orden por la tierra por las distensiones pasadas, de cuyos bandos y parcialidades habían quedado algunas reliquias del Capitán Diego de Abreu. Y aunque casi todos acudieron a dar la obediencia a la Real justicia, no lo hizo Abreu con sus amigos, con que no cesaban los recelos de las turbaciones; para cuyo remedio a Felipe de Cáceres ser conveniente prenderle y haberle a las manos, para lo cual despachó 20 soldados a cargo de un oficial llamado Escaso, para que le buscase y trajese preso, y saliendo al efecto, llegaron a un monte muy áspero, donde estaban retirados, y entrados dentro de él una noche, vieron en una espesura de grandes árboles una casa cubierta de palmas y de tapia francesa, y reconociendo entre la oscuridad de la noche la gente que había dentro, vieron cuatro o

cinco españoles únicamente; y entre ellos el Capitán Diego de Abreu, que estaba despierto sin poder dormir a causa del gran dolor que tenía de un mal de ojos: viéndole Escaso por un pequeño agujero, le apuntó con la jara de la ballesta, y disparándola, le atravesó con ella por el costado, de que luego cayó muerto, y así le trajeron atravesado sobre un caballo a la Asunción; y porque el Capitán Melgarejo reprobó este hecho, y tomó por suya la demanda con tanta turbación, fue preso y puesto a buen recaudo, de que Francisco de Vergara su hermano quedó muy sentido; y dándole aviso al General de lo sucedido, que aún no estaban muchas leguas de la ciudad, volvió personalmente a aquietar esta turbación, que estaba ya a punto de una gran ruina, y así despachó a Melgarejo a su Real donde había quedado con la gente Alonso Riquelme, quien a sus instancias le dio lugar, para que fuese hacia el Brasil con solo un soldado llamado Flores, con quien empezó su viaje, atravesando por los pueblos de los Guaraníes, y entró a la provincia de los Tupies, enemigos antiguos de ellos y de los españoles, y amigos de los portugueses. Luego los prendieron a ambos, y atándolos con fuertes cordeles, los tuvieron 3 ó 4 días, y al cabo de ellos mataron a Flores y se lo comieron con grandes fiestas, diciendo a Melgarejo, que al día siguiente harían con él otro tanto. De este peligro fue Dios servido librarle por haberle soltado de la prisión una india, que le guardaba. Llegado a San Vicente casó con una señora llamada doña Elvira, hija del capitán Becerra de la armada de Sanabria, como adelante diremos.

Vuelto el General a su Real halló menos a Ruy Díaz Melgarejo lo que sintió bastante, y así le escribió luego una carta de mucha amistad, y le envió un socorro de ropa blanca y rescate para el camino, y la misma espada de su cinto, que todo recibió Melgarejo; excepto la espada por la dañada intención que llevaba contra él. Hecho esto continuó el General su viaje río arriba hasta el puerto de los Reyes, donde se desembarcó con toda su gente, y atrajo al Real servicio todos los pueblos comarcanos, y caminando muchas naciones de indios, que unos le salían de guerra, y otros de paz, y con diferentes sucesos fueron atravesando la tierra hasta los indios Bayaes, y pasando hacia la cordillera del Perú, dieron con los indios Frentones, que también llaman Nogogayés, gente muy belicosa, los cuales le informaron como estaban metidos en los confines de la gobernación de Diego de Rojas, y que a mano derecha estaban las amplísimas provincias del Perú, de donde entendieron que por aquella parte no había más que descubrir, y así resolvieron volver para el norte, y prosiguieron su derrota. Amotináronseles más de 150 indios amigos de los del ejército por haber tenido noticia, que no muy lejos de allí estaban poblados otros de su misma nación, llamados Chiriguanas, y así se fueron en busca de ellos, como lo hicieron en otra ocasión el año de 1548. Y con esto y las muchas aguas que sobrevinieron en aquel año, determinó el General buscar sitio para la invernada, con intento de entrar en la provincia del Dorado y descubrir los Moyes, que caen a la otra parte del río Guapay, que, como queda dicho, es uno de los brazos del Marañón; pero, habiendo acudido tanto las lluvias, anegaron toda aquella tierra, ya de las vertientes del Perú, ya de las de aquellos ríos, por cuya causa y viendo que se les aniquilaban o murieron los caballos, y más de mil quinientos amigos de los indios que trajeron de la Asunción y de los que de nuevo habían adquirido, padeciendo los mayores trabajos y miserias que hasta aquí nunca pasaron los españoles en las indias, con tantas enfermedades que les resultaron, de que murieron no pocos: determinaron dar la vuelta a sus embarcaciones, con tanta dificultad que no fue poca felicidad haber llegado a ellas

según la inundación de toda aquella tierra, causa de tanta perdición, por lo que llamaron a ésta la Mala Entrada.

CAPÍTULO XII

De la población del río de San Juan, y de cómo no pudo mantenerse, y de la pérdida de la Galera

Después que el General Domingo Martínez de Irala volvió de la Mala Entrada, propuso a los Oficiales Reales la grande importancia que había de tener poblado un puerto para escala de las embarcaciones en la entrada del Río de la Plata; y de común acuerdo determinaron se fuese a poblar, y para ello nombraron al Capitán Romero, hombre principal y honrado, con ciento y tantos soldados. Salió de la Asunción en dos bergantines hasta ponerse en el paraje de Buenos Aires; y tomando a mano izquierda a la parte del norte, pasó por junto de la isla de San Gabriel, y entró por el Río de Uruguay, donde a dos leguas surgió el de San Juan, y allí determinó hacer la fundación que les estaba cometida, para la que nombró competentes Oficiales y Regidores, llamándola la Ciudad de San Juan, de que tomó nombre aquel río. Pasado algún tiempo los naturales de aquella tierra procuraron impedir la fundación, haciendo muchos asaltos a los españoles, de modo que no les daban lugar de hacer sus sementeras. Por cuya causa y la del poco socorro que tenían, padecían grande necesidad y hambre, y haciéndole saber Juan Romero a Domingo de Irala, fue acordado despachar una persona de satisfacción, para que viese y considerase el estado de este negocio, y las dificultades que se ofrecían, y a la vista se hiciese lo que más conviniese, para los cual salió Alonso Riquelme de la Asunción en un navío, que llamaban la Galera, con 60 soldados; antes de llegar al río de las Palmas entró por el de las Carabelas, que sale al del Uruguay, poco más adelante que el de San Juan, y atravesando aquel brazo, llegó a este puerto con mucho aplauso de la gente, la cual halló muy enflaquecida, desconfiando ya de poder salir de allí con vida por los continuos asaltos que les daban los indios, cuyas causas y otras de consideración bien vistas ocasionaron acordar desamparar el puesto; y metiéndose toda la gente en navíos que allí tenían, subieron río arriba. Una mañana aportaron en unas barranqueras altas y peinadas, donde determinaron descansar y comer, y estando sobre la barranca, haciendo fuego con 15 ó 16 personas, súbitamente se desmoronó y cayó al agua, llevando a los que estaban arriba, los cuales todos se ahogaron y murieron, con tal estrépito, que alteró toda el agua del río, y con tan violento movimiento que la Galera, que estaba cerca, fue trastornada, como si fuera una cáscara de avellana, y quedó con la quilla para arriba, y se fue por debajo del agua más de mil pasos río abajo, hasta que topó el mástil en un bajío, donde en una punta se detuvo, y llegada la gente la volvieron boca arriba, y hallaron dentro una mujer, que quiso Dios conservarla con vida todo este tiempo. No era menos el peligro que los demás padecieron con los indios enemigos, que al mismo tiempo los acometieron, que habían estado a la mira, esperando ocasión de hacerles daño; y peleando con ellos con gran denuedo, les resistieron y rechazaron, que con el favor de Dios y la buena diligencia del Capitán fueron libres de tan manifiesto peligro. Esto sucedió día de todos los santos del año 1552: otras veces en igual día han sucedido en esta provincia grandes desgracias y muertes, por cuya razón es ésta una fiesta temida y

muy guardada en toda la provincia, y aun la víspera y el día siguiente, sin hacer cosa alguna, aunque sea muy precisa.

CAPÍTULO XIII

De una entrada que hizo Domingo Martínez de Irala a la Provincia del Guairá, y lo que sucedió

En este tiempo llegaron a la Ciudad de la Asunción ciertos caciques principales de la provincia del Guairá a pedir al General Domingo de Irala les diese socorro contra sus enemigos los Tupíes de la costa del Brasil, que con continuos asaltos los molestaban y hacían muy graves daños y robos con favor y ayuda de los portugueses de aquella costa, obligándole a ello el manifestarse vasallos de S.M., y que como tales debían ser amparados y favorecidos; de modo que el General habido su acuerdo sobre una petición tan justa, determinó ir en persona a remediar estos agravios; y prevenido de lo necesario, aprestó una buena compañía de soldados, y otros muchos indios amigos, y caminó por tierra con su gente, y pasando por muchos pueblos de indios de aquella provincia con mucho aplauso y amistad de toda la tierra, llego al río Paraná a un puerto arriba del gran Salto, donde los indios de aquel río vinieron a recibir al General proveyéndole de bastimentos y demás menesteres, y en sus canoas y balsas pasó a la otra parte a un pueblo de un cacique llamado Guairá, de quien fue muy bien recibido y hospedado. Convocados los indios de aquella provincia, juntó mucha cantidad de ellos, y por su parecer navegó el Paraná arriba, hasta los pueblos de los Tupíes, los cuales con mucha presteza se convocaron y tomaron armas, saliéndoles a recibir por el río y por tierra, y tuvieron una reñida pelea en un peligroso paso del río que llaman el Salto de Albañandaba, o paso del Anembí, y desbaratados los enemigos fueron puestos en huida, y entraron los nuestros al pueblo principal de la comarca, donde mataron mucha gente, y pasando adelante tuvieron otros muchos encuentros, con que dentro de pocos días trajeron a su sujeción y dominio aquellos habitantes, y después de algunos tratados de paz prometieron no hacer más guerra a los indios Guaraníes de aquel Gobierno, ni entrar por sus tierras, como antes lo habían hecho. Por esta vía despacharon a Juan de Molina, para que por aquellos puertos fuese por Procurador de la Provincia a la Corte, dando relación y larga cuenta a S.M. del estado de la tierra; y hecho, dieron vuelta con buen suceso al río Periquí. Con los naturales de este río se trató, si habría comodidad ó forma de bajar por aquel Salto, dejando a una parte el mayor peligro hasta salir a lo navegable, a lo cual los indios pusieron muchas dificultades por medio de un mestizo lenguaraz llamado Hernando Díaz. Este era un mozo mal inclinado y de peor intención, que por haber sido castigado del General por sus excesos y liviandades, estaba sentido y agraviado, y así dijo: que los indios decían ser fácil el bajar en canoas por aquel río, dejando arriba el santo principal, que éste era imposible navegarse. Y aunque en los demás era el peligro muy grande, con todo el General se dispuso a que bajasen por tierra muchas canoas, y se llevasen a echar más abajo del salto, y de allí con maromas fuesen poco a poco río abajo, hasta donde se pudiesen cargar para hacer su navegación. Tomaron más de 400 canoas, y con muchos millares de indios las llevaron más de cuatro leguas por tierra hasta ponerlas en un pequeño río, que sale al Paraná, excusándose con esto de todo cuanto juzgaron ser malo,

y bajando con gran dificultad, salieron de unos grandes borbollones, donde hicieron las balsas, juntando 2 y 3 canoas para cada una, y las cargaron de lo que llevaban. Navegaron por este río, huyendo por una parte y otra de los peligros, que a cada paso topaban, hasta que repentinamente llegaron a un paraje que llaman Ocayaré, donde sin poderlo remediar, se hundieron más de 50 balsas, y otras tantas canoas con mucha cantidad de indios y algunos españoles que iban en ellas, y quizá hubieran perecido todos si media legua antes no se hubiese desembarcado el General con toda su compañía, quienes venían, por la margen del río sobre las peñas y riscos, de que a una y otra mano está lleno el río. Con este suceso el General quedó en punto de perecer, por ser toda aquella tierra muy áspera y desierta donde los más de sus amigos y naturales de la provincia le desampararon, de modo que le fue forzoso salir rompiendo por los grandes bosques y montañas hasta los primeros pueblos, y porque mucha gente de la que traía venía enferma, y no podía caminar por tierra, dio orden de que en algunas canoas, que habían quedado, se metiesen con los mejores indios amigos, y se fuesen poco a poco a la sirga río abajo, yendo por caudillo un hidalgo extremeño llamado Alonso Encinas. Este acudió a lo que se le encargó, con tanta providencia y cuidado, que salió con bien de los mayores peligros del río, en especial de un paso peligrosísimo, que hace tales remolinos que parecen grandes olas, que sorben el agua hasta el abismo sin dejar en ambas orillas cosa que no se mueva, alborote, arrebate y trague, trabucándola dentro de su hondura con tal velocidad que cogida una vez cualquiera cosa, es casi imposible largarla de aquella ola o abertura tan grande que una nao de la India fuera hundida con tanta facilidad como una nuez. Aquí les hicieron los indios de aquella tierra una celada, pretendiendo echarlos a todos con sus canoas en este remolino. Alonso Encinas proveyó con grande diligencia que todos los españoles saliesen a tierra y con las armas en las manos acompañados de algunos amigos fuesen a reconocer el paso, y descubierta la celada, pelearon con los indios, de tal manera que los hicieron huir, y así asegurados se fueron muy sosegados a sus canoas, y amarradas de popa y proa con fuertes cordeles las pasaron el riesgo una a una, con lo que fue Dios Nuestro Señor servido de sacarlos de aquel Caribdis y Scila hasta ponerlos en lo más apacible del río, de manera que salieron a salvamento en tiempo que por relaciones de los indios de aquella tierra se sabía que habían entrado en el Río de la Plata unos navíos de España. De resultas de este suceso tan fatal, y pérdida de tanta gente, prendió el General a Hernando Díaz el mestizo, y la noche antes del día en que había de ser ahorcado, se escapó de la prisión, y fue de huida al Brasil, donde topó con el capitán Hernando de Trejo, quien por otros delitos, que allí cometió, le condenó a destierro perpetuo a una isla desierta, de que después salió con grandes aventuras que le sucedieron.

CAPÍTULO XIV

De la población de la Villa de Ontiveros en la provincia del Paraná, donde algunos se retiraron a vivir

No se puede negar lo mucho que esta provincia del Río de la Plata debe a Domingo Martínez de Irala, desde que en ella sirvió de capitán y soldado, y mucho más después que fue electo General de los conquistadores españoles, que en ella estaban, procurando

el aumento y utilidad del Real servicio con la comodidad y sustento de sus vasallos, de suerte que con verdad se puede decir que se le debe la mayor parte del establecimiento de la tierra, y los buenos efectos de ella, como se colige de los referido en esta historia. Habiendo considerado que hasta entonces no se había podido sustentar población alguna en la entrada del Río de la Plata, siendo tan necesaria para escala de los navíos que viniesen de España, determinó hacer una fundación en el camino del Brasil a la parte del leste sobre el Río Paraná, pues era fuerza haber de cursar aquel camino, y tener comunicación y trato con los de aquella costa para avisar por esa vía a S.M. del estado de la tierra. Y también por excusar los grandes daños y asaltos, que los portugueses hacían por aquella parte a los indios Caries de esta provincia, llevándolos presos y cautivos sin justificación alguna de guerra y vendiéndolos por esclavos, privándoles de su libertad, y sujetándolos a perpetua servidumbre. Y con esta resolución dio facultad al Capitán García Rodríguez de Vergara, para que con 60 soldados fuese a hacer esta población; y tomando los pertrechos necesarios, salió de la Asunción el año de 1554, y con buen suceso llegó al Paraná, y pasó de la otra parte, donde fue bien recibido de los indios de la comarca, y considerando el puesto más acomodado para el asiento de su fundación, tuvo por conveniente el hacerla una legua poco más o menos más arriba de aquel gran salto en el pueblo de los indios sujetos al cacique Canendiyú, que era muy amigo de los españoles. Parecióle a García Rodríguez ser por entonces aquel sitio el mejor; y más acomodado para su pretensión por ser en el propio pasaje del río y camino del Brasil, y por la muchedumbre de naturales que en su contorno había, aunque después se siguieron muchos inconvenientes y daños de estar mal situado: esta fundación fue llamada la Villa de Ontiveros, a similitud de la que era natural García Rodríguez, y hecha su población se mantuvo en ella algún tiempo, hasta que Domingo de Irala le hizo llamar para otros negocios de más consideración, enviando allí persona que en su lugar gobernase en justicia aquella Villa, quien habiendo llegado, no le quisieron recibir ni obedecer los poderes que llevaba, diciendo otros desacatos y libertades contra la autoridad y reputación del General; quien enterado de cuanto en el asunto había pasado, determinó enviar al castigo de esta osadía y a recoger los españoles que andaban dispersos, al Capitán Pedro de Segura, su yerno, con cincuenta hombres, que salió el año de 1556, y habiendo llegado al río Paraná, en la inmediación del paso hizo señas con grandes fuegos y humaredas, para que le trajesen algunas canoas o balsas en que pasar; y habiendo entendido los españoles que estaban en la villa, de como el Capitán Pedro de Segura se hallaba en el puerto, acordaron los más a que no le diesen pasaje, antes procurasen impedir su entrada, porque, si la consentían, les había de costar caro el no haber querido admitir las órdenes de Domingo de Irala, y porque estaban en la villa también algunos de los parciales del Capitán Diego de Abreu, y de la tumultuación que andaban por los pueblos de los indios: y así luego tomaron las armas, entraron en sus canoas, y fueron a tomar una isla, que está en el mismo río en la travesía del paso sobre la canal del gran Salto. Y puesto allí en arma, le requirieron al Capitán Segura se volviese a la Asunción, porque ellos no le habían de permitir poner los pies en la otra parte del río, sin que antes arriesgasen sus vidas. De todos estos que tan descaradamente se rebelaron, fue cabeza un inglés llamado Nicolás Colman, que, aunque tenía una sola mano, que era la izquierda, por haber perdido en una pendencia la derecha, era el más resuelto y atrevido soldado de cuantos allí estaban, como siempre lo mostró, de modo que, viendo el Capitán Pedro de Segura la libertad de esta gente, determinó pasar una noche secretamente en unas balsas

que hizo de madera, trozos y tablas. Y estando en el efecto ya en punto de largarse, salieron de la isla más de 100 canoas grandes y fuertes llenas de indios, con que los acometieron a donde estaban las balsas en el puerto con mucha gente ya embarcada, y les dieron una rociada de arcabuces y flechas; y respondiéndoles los de las balsas, que luego se echaron a tierra, mataron un soldado y algunos indios de los contrarios, los cuales habiendo dicho muchas libertades, y haciendo caracoles se volvieron a la isla, donde a más de la fortaleza de ella, está junto a la canal de la caída principal de aquel salto, correspondiendo a otra isla que dista de ella un tiro de arcabuz, la cual es tan larga que tiene más de 14 leguas de longitud, por cuya causa no pueden tener otro pasaje para aquella travesía, que aquel boquerón o distancia intermedia entre ambas islas: y continuando la defensa del pasaje, pasados ocho días, constreñidos de necesidad, el Capitán Segura dio vuelta con su compañía a la Asunción; y habiendo dado parte de este desacato al General Domingo de Irala, recibió de él grande indignación y enojo, e hizo propósito de castigarlo con todo rigor de justicia. En este tiempo tenía a los naturales de aquella provincia con mucha paz y quietud, y tan a su devoción y obediencia, que cualquier cosa por grave que fuese, siéndoles mandada de orden del General por cualquier español o indio, era ejecutada puntualmente, y así edificó en esta ciudad en muy breve tiempo una Iglesia, que hoy es la Catedral de aquel obispado, hecha de buena y bien labrada madera, las paredes de tapia bien gruesa y cubierta de tejas hechas de una dura palma, y otros edificios y casas consistoriales de consideración, que ennoblecieron aquella ciudad, de modo que estaba la República tan aumentada, abastecida y acrecentada en su población, abundancia y comodidad que desde entonces hasta hoy no se ha visto en tal estado; porque además de la fertilidad y buen temperamento del cielo, es abundante de caza pesquería y volatería, juntando la Divina Providencia en aquella tierra tantas y tan nobles calidades, que muy pocas veces se habrán visto juntas en un parte, como las que vemos en este país; y aunque al principio no se hizo el ánimo de fundar ciudad en aquel sitio, el tiempo y la nobleza de sus fundadores la perpetuaron. Está fundada sobre el mismo río Paraguay al naciente en tierra alta y llana, hermoseedada de arboleda, y compuesta de buenos y entendidos campos. Ocupaba antiguamente la población más de una legua de largo, y más de una milla de ancho, aunque el día de hoy ha venido a mucha disminución. Tiene a más de la Iglesia Catedral dos parroquiales, una de españoles llamada de Santa Lucía, y otra de naturales del Bienaventurado San Blas, a las que S. Santidad ha concedido muchas indulgencias plenarias; hay tres casas de religión: de Nuestro Padre San Francisco, Nuestra Señora de las Mercedes, y de la Compañía de Jesús, y un Hospital de españoles y naturales. La traza de esta ciudad no está ordenada por cuadras y solares iguales, sino en calles anchas y angostas, que salen o cruzan a las principales, como algunos lugares de Castilla. Es de sano temperamento, aunque bastante caluroso, por lo que suelen padecerse algunas calenturas y mal de ojos, resultas de los vapores y ardentía del sol, aunque se templaba mucho con la frescura de aquel gran río caudaloso, abundante de todo género de peces, así grandes como pequeños. Los campos provistos de muchas gamas, ciervos, jabalíes que vulgarmente llaman puercos monteses, y antas casi del tamaño de una vaca, de muy buena carne, tienen éstas una pequeña trompa, y un cerviguillo alto, que es la más gustosa carne de toda ella, y suelen cogerse en las lagunas y ríos, donde de ordinario viven muchos tigres, onzas, osos, y algunos leopardos, pero no muy carnívoros. Los montes se componen de mucha diversidad de árboles frutales, de frutos dulces y agrios, con que se sustentan y regalan los naturales, y

los campos de otros tantos y muy diversos. Es la tierra muy agradable en su perspectiva, y de mucha cantidad de aves hermosas y canoras, que lisonjean la vista y oído, así en las lagunas y arroyos, como en los montes y campos, en los cuales hay avestruces y perdices en mucha cantidad. Finalmente es muy abundante de todo lo necesario para la vida y sustento de los hombres, que por ser la primera fundación que se hizo en esta provincia, he tenido a bien tratar de ella en este capítulo, por ser madre de todos los que en ella hemos nacido, y de donde han salido los pobladores de las demás ciudades de aquella gobernación.

CAPÍTULO XV

Del proveimiento que S. M. hizo de este Gobierno en el Adelantado Juan de Sanabria

Después que Alvar Núñez Cabeza de Vaca llegó preso a Castilla, y se vio en el Consejo de S.M. su causa, como queda referido, algunos caballeros pretendieron este gobierno, como fue un noble valenciano hombre de caudal, a quien se le hizo merced de este proveimiento; pero luego se le opuso otro caballero vecino de Trujillo, llamado Juan de Sanabria, quien por sus méritos y calidades pidió a S.M. le hiciese merced de esta gobernación, de que resultaron entre ambos algunas pesadas diferencias, pasiones y desafíos, que no tocan al intento de mi historia: al fin tuvo S.M. a bien conceder al segundo la merced del gobierno con título de Adelantado, como los demás lo habían tenido, y estando en la ciudad de Sevilla, previniéndose de lo necesario para su armada, murió de enfermedad, quedando disipada su hacienda en los gastos del apresto; y por su fallecimiento quedó en la sucesión su hijo Diego de Sanabria, respecto de haber sido concedida esta merced a su padre por dos vidas; y porque en este tiempo le convino pasar a la Corte a algunos negocios que de nuevo se le ofrecieron, determinó que caminase la armada del puerto de San Lúcar, de donde se hicieron a la vela, y siguiendo su derrota por el año de 1552, en una nao y dos carabelas, en que venían doña Mencia Calderón, viuda del Adelantado Juan de Sanabria, y dos hijas suyas llamadas doña María y doña Mencia, llegaron a las Canarias. Venía por Cabo de la gente de esta armada Juan de Salazar de Espinosa, que por negociación que tuvo por medio del Duque de Braganza de quien había sido criado, consiguió licencia de S.M. para volver a esta provincia, con un aviso que se le dio en Portugal. Vinieron así mismo otros muchos caballeros hidalgos, entre los cuales venía Cristóbal de Saavedra, natural de Sevilla, hijo del Correo mayor Hernando de Trejo, y el Capitán Becerra, que traía su mujer e hijos en una nao suya y caminando por su derrota con felicidad, llegaron a tomar puerto a la costa del Brasil, y de allí vinieron a la isla de Santa Catalina, y a la laguna de los Patos, donde a la entrada de la barra de ella se perdió el navío de Becerra con todo cuanto traía, excepto la gente, que toda salió a salvamento, y habiendo llegado a tierra por algunas causas y pendencies que se ofrecieron entre Salazar y el Piloto mayor de la armada, fue depuesto del empleo y oficio, y eligieron por superior y cabeza al Capitán Hernando de Trejo, con cuyas revueltas se disgustó mucha parte de la gente, y se fue al Brasil; y viéndose Hernando de Trejo desamparado de ella, por hacer algún servicio a S.M. determinó establecer una población en aquella costa, y atrayendo los soldados que pudo, fundó el año 1553 un pueblo en el puerto de San Francisco, poniéndole su nombre. Es un puerto el más capaz y

seguro que hay en toda aquella costa, está en 25 grados poco más o menos, 30 leguas de la comarca que cae a la parte del Brasil, y otras tantas de Santa Catalina, que queda a la parte del Río de la Plata. Toda la costa es muy montuosa, y cercada de grandes bosques. Continuóse esta población con la asistencia de su fundador, que en este tiempo, se casó con doña María de Sanabria, de cuyo matrimonio hubieron al Reverendísimo señor don Fray Hernando de Trejo, Obispo de Tucumán. Puesta en efecto la población, se dirigió luego avisó a S.M. de lo sucedido, de que se dio por muy bien servido por ser ella una escala muy conveniente para la conquista y población de aquella tierra, y tránsito para el reino del Perú, y demás partes occidentales. El año siguiente padecieron los pobladores muchas necesidades y trabajos, y como toda la gente era de poca experiencia, no se daba maña a proveerse de lo necesario por aquella tierra, siendo tan abundante de caza y pesquería. Quienes más sintieron la penuria, fueron las señoras doña Mencia y sus hijas, y otras que estaban en aquella población, por cuyas persuasiones y continuos ruegos se movió Hernando de Trejo a desamparar aquel puesto, y dejar la fundación que tenía hecha; y conformándose todos en ello, se puso en efecto, determinando ir por tierra a la Asunción, para donde caminaron la mitad de la gente con las mujeres por el río de Itabuzú, y la demás por tierra hasta la falda de la sierra, con orden de juntarse cada noche en su alojamiento; y así caminaron muchas jornadas por el mismo camino de Cabeza de Vaca, hasta que un día una compañía de soldados de los que iban por tierra con el Capitán Saavedra, se extravió del camino para buscar yerbas, palmas y otras cosas de comer, y apartándose más de lo que debían, no se pudieron juntar después; y habiendo salido a buscarlos por aquellos bosques, los hallaron muertos de hambre a los pies de los árboles y palmas cuyas raíces habían querido sacar para comer.

Murieron en esta ocasión 32 soldados, y los que quedaron con el Capitán Saavedra, se juntaron con los del río, que iban con Hernando de Trejo. Y dejadas las canoas, subieron por una alta y áspera sierra, desde cuya cumbre descubrieron unos muy extendidos campos, todos poblados de indios, de quienes fueron muy bien recibidos, en especial de un cacique de aquella tierra llamado Tatúa, y atravesando aquel territorio, llegaron al río Iguazú, y de allí pasaron al de Latibajiba, que es de la provincia más poblada de indios Guaraníes que hay en todas aquellas partes, donde hicieron mansión muchos días, y prevenidos de los mantenimientos necesarios, partieron de allí continuando su derrota por unos grandes llanos, y fueron a salir a un pueblo de indios del cacique Sujabañe, que los recibió con mucha amistad, y buen hospedaje. Y de allí prosiguieron hacia el río Ubay a un pueblo de indios, que llaman el Asiento de la Iglesia, por haber edificado en él Hernando de Trejo una casa de oración para decir misa y doctrinar algunos indios. De aquí bajaron en balsas y canoas hasta otro pueblo de indios llamados Aguarães, arriba del pueblo de Roque, donde hallaron muy bien acogimiento, y abundancia de comida, por lo cual determinaron pasar allí algún tiempo, y aun con pretensión de hacer una fundación, dando aviso en el interín de todo lo que se les ofrecía, a Domingo de Irala, que ya tenía una cierta por el Brasil de como S.M. le había hecho merced de aquel gobierno. Pasados algunos meses, habiendo tenido correspondencia de la ciudad de la Asunción, se dispusieron luego a seguir su derrota, y después de una larga peregrinación atravesaron aquella tierra, y llegaron a la Asunción, donde el General Domingo de Irala pidió a Hernando de Trejo le diese la razón porque había despoblado el puerto de San Francisco;

y no habiéndole dado bastante satisfacción, le prendió y tuvo recluso, hasta tanto que llegase disposición de S.M. en este asunto.

En este mismo tiempo, llegaron por el río Paraná abajo cierta gente de la que estaba en el Brasil y con ella el Capitán Salazar, y Ruy Díaz de Melgarejo, marido de doña Elvira de Contreras, hija del Capitán Becerra, como queda referido, y otros hidalgos portugueses y españoles como Scipion de Goes, Vicente Goes, hijos de un caballero de aquel reino llamado Luis Goes: éstos fueron los primeros que trajeron vacas a esta provincia, haciéndolas caminar muchas leguas por tierra, y después por el río en balsas; eran siete vacas y un toro a cargo de un fulano Gaete, que llegó con ellas a la Asunción con grande trabajo y dificultad sólo por el interés de una vaca, que le señaló por salario, de donde quedó en aquella tierra un proverbio que dice: son mas caras que las vacas de Gaete. Llegados ante el General el Capitán Ruy Díaz Melgarejo y Salazar, fueron muy bien recibidos sin hacer memoria de las antiguas diferencias, que entre ellos habían tenido.

CAPÍTULO XVI

De la entrada de don Fray Pedro de la Torre, primer Obispo de esta Provincia, y lo que proveyó S. M.

Muchos días había que se tenía noticia por los indios de abajo, como habían llegado de España ciertos navíos que estaban en la boca del Río de la Plata, cuya nueva se tenía por cierta, puesto que la distancia del camino era grande, mas con mucha facilidad los naturales de aquel río se dan avisos unos a otros por humaredas y fuegos con que se entienden. Y estando Domingo de Irala ausente de la ciudad en este tiempo, de donde había salido, con destino de hacer tablazón y madera para construir un navío de buen porte para enviarle a España, a cuyo efecto llevó dos oficiales y gente necesaria: llegó a la capital una canoa de indios llamados Agaces con aviso de que en la Angostura de aquel río quedaban dos navíos uno grande, y otro pequeño; a cuya noticia salieron algunas personas al reconocimiento de quiénes eran los que venían. Encontráronse 6 leguas de la ciudad, y vieron al Ilustrísimo señor don Fray Pedro de la Torre, a quien como a tal Prelado besaron con mucha humildad las manos. Venía de General por S.M. Martín de Orué, que había ido a la Corte de Procurador de la Provincia, y volvía a costa de S.M. trayendo tres navíos de socorro con armas, municiones y demás menesteras con el nuevo Prelado.

Toda la gente de aquella ciudad recibió de ello mucha alegría, previniendo un solemne recibimiento a su Pastor, el cual llegó a este puerto, y entró en la Asunción el año de 1555, víspera del Domingo de Ramos, con grande regocijo y común aplauso de toda la República: traía el Ilustrísimo cuatro clérigos sacerdotes, y otros diáconos y de menores órdenes, y muchos criados de su casa, la cual venia muy proveída y bien ordenada, porque S.M. le había hecho merced de mandarle dar una ayuda de costa para el viaje, y más de cuatro mil ducados en ornamentos pontificiales, campanas, libros, santorales, y otras cosas necesarias para el culto divino, que todo sirvió de gran ornato y lustre para aquella República. Venían también algunos hidalgos y hombres nobles, que todos fueron

bien recibidos y hospedados. El buen Pastor con paternal amor y cariño tomó a chicos y grandes bajo su protección y amparo con sumo contento de ver tan ennoblecida aquella ciudad con tantos caballeros y nobles, de modo que dijo que no debía cosa alguna a la mejor España. Halláronse once clérigos sacerdotes muy honrados: el Padre Miranda, Francisco Homes Paniagua, que después fue Deán de aquella Iglesia, el Padre Fonseca, capellán de S.M., el Bachiller Hernán Carrillo de Mendoza, Padre racionero, que lo era de la ciudad de Toledo, Antonio Escalera, el Padre Martín González, el Licenciado Andrade, y otros de quienes no hago mención, con dos religiosos de San Francisco llamados Fray Francisco de Armenia, y Fray Juan Salazar, y de la Orden de Nuestra Señora de Mercedes otros dos, todos los cuales juntamente con los ciudadanos nobles y caballeros de la República recibieron con la debida solemnidad a su nuevo Obispo, de que luego enviaron a dar aviso al General, que recibió igual gozo, y con él luego partió a la ciudad, donde humildemente se postró a los pies de su Pastor, vertiendo lágrimas de gozo, y recibió su bendición, dando gracias a Nuestra Señora por tan gran merced como todos recibían de su mano con aquel socorro y auxilio. Luego el Capitán Martín de Orué le entregó el pliego que traía cerrado y sellado de S.M., duplicado de otro que por la vía del Brasil se le había despachado con Esteban de Vergara su sobrino, de quien ya se tenía noticia cierta de como venía por tierra, y llegó pocos días después con los mismos despachos, y otros que S.M. y Real Consejo enviaban para el gobierno de esta provincia, como adelante se expresara en los sucesos siguientes.

LIBRO III

De los discursos de esta conquista desde el año 1555 en que S. M. hizo merced de esta Gobernación a Domingo Martínez de Irala hasta la prisión del general Felipe de Cáceres, y fundación de la ciudad de Santa Fe.

CAPÍTULO I

De la publicación de las cédulas de S.M. y de lo que en su virtud hizo el Gobernador Domingo Martínez de Irala

Aunque las cosas de esta provincia, y los sucesos han sido tan diferentes y adversos, he procurado reducirlos a un breve compendio, cuanto me ha sido posible, y por no haberlo podido conseguir algunas veces, me ha sido forzoso alargarme algo más por dar alguna noticia, que ocurre conducente al sentido de mi historia para manifestar algo de lo mucho que el tiempo ha borrado de la memoria, tanto de lo que ha acaecido en esta provincia, como en las otras comarcas, que más de una vez hacen a mi propósito, y así me ha sido preciso en la narración a veces hacer algunas interrupciones, ya que de las circunstancias, ya de los tiempos en que acaecieron, hasta que concluida vuelvo al hilo de la historia. Luego que Domingo Martínez de Irala recibió los pliegos, cédulas y demás providencias de S.M., convocó a los Oficiales Reales y demás capitulares de la República, y en presencia de todos fue leída la cédula de S.M., en que se hacía merced del gobierno de

aquella provincia, en cuyo obediencia luego fue recibido al ejercicio y administración de tal empleo, y demás privilegios que se le concedían, con aplauso universal. Leyéronse así mismo otras cédulas y provisiones que venían a favor de los conquistadores, como era haberseles de encomendar los indios, nombrar personas suficientes para el Consejo, oficiales de Real hacienda, y finalmente para hacer todas las ordenanzas necesarias al provecho y utilidad, así de los españoles, como de los indios de aquella jurisdicción para encomendarlos como estaba dispuesto, para lo que se determinó que saliesen cuatro personas a empadronar los indios de toda la jurisdicción don toda distinción, tomando cada uno diferente camino; y habiendo vuelto con sus padrones, se halló el número de 27.000 indios de armas situados en 50 leguas circulares al norte y sur, etc., hasta el río Paraná, excepto los que estaban al oeste, que por ser de diferentes naciones tan bárbaras no se pudieron empadronar y repartir por entonces, por cuya causa y la de ser muchos los conquistadores no pudo acomodarlos, sino en poca cantidad, de que se lastimó no poco el Gobernador por no haber podido complacer su genio, que era naturalmente largo y generoso, e inclinado a hacer bien a todos, con que vino a ceñirse a gratificar a los que pudo según las ventajas de sus méritos; éstos fueron 400, dando a unos 30, a otros 40, y dejando a los demás para beneficiarlos en otras poblaciones y conquistas, que en adelante ocurriesen, porque con el corto número de indios, no le fue fácil gratificar a todos a proporción de los grandes trabajos, que les había visto pasar, y de modo que pudiesen darles los indios necesarios para una regular congrua; y verificado el repartimiento, hizo para el buen régimen de indios y encomenderos ciertas ordenanzas, que hasta hoy se observan, por haberlas confirmado S.M. Hizo así mismo Alcaldes ordinarios, que fueron Francisco Ortiz de Vergara, y el Capitán Juan de Salazar de Espinosa, Regidores y Alcaldes de la Hermandad. Nombró por Alguacil Mayor de la provincia a Alonso Riquelme de Guzmán, y por su Teniente General al Capitán Gonzalo de Mendoza. Con estas elecciones y estatutos estaba la República en este tiempo en el mejor establecimiento que jamás se había visto, y con aquel régimen y buen gobierno cada uno procuraba contenerse en los límites de su esfera, a proporción de su calidad y obligación: señaláronse también diputados y examinadores para cada gremio de artes y oficios necesarios a la República. Señaláronse dos maestros de niños, a cuya escuela iban más de 2.000 personas, teniendo particularísimo cuidado en su enseñanza que recibían con mucha aplicación. Estaban al fin todas las cosas en tan buen estado, que aquel Ilustrísimo Prelado varias veces dijo en el púlpito que estimaba en más aquel obispado, de que S.M. le había hecho merced, que el mejor de Castilla. Determinóse así mismo cuidar de lo espiritual con tanto fervor y caridad del Prelado y demás sacerdotes, que todos parecían uno solo en sus dictámenes y voluntad, haciendo cuanto a este santo fin era conducente; a todo concurría el Gobernador y Cabildo puntualmente, al común beneficio espiritual de los españoles e indios de toda la provincia, de modo que con grande uniformidad, general aplauso y aplicación se dedicaron al culto divino, exaltación de N.S. Fe, y enseñanza de la doctrina cristiana.

CAPÍTULO II

De cómo el Capitán Pedro de Segura Zavala fue enviado por el Gobernador al despacho de la nao que vino de Castilla, y quedó en el puerto de San Gabriel

Pocos días después de la llegada de Martín de Orué con el Obispo don Fray Pedro de la Torre, llegó también del Brasil Esteban de Vergara con el duplicado del pliego de S.M., que antes dijimos, traía también otras cédulas, y Reales ordenanzas en conformidad de las nuevas hechas por S.M. en Barcelona para el buen gobierno de las Indias con algunas bulas pontificias, e indulgencias concedidas a las iglesias y cofradías de esta ciudad en especial a la de Santa Lucía, o Encarnación, de que recreció en todos los fieles suma devoción y consuelo, y habiendo de dar cuenta a S.M. del estado de la tierra en la nao que quedó en la boca del Río de la Plata en la isla de San Gabriel, fue enviado el Capitán Pedro de Segura Zavala con los pliegos que se enviaban al Rey a su Real Consejo, y para que bajo de su orden fuesen los pasajeros que habían de ir a Castilla, y que trajese todo lo que S.M. había enviado de socorro para esta conquista, como armas y municiones que habían quedado en la nao. A este fin salió de la ciudad en un bergantín con buena compañía de soldados: llevaba consigo al Capitán García Rodríguez, y don Diego de Barúa del orden de San Juan, que iban a España, el primero de orden del Rey, y el segundo llamado de su gran Maestre, para lo cual y todo lo demás que de la Real hacienda se había de traer, se le dio por el Gobernador y Oficiales Reales a Pedro de Segura comisión bastante, en cuya virtud, habiendo llegado donde estaba la nao, proveído de lo necesario, embarcó en ella la gente y pasajeros, entre los cuales iba José Jaime Resquin, de quien en otro lugar hicimos mención. Este luego que llegó a Castilla consiguió despacho para Gobernador de esta provincia, y por ciertos sucesos que tuvo en el mar, no llegó con su armada, siendo una de las más numerosas, que habían salido para esta conquista. Despachada la nao, volvió el Capitán Segura con su bergantín río arriba, trayendo consigo los sujetos que habían venido de Castilla, que quedaron en guardia en la nao: de éstos era el capitán Gonzalo de Acosta, que traía dos hijas, de las cuales casó una con el Contador Felipe de Cáceres. Este hidalgo portugués había ido a Castilla por Capitán de la Carabela, en que llevaron preso a Alvar Núñez Cabeza de vaca, y por orden de S.M. volvió de Piloto Mayor de la armada del obispo.

Llegado que fue el Capitán Pedro de Segura a la Asunción con las armas y municiones de cuenta de S.M., fueron repartidas muchas de ellas a los soldados y personas que las hubieran menester en precios moderados con acuerdo del Gobernador y Oficiales Reales. Después determinó el Gobernador despachar a Nuño de Chaves a la provincia de Guairá a reducir a aquellos naturales y remediar los continuos asaltos de los portugueses del Brasil, que los venían a llevar para esclavizarlos. Caminó Nuño de Chaves con una compañía de soldados, que llegó al Paraná, procurando conservar la paz con aquellos naturales. Pasó adelante, y entró por otro río que viene de la costa del Brasil, llamado Parapanané, que es muy poblado de grandes y gruesos pueblos de indios, de quienes fue bien recibido: y dejando este río, navegó por otro que entra a mano derecha llamado Latibajiba, que es muy caudaloso y rápido, con muchos saltos y arrecifes, y pasando por los pueblos que están a sus márgenes llegó a los fronterizos que estaban cercados con fuertes palizadas a precaución de sus enemigos los Tupíes y Tobayaraes del Brasil y de los portugueses de aquella costa, donde habiéndoles asegurado con cartas y papeles, que les dio para aquella gente, volvió por otro río, y saltando en tierra en los pinales de aquel territorio, visitó los indios que por allí había, y puso freno a la libertad y malicia de sus enemigos. Hecho esto, dio vuelta por otro camino, y llegó a una comarca de indios

llamados Peabeyúes: éstos cierto día acometieron al Real de los nuestros en gran número a persuasiones de un hechicero, que ellos tenían por Santo, llamado Cutiguará, que les dijo que los españoles traían consigo pestilencia y mala doctrina, por lo cual se habían de perder y consumir, y que toda su pretensión era quitar a los indios de sus mujeres e hijas, reconocer aquellas tierras para poblarlas después, con lo cual se determinaron para el asalto con tanta confianza del vencimiento, que descubiertamente se pusieron en campaña, y atacaron a los españoles, acomentiéndolos con tanta furia, que a no haber estado en tan buen sitio, y tan fortificados, aquel día los hubieran acabado; mas defendiéndose los nuestros con gran valor, fue Dios servido sacarlos de aquel aprieto, en que murieron muchos indios, y sólo fueron muertos tres soldados españoles. Saliendo de este distrito, bajaron a unos grandes palmares, que cortan aquella tierra muy ocupada de pueblos de indios, con quienes tuvo algunos encuentros, y pacificándolos con buenas razones y dádivas los redujo y dejó en paz y quietud, trayendo consigo algunos principales a la ciudad de la Asunción, donde todos fueron muy bien recibidos por el Gobernador.

CAPÍTULO III

De las poblaciones, que en este tiempo mandó hacer el Gobernador, y las cosas que en ellas acaecieron

Habiendo considerado Domingo Martínez de Irala la mucha gente española, que había en la tierra, y la poca comodidad que tenían por no haberles cabido parte de las encomiendas de indios que había repartido en aquella ciudad: acordó de lo que sobre el asunto debía hacer, y consultando con el prelado, oficiales reales y demás capitulares, fue resulto se hiciesen algunas poblaciones, donde se pudiesen acomodar los que habían quedado sin parte. Con esto se determinó hacer una en la provincia del Guairá por ser escalón y pasaje del camino del Brasil, reduciendo a un cuerpo la poca gente que allí había quedado de la villa de Ontiveros, con la que de nuevo se despachasen para esta fundación, la cual fue cometida al capitán Rui Díaz Melgarejo. Otra fundación se dispuso hacer en la provincia de los Jarayes en el Río del Paraguay arriba, 300 leguas de la Asunción, por ser uno de los mejores territorios aquel gobierno y más vecino al Perú, y además con las noticias de riquezas que tenía de aquella parte, para cuyo efecto el gobernador nombró a Nuño de Chaves por general. Para poner estas disposiciones en efecto se alistaron los vecinos, y dispuestas las cosas, partió el capitán Melgarejo con cien soldados, y llegado felizmente al Paraná, pasó a la otra parte a los pueblos del Guairá, y habiendo especulado la disposición del terreno, hizo su fundación tres leguas más arriba de la villa de Ontiveros con título de Ciudad Real, donde agregó toda la gente que antes había quedado en la cercanía de aquel peligroso salto, por haber contemplado ser mejor el sitio en que se hacía esta fundación, que el de la villa de Ontiveros. Empezóse ésta a los principios del año 1557 en sitio rodeado de grandes bosques y arboledas sobre el propio río Paraná en la boca del río Pequirí. Es el temperamento poco sano, porque a más de los vapores que salen de los montes, está bajo el trópico de Capricornio, por cuya causa es muy nocivo el calor del sol, y causa en el otoño fiebres agudas, y pesadas modorras; aunque los naturales no son muy afligidos, y las sobrellevan mejor que nosotros, y así se halló aquel

río muy poblado de ellos, supliendo esta incomodidad la abundancia de caza, pesquería y todo género de volatería que allí hay. Algunos de aquellos pueblos, llegado el tiempo de las enfermedades, se retiran a otros ríos, que vienen de tierra adentro, que también están poblados de otros indios, y es de más saludable constelación por estar en más altura. Empadronáronse en aquella provincia en todos los ríos comarcas a esta ciudad cuarenta mil fuegos, que se entiende cada fuego por un indio con su mujer e hijos, aunque siempre corresponde a muchos más, los cuales fueron encomendados a setenta vecinos, que por algunos años los tuvieron con gran sosiego, siendo tratados los encomenderos con gran respeto de los naturales y muy abastecidos de los frutos de la tierra, como vino, azúcar, algodón, lienzo y cera: siendo sus telares tenidos en mejor reputación que todos los de aquella gobernación, hasta que con el transcurso del tiempo fue faltando el servicio personal de los naturales por causa de los continuos asaltos que les daban otros indios enemigos por el río, con que vino la ciudad a gran disminución y miseria, como adelante se dirá, con otras cosas que en aquella tierra sucedieron.

CAPÍTULO IV

De la salida del capitán Nuño de Chaves a la población de los Jarayes, y sucesos de ella

Habiéndose aprontado el capitán Nuño de Chaves para la fundación que se la había encomendado, con toda la gente que se le ofreció ir acompañándole, salió de la Asunción el año de 1557 con 220 soldados, y más de 1.500 amigos, buen número de caballos, y bien proveído de armas y municiones; y embarcados los que iban por el río en 12 barcos de vela y remo, y muchas canoas y balsas, y navegaron felizmente, y los demás que fueron por tierra, siguieron su viaje hasta el puerto de Italin, donde se embarcaron juntamente con los indios amigos que llevaban, hasta reconocer la tierra de los Guayarapos, los cuales salieron de paz en sus canoas, y pasando adelante llegaron a las bocas de dos o tres ríos o lagunas, y no acertando a tomar el principal de su navegación, entraron por uno llamado Aracay, río poblado de muchos indios canoeros llamados Guatos, los cuales logrando la comodidad que se les ofrecía, determinaron hacer más celada, metiendo sus canoas debajo de grandes envasados de eneas y cañahejas, que hay por aquel río; y encubriéndose allí mucha cantidad de indios, aguardaron que pasase toda la fuerza de la armada, y repentinamente salieron de la celada, y acometieron por la retaguardia, donde mataron 11 españoles y más de 80 indios amigos, con que se trabó una reñida pelea entre unos y otros. Los enemigos se retiraron victoriosos del combate, que fue el 1º de noviembre, día de Todos los Santos, aciago en aquella provincia. Y tornando la armada a tomar el río principal, prosiguieron adelante con continuos asaltos que les daban aquellas naciones, principalmente los payaguaes. Pasaron el puerto de los Reyes, y llegaron a la isla de los Orejones, donde descansaron algunos días; y de allí prosiguieron al puerto de los Jeravayanes, provincia de los Jarayes, y saltaron a tierra muy contentos de su buen temple y disposición, aunque no hallaron sitio tan acomodado como convenía, y así fue determinado por Nuño de Chaves correr primero aquella tierra, y buscar planta para su fundación. Salió con toda la gente de su armada tierra adentro, dejando al cuidado de los indios Jarayes todas las embarcaciones, pertrechos y vituallas, que no pudieron cómodamente llevar, y entrando por aquel territorio, llegaron a un pueblo muy grande

llamado Paisurí, nombre del indio principal de aquella comarca, el cual salió a recibirlos de paz; y prosiguiendo su camino, llegaron a los pueblos de los indios Jaramasis, donde se detuvieron algún tiempo hasta la cosecha del maíz, y después salieron de este distrito, fueron revolviendo al poniente por algunos lugares y pueblos naturales, de quienes tomaron lengua, y algunas noticias de riquezas, mucho oro y plata, y que por aquella frontera y serranías del Perú había indios Guaraníes llamados Chiriguanas, con cuya noticia caminó el general con su campo por unos bosques muy ásperos en demanda de los llamados Trabasicosis, por otro nombre Chiquitos, no porque lo sean, sino porque viven en casas muy pequeñas y redondas, y es gente muy belicosa e indómita, con quienes tuvieron varios reencuentros y escaramuzas, procurando impedir el paso a los nuestros, y se les antepusieron en una fuerte palizada, convocándose para ello todos los indios de aquella comarca; y visto por el general y demás capitanes, determinaron atacarlos, y ganarles el fuerte, dominando su soberbia para ejemplo de las demás naciones, sin embargo de saber la muchedumbre de su gente y flechería de palos venenosísimos, teniendo también emponzoñadas las puntas de sus dardos y picas, hechas de palos tostados, y muchas y agudas puntas clavadas en la tierra alrededor de la palizada, circulada de fosos, y trincheras bien dispuestas. Determinado el asalto, llegaron los nuestros hasta la palizada a pie y a caballo, matando a cuantos toparon, rompiéndola por muchas partes hasta ponerse dentro, donde fue sangriento y obstinado el choque, que se tuvo con aquellos feroces indios, que al cabo de larga resistencia fueron vencidos, y salieron muchos huyendo a otros pueblos vecinos. Hízose una grande presa de hombres y mujeres, aunque a mucha costa, porque a más de los indios y españoles que allí quedaron muertos salieron muchos heridos, como también la mayor parte de los caballos, que poco después murieron rabiando del veneno: por cuya causa, y la de estar muy distante el puerto, donde habían dejado las embarcaciones, trataron de retroceder hacia los Jarayes, como a lugar que se les había señalado para la población, como se lo propusieron y pidieron a Nuño de Chaves, quien de ningún modo quiso asentir a ello por pasar a los confines del Perú, con intento, según se entendió, de dividirse del gobierno del Río de la Plata, y hacer otra distinta provincia, en que él fuese Superior, como adelante lo veremos.

CAPÍTULO V

Cómo en este tiempo murió el gobernador Domingo Martínez de Irala, y lo que sucedió a Nuño de Chaves

Luego que partió de la Asunción Nuño de Chaves para su destino, salió el gobernador a ver lo que hacía su gente, que trabajaba en la madera y tablazón en un pueblo de indios para acabar una hermosa iglesia y sagrario, que se hacía para Catedral, y estando en esta diligencia, adoleció de una calentura lenta, que poco a poco le consumía, quitándole la gana de comer, de que le resultó un flujo de vientre, que le fue forzoso venir a la ciudad en una hamaca, porque no podía de otro modo; y habiendo llegado, se le agravó el achaque, tanto que luego trató de disponer las cosas de su conciencia lo mejor que pudo y era menester, y recibidos los Santos Sacramentos con grandes muestras de su cristiandad, murió a los siete días que llegó a la ciudad, teniendo a su cabecera al Obispo y otros sacerdotes que le ayudaron en aquel trance. Fue el general el sentimiento en toda la

ciudad y su comarca, de modo que todos, así españoles, como indios gritaban: "Ya murió nuestro padre, ahora quedamos huérfanos". Hasta los que eran contrarios al gobernador hicieron demostraciones no esperadas de sentimiento. Dejó en el gobierno de esta provincia por Terrateniente General a su yerno Gonzalo de Mendoza, que luego después del entierro, fue recibido por tal en el Cabildo con común aplauso, por ser un caballero muy honrado, afable, discreto, imparcial y querido de todos. Este procuró con gran cuidado llevar adelante las cosas empezadas por el gobernador. A los capitanes pobladores despachó cartas de lo que se debía hacer, ofreciéndoles el socorro y ayuda conveniente. Nuño de Chaves había dispuesto ceder a las instrucciones que le había dado el gobernador, de modo que lo habían entendido sus soldados, por lo que estaban resueltos a volver a los Jarayes, de que resultaron no pequeñas diferencias, hasta que la mayor parte de la gente que estaba dividida de él, hizo un requerimiento que por ser de nuestro propósito lo quise copiar.

Los vecinos y moradores de la Asunción y los demás que de ella salimos para la provincia de los Jarayes, y en nombre de los ausentes y heridos que aquí no parecen, por los cuales a mayor abundamiento prestamos voz y caución, por serlo de suso contenido en servicio de Dios Nuestro Señor, de S.M y bien general de este campo, en la forma que más en derecho haya lugar; pedimos a vos, Bartolomé Gonzáles, escribano público de número de estas ciudades y provincias del Río de la Plata, nos deis por fe y testimonio, en manera que haga fe, lo que en este nuestro escrito pedimos y requerimos al muy magnífico Señor capitán Nuño de Chaves, que está presente, como ya su merced sabe, y a todos es notorios, como por acuerdo y parecer del Reverendísimo señor don Fray Pedro de la Torre, Obispo de estas provincias, y de los muy magníficos señores oficiales reales de S. M que residen en la dicha ciudad de la Asunción, el Ilustre Señor Gobernador Domingo Martínez de Irala, le dio facultad y comisión, para que saliese a poblar la provincia de los Jarayes, y por su merced aceptada nos ofrecimos con nuestras personas, armas y haciendas a servir a S.M. en tan justa demanda, como más largamente se contiene en los tratados y capitulaciones que se hicieron, a que nos remitimos, en razón de lo cual por servir a Dios Nuestro Señor, y a la Real Majestad, fuimos movidos a salir de la dicha ciudad de la Asunción con el dicho señor General en nuestros navíos y canoas, armas, municiones, caballos e indios de nuestros repartimientos con las demás cosas necesarias, para sustento de la dicha población: y habiendo navegado por el río arriba del Paraguay después de muchos trabajos, muertes, pérdidas y desgracias, llegamos con su merced a los 29 del mes de julio del año próximo pasado de 1557, a los dichos Jarayes y puerto de los Jaravayanes, donde creímos se hiciese dicha población, y después de vista y considerada la tierra, y el tiempo estéril, y necesidades que se representaron por acuerdo y parecer que el dicho señor general tomó, fue resuelto se buscase sitio y lugar conveniente para el sustento y perpetuidad de dicha población: y así salió con este intento con toda la armada por fin del mes de agosto dejando en el dicho puerto 15 navíos, ocho anegados y siete varados, y todas las canoas y demás pertrechos que se traían, con cantidad de ganados mayores bajo la confianza y recomendación de los Jarayes por la satisfacción y antigua amistad que con ellos se ha tenido, y puestos en camino con diversos sucesos, llegamos al pueblo del Paisurí, indio principal que nos recibió con amistad, y de allí al de Povocoigí, hasta los pueblos Saramacosis, donde estuvimos, hasta tanto que los mantenimientos y sembrados granasen, en el cual asiento su merced tomó

relación de los indios Guaraníes, y de otros que habían sido sus prisioneros, de las secretas disposiciones de la tierra, y de las que comúnmente llamamos la gran noticia, en cuyas fronteras se decían estaban poblados los dichos Guaraníes, donde todos entendimos se haría la población en los términos de los indios Travasicosis que por otro nombre llamamos Chiquitos; no porque ellos lo sean sino porque viven en sus casa pequeñas y redondas, y concurrían las calidades que convenían a la dicha fundación, por lo cual su merced informándose del camino, vino con toda la gente en demanda de los pueblos Guaraníes, y del cacique que se dice Ibiraiipi, y el más principal Peritaguá, y de donde llevando los dichos indios por guías, llegamos a este territorio, donde al presente estamos, reformando la gente española, indios amigos y caballos de los trabajos y peligros pasados, y por ser los naturales de este partido la más mala gente, feroz e indómita de cuantas hasta ahora se han visto, no han querido jamás venir a ningún medio de paz, antes los mensajeros, que para ello les han enviado, se los han muerto, despedazado y comido, procurando por todas las vías posibles, echarlos de la tierra, inficionando las aguas, sembrando por todas las partes púas y estacas emponzoñadas de yerba mortal, con que nuestra gente ha sido herida y muerta. Y así mismo han hecho sus juntas y llamamientos, y venido sobre nosotros con mano armada, a los cuales hemos resistido con la ayuda de Nuestro Señor, no sin notable daño ni perjuicio de nosotros y de los caballos, e indios que traemos por nuestros amigos, de manera que su merced, el señor general, por salir de la contienda de esta gente, informando que más adelante había otras poblaciones de indios más benévolos, llamados Caguaimbucúes, dando lado a los enemigos de esta comarca, y con guías que para ello se buscaron, partió con todo el campo, y habiendo caminado dos días por despoblado, creyendo todos que íbamos dando lado a los inconvenientes de la guerra, al tercero día los que venían de vanguardia, se hallaron dentro de una gran población, y en un camino raso vieron un fuerte rodeado de un gran foso, y de lanzas y púas venenosas sembradas alrededor, con gran número de gente para su defensa y resistencia, donde tomando alojamiento, se les envió a requerir de parte de S.M. con la concordia y amistad, que no quisieron admitir; mas antes por oprobio e injuria nuestra mataron a los mensajeros, y salieron fuera de la palizada y fuerte, y retaban a pelear y escaramuzar, tirando muchas flechas con amenazas y fieros, por lo cual su merced, y los demás capitanes fueron de parecer romper con ellos, y castigar la indómita fiereza de esta gente, porque de otra forma, crecerían en soberbia y atrevimiento, y en cada paso nos saldrían a los caminos, recibiendo mucho daño de ellos, y así llegó el día de acometerlos a pie y a caballo, y puesto en efecto y con gran riesgo de las vidas y resistencias de los enemigos, les entramos y ganamos su fortificación, y rompimos la palizada, donde lanzados con muerte de mucho número de ellos, fueron puestos en sujeción y dominio, tan a costa de nuestra parte, que demás de los que allí murieron, fueron heridos más de cuarenta españoles, y más de cien y tantos caballos, y setecientos indios amigos, de los cuales heridos, por ser la yerba tan ponzoñosa y mortal, en doce días fallecieron diez y nueve españoles, trescientos indios y cuarenta caballos sin que haya juicio de los que en adelante corren este peligro, si la Majestad de Dios no lo remedia. Por cuyas causas y por las que cada día pueden suceder, si en esta cruelísima tierra nos detuviésemos y por ella caminásemos, siendo, como todos dicen, los más de esta comarca de peor condición, y estando nuestro campo en grande disminución, de que se presume que, pasando adelante, nos desampararán los indios amigos, que traemos en nuestra compañía, de que puede resultar total ruina y perdición de todos los que a esta jornada hemos venido. Por tanto,

unánimes y conformes requerimos al señor General una, dos y tres veces, y tantas cuantas en el caso se requieren, que con toda la brevedad posible se retire y salga de esta tierra con la mejor orden y seguridad que convenga, y vuelva por el camino que vino, y se vaya y asiente en tierra pacífica y segura, como son las que antes hemos dejado, para que convalecidos y reforzados de los trabajos y riesgos pasados se pueda consultar con deliberado consejo lo que más convenga al servicio de Dios y de S.M. y si con todo su merced perseverase en pasar adelante, como se ha entendido, le protestamos las muertes, daños, pérdidas y menoscabos, que en tal caso se siguieren y recibieren, así los españoles como los indios amigos y naturales, y ponemos nuestras personas, haciendo feudos y encomiendas que de S. M tenemos, debajo de la protección de su Real amparo y cumplimiento de la orden e instrucción, que le fue dada y cometida para el efecto de la población y sustento de ella, para lo cual todos estamos dispuestos y conformes a observar y cumplir lo que en este caso debemos y estamos obligados, todo lo cual que dicho es, pedimos a vos el presente escribano nos lo deis por testimonio en pública forma, de manera que haga fe para presentarla ante S.M., y en los demás tribunales, donde viéremos que más nos convenga, y a los presentes rogamos nos sean testigos, y lo firmamos de nuestros nombres. Rodrigo de Osuna, López Ramos, Melchor Díaz, Pedro Méndez, Diego de Zúñiga, Francisco Díaz, Diego Bravo de la Vega, Juan Hurtado de Mendoza, Andrés López, Martín Notario; Francisco Álvarez Gaitán, Rodrigo de Grijalva, Francisco Rodríguez, Antón Conejero, Juan Riquelme, Bernabé González, Juan de Pedraza, Pedro de Sayas Espeluzza, Antonio de Sanabria, Vasco de Solís, Julián Jiménez, Antonio de Castillo, Diego de Peralta, Juan Vizcaíno, Diego Bañuelos, Gabriel Logroño, Nicolás Verón, Juan de Quintana, Bartolomé Justiniano, Cristóbal de Alzate, Baltasar García, Alonso Hernández, Pedro Coronel, Diego de Tobalma, Juan Ruiz, Bartolomé de Vera, Juan Barrado, Bernardo Genovés, Juan Campos, Alonso López de Trujillo, Francisco Sánchez, Pedro Campuzano, Alonso Portillo, Juan Calabres, Francisco Bravo, Pedro Cabezas, Alonso Parejo, Pantaleón Martínez, Alonso Fernández, Blas Antonio, Juan López, Hernando del Villar, Antonio Roberto, Francisco Delgado, Diego Díaz Adorno, Juan Salgado, Gonzalo Casco, Pedro de Segura.

Hecho este requerimiento al general Nuño de Chaves, como va expresado, no fue bastante a hacer lo que los más de su comitiva le pedían y requerían, antes con gran indignación, respondió determinadamente que de ninguna manera daría vuelta para el puerto, sino continuar el descubrimiento de aquella tierra, pasando adelante, como pretendía; de aquí nació el que la gente se dividiese luego en dos partes: la una y más principal, bajo las órdenes de Gonzalo Casco, a quien nombraron por caudillo, y se le agregaron más de 140 soldados. Poco más de 60 quedaron a las órdenes del general, a quien no quisieron desamparar.

CAPÍTULO VI

De lo que sucedió al general Nuño de Chaves después de la división de su armada

La Provincia de Santa Cruz de la Sierra fue descubierta por Juan de Ayolas y después pasaron por ella otras muchas armadas de la provincia del Río de la Plata, como queda

expresado en esta historia, hasta esta última vez en que hizo su viaje Nuño de Chaves, lo que por ser perteneciente a esta historia, y donde más largamente se consumieron las fuerzas, armas y naturales de aquel gobierno, trataré de esta materia con la posible brevedad.

Partidos los soldados del campamento de Nuño de Chaves, bajo la conducta de Gonzalo Casco, hacia el puerto donde había dejado sus navíos, el capitán Nuño de Chaves caminó con el resto de la gente hacia la parte del occidente con tanto valor y determinación, como si llevase un poderoso ejército, y pasando por varios y grandes pueblos de indios, llegó al del Guapay, y pasando a la otra parte a los llanos de Guilguerigota, envió a llamar a los Guaraníes, o Chiriguanas, a tiempo que había llegado del Perú un capitán llamado Andrés Manso con buena compañía de soldados, con comisión de poblar aquella tierra por orden del Marqués de Cañete, Virrey que fue del Perú. Este, con la noticia de la entrada de Nuño de Chaves caminó a largas jornadas hasta dar con él, donde tuvieron grandes diferencias sobre el derecho de esta conquista, diciendo Andrés Manso que toda aquella tierra pertenecía a su gobierno, concedida por el Exmo. Señor Virrey de aquel Reino. El capitán Nuño de Chaves alegaba que le pertenecía este derecho, así por la antigua posesión, que los del Río de la Plata tenían de aquella conquista, como la comisión y facultad que traían de poblarla y conquistarla. En estas competencias estuvieron ambos capitanes algunos días, hasta que la Real Audiencia de la Plata, avisada del caso, dio orden de componerlos, para lo cual fue enviado Pedro Ramírez de Quiñones, Regente de aquella Audiencia, que les puso término y límite, para que cada uno conociese lo que le tocaba de jurisdicción, con que estuvieron muchos días los dos capitanes no muy distantes entre sí. En este tiempo determinó Nuño de Chaves pasar al Perú, y de allí a la ciudad de los Reyes a verse con el Virrey, dejando por su lugar Teniente a Hernando de Salazar, que era casado con la hermana de su mujer, el cual habiendo adquirido la voluntad de los soldados de Andrés Manso, y trabajando amistad con ellos, mañosamente le prendió en cierta cordillera, y preso, le despachó al Perú, agregando a su campo los soldados de Andrés Manso, de modo que estaba este campo bien aventajado para cualquier efecto. Llegado Nuño de Chaves a la ciudad de los Reyes, dio cuenta al Marqués de Cañete del estado de aquella conquista, que decía era muy rica y abundante de gente, que le obligó a que diese el gobierno a don García de Mendoza, su hijo, el cual luego nombró por su Teniente General a Nuño de Chaves, así por sus méritos y servicios, como por estar casado con doña Elvira de Mendoza, hija de don Francisco, por cuyo pariente se tenía, ayudándole con toda la costa necesaria para su entrada, y por este despacho se volvió a esta tierra, donde fundó la ciudad de Santa Cruz en medio de los términos de esta provincia al pie de una sierra sobre la ribera de un deleitoso arroyo, poblado de muchísimos naturales, de que se empadronaron más de 60.000 en su término y jurisdicción, y casi a la parte del setentrion y Río de la Plata, como a la de Andrés Manso, que a este tiempo tornaba a entrar con algunos soldados en prosecución de su demanda por la frontera de Tomina, donde se habían juntado los que con él quisieron ir, se fue con su gente al pie de una sierra llamada Cuzcotoro, y en un acomodado valle fundó una población, en que nombró Regidores y Oficiales, de que después tuvo contradicción por la ciudad de la Plata, que despachó a Diego Pantoja a impedir la población y prender a Andrés Manso por intruso en su jurisdicción; y habiéndole éste esperado en un peligroso y estrecho paso, le arcabuceó con sus soldados, de modo que el

Alcaide Diego Pantoja no pudo pasar adelante, y a persuaciones de Martín de Almendras, y Cristóbal Barba se volvió a la ciudad. Poco después Andrés Manso alzó su gente, y se fue a un pueblo de Chiriguanas llamado Zapiran, y saliendo a los llanos de Taringuá distante 12 leguas sobre un río mediano, asentó su Real, e hizo su población, en que le acudieron de paz todos los indios comarcanos dándole obediencia. En este tiempo los Chiriguanas despoplaron un pueblo que estaba sobre la barranca del Río Guapay 40 leguas de Santa Cruz, y muerto al capitán Pedraza, a Antón Cabrera, y a los demás pobladores, y hecho este daño, vinieron sobre la población de Andrés manso, poniéndole cerco una noche, y la quemaron por todas partes, y como tomaron las puertas, fácilmente mataron a los que salían fuera, y sin mucha resistencia acabaron con todos, sin que escapase ninguno. De este desgraciado suceso le quedó a esta provincia llamarse los Llanos de Manso, que es un territorio dilatado que se extiende hasta el río del Paraguay que está el este: al sur de él está la gobernación del Tucumán, al poniente las tierras del Perú, donde nace el río llamado Yeticá, en que están situados los Chiriguanas, el mismo que también llaman Pilcomayo: esta provincia antiguamente fue muy poblada de naturales, y al presente se sabe se han extinguido, así por los continuos asaltos que les daban los españoles, que se servían de ellos, como por las crueles y sangrientas guerras de los Chiriguanas, que con sola su sed carnicera de humana sangre han destruido varias naciones de esta provincia, como queda dicho.

CAPÍTULO VII

De la vuelta de los soldados que se dividieron de Nuño de Chaves hasta llegar a la Asunción

Divididos los soldados de la compañía de Nuño de Chaves, dieron vuelta al puerto de los Jarayes bajo el mando de Gonzalo de Casco, y pasando por algunos pueblos indios amigos, llegaron a los de los Jarayes sin controversia alguna: allí fueron recibidos, con mucho aplauso, y hallaron cuanto en poder de estos nobles indios habían dejado sin la menor falta, y sacando las embarcaciones que estaban hundidas, fueron carenadas; y puesto todo en punto de franquía, se embarcaron en ellas, y tomando las balsas y canoas que allí estaban, se fueron río abajo, y con feliz viaje llegaron a la Asunción, en circunstancias que acababa de morir el Teniente General Gonzalo de Mendoza, que no vivió en el oficio más que un año, en el cual hizo algunas cosas de consideración en beneficio de la República, como fue poner freno a los indios Agaces, que señoreándose del río, molestaban con ordinarios asaltos a los vecinos matándoles los indios de su servicio y robando sus ganados y haciendas, a cuya expedición fue despachado Alonso Riquelme y Ruy García Mosquera, con otras personas de distinción, más de doscientos soldados y mil indios amigos: y habiendo llegado a sus asientos, vinieron a la pelea poderosamente, y después de varias y sangrientas escaramuzas, fueron los más de los indios presos y rendidos.

Habiendo muerto como queda dicho, Gonzalo de Mendoza, quedando la provincia sin Superior Gobierno, y para tenerle como convenía, fue acordado por todos los caballeros nombrar una persona que los gobernase en paz y justicia, y hecha la publicación del

Consejo, se opusieron al Gobierno los más beneméritos, como el contador Felipe de Cáceres, el capitán Salazar, Alonso de Valenzuela, el capitán Juan Romero, Francisco Ortiz de Vergara, y Alonso Riquelme de Guzmán; y llegando el día aplazado, juntos los vecinos mercaderes, y demás personas que en aquella sazón se hallaban en la República con asistencia del Obispo don Fray Pedro Fernández de la Torre, cada uno de ellos dieron sus cédulas en manos del Prelado, habiendo precedido el juramento y solemnidad acostumbrada de elegir a quien en Dios y en sus conciencias les pareciese convenir para tal oficio, y hechas las demás solemnidades necesarias se sacaron de un cántaro, donde estaban metidas estas nominaciones de las suertes de los volantes, y habiéndose conferido, hallaron la mayor parte de votos a favor de Francisco Ortiz de Vergara, caballero sevillano de noble nacimiento, gran afabilidad, y digno merecedor de cualquier honra. Hecha la elección mandó el obispo sacar una cédula de S.M., para que públicamente fuese leída, en la cual se le daba facultad, que en semejante caso, eligiéndose persona, que en su Real nombre hubiese de gobernar la provincia le diese el título y nombramiento que le pareciese, o ya de Capitán General, o de Gobernador, y entendido por todo su contexto, dijo en alta voz su Ilustrísima que por honra de aquella República, y de los caballeros que en ella residían, nombraba, y nombró en nombre de S.M. por Gobernador y Capitán General y justicia mayor, a su dilectísimo hijo Francisco Ortiz de Vergara, persona que recta y canónicamente había salido electa; y todos a voz aprobaron y aceptaron, y luego habiendo hecho el juramento de fidelidad debido en razón del uso y administración de él en conformidad de la Real cédula, que habla en esta razón, y por el derecho común de las gentes; y entregándole todas las varas de justicia, las dio y proveyó de nuevo a su arbitrio con otras cosas, tocantes al servicio de Dios y del Rey. Hízose esta elección el día 22 de julio de 1558 años en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Encarnación, siendo Alcaldes Ordinarios, y de la Hermandad en aquella ciudad Alonso de Angulo, y el capitán Agustín de Campos, que estuvieron juntos con los demás Capitulares y Regidores.

CAPÍTULO VIII

En que se trata del general levantamiento de los indios de la provincia del Paraguay y Paraná

Estaba en este tiempo la ciudad de la Asunción en la mayor prosperidad y aumento, que jamás hasta entonces ni aun después se vio, porque a más del lustre y buen gobierno de la República, todos los encomenderos eran muy bien servidos de sus indios, sin que se presumiese otra cosa en contrario, hasta que, habiendo vuelto la gente del capitán Nuño de Chaves a la provincia de los Jarayes, hubo algunos movimientos y secretas conjuraciones por medio de algunos caciques, que de este viaje venían, siendo los que más fomentaban este incendio, dos mancebos hermanos llamados don Pablo y don Nazario, hijos de un principal de aquella tierra, que se llamaba Curupirati, los cuales convocados todos los indios de la provincia a que tomasen las armas contra los españoles, y se rebelasen contra ellos, diciendo en su contra muchas libertades y menguas, con que vinieron todos los indios a poner en efecto esta rebelión, comenzando al descubierto a

apellidar libertad y guerra sangrienta contra los españoles, haciendo algunos asaltos en los lugares y pueblos circunvecinos, que no eran de su opinión.

Moviéronse a esta novedad (aunque no lo es para ellos tomar armas, siempre que se les proporcione ocasión) el haber traído de la entrada que hicieron con Nuño de Chaves, gran suma de flechería envenenada, de que usaban los crueles indios Chiquitos, de las que trajeron cuantas pudieron haber, con el fin de emplearlas contra los españoles; y llegados a sus pueblos, mostraron con experiencia a los demás el venenoso rigor de aquella yerba, de cuya, herida nadie escapaba, ni se hallaba triaca, ni remedio para contra este daño, y así se animaron, a declararse contra los españoles, matando algunos que andaban dispersos. Para remediar este exceso determinó el Gobernador despachar algunos indios principales de su confianza, para que aquietasen los tumultuarios y revolucionarios de la provincia, los cuales no habiendo podido hacer algún progreso, volvieron a la ciudad a dar cuenta de lo sucedido, diciendo que iba tan adelante el contagio, que hasta los circunvecinos o más conjuntos a la ciudad estaban ya inficionados, por lo cual luego mandó al Gobernador aperebrar a todos los, encomenderos y vecinos, y otros soldados nuevamente venidos, señalando capitanes y oficiales correspondientes, con los cuales salió a los fines del año 1559, y puesto en campaña con 500 soldados, y más de 3.000 indios Guaraníes y 400 Guaicurúes repartió la gente en dos cuerpos, el uno tomó el Gobernador, y el otro fue a cargo del Contador Felipe de Cáceres, con orden de entrar por la parte de Acaay. El Gobernador tomó hacia Acaraiba, donde se habían de juntar, para de allí hacer sus corridas y asaltos, donde fuese necesario. Y así con este acuerdo se fueron por los términos y lugares de sus partidos sin hacer más efecto que pasar de tránsito por haber hallado desiertos los pueblos, de que los naturales se habían retirado a los bosques más ásperos a la mira puesta en campana, que les convenía no juntarse ni dejar que se uniesen estos dos cuerpos. Dos días antes que se juntase, dieron en cada uno de ellos su alborada, acometiendo con gran multitud de indios, a que resistieron los nuestros con mucho daño de los enemigos y muerte de algunos de los nuestros, y teniendo aviso el uno campo del otro de lo sucedido, determinaron juntarse en lo más poblado de aquella tierra, desde donde por compañías y escuadras hacían sus correrías, quitándoles los bastimentos de las chacras, por obligarlos por todos modos a que viniesen a tratado de paz. En estas corridas cada día se ofrecieron varios choques hasta el año de 1560, en que presentaron los indios a nuestro campo una batalla puestos en cuatro pelotones o cuerpos de a cuatro mil indios cada uno, y colocados en su formación en campo llano, obligaron a los nuestros a salir de sus trincheras a hacerles frente y romperlos. Dispuso el Gobernador que saliese Alonso Riquelme con ochenta de a caballo, y los capitanes Pedro de Segura y Agustín de Campos con doscientos arcabuceros infantes, mil seiscientos amigos Guaraníes, y doscientos Guaicurúes; y puestos en campo de batalla en dos escuadrones, llevando el primer asalto la infantería, a cuya descarga había de salir la caballería, que iba a la retaguardia y costados: los indios se movieron, avanzándose hacia los nuestros, haciendo frente con dos de sus escuadrones. Los otros dos los destinaron; el uno tomó por una cañada con determinación de atacar el Real por las espaldas, para que no pudiesen salir al campo a socorrer a los de la batalla, y el otro se puso en un pequeño repecho como de observación para acudir donde fuese preciso. Los nuestros se movieron con buen orden hasta ponerse a distancia de tiro de arcabuz desde donde dieron la primera rociada a los enemigos que luego se

tendieron por el suelo hasta pasar el primer fuego, y después tocaron sus cornetas y bocinas, dando señal de acometer, como lo hicieron sin dilación: saliéronle al encuentro los de a caballo en cuatro escuadrillas, la una mandada del Factor Pedro de Orantes, la segunda de Peralta Cordobés, la tercera de Pedro de Esquivel, y la última de Alonso Riquelme, que rompiendo por medio de los enemigos, dieron vuelta, hiriendo con las lanzas, y matando mucha gente, en que habiéndolos dejado desordenados, logró la infantería sin perder tiempo el de estrecharlos, degollando los que pudieron, con lo cual los indios empezaron a retirarse, hasta que visto por el otro escuadrón, que estaba de observación, bajó por la ladera, y vino a la batalla al socorro con feroz velocidad, animando a los suyos a volver a ella, con lo que llegaron hasta los nuestros, que ya juntos y en buen orden estaban peleando con tal valor y esfuerzo de los capitanes y soldados, que no sólo los resistieron, sino también los pusieron en huida, aunque una grande parte de ellos quedaron en una peña, haciendo frente a los nuestros, que no pudieron descuadernarlos, hasta que juntos los de a caballo con el capitán Alonso Riquelme, hicieron tal esfuerzo que los desbarataron, y así todos se pusieron en fuga, y los nuestros comenzaron a seguirles el alcance, haciendo en ellos cruel matanza los amigos, que discurriendo por el campo, acababan de matar a cuantos hallaban heridos y no heridos. Y queriendo seguir más adelante, vieron que el Real estaba asaltado de los enemigos, por cuya causa volvieron luego al socorro; llegaron a tiempo que los indios por fuerza de lo que hacían tan vigorosa resistencia, hicieron la retirada en que por unos y otros se finalizó el vencimiento.

Esta célebre victoria se consiguió el día 3 de mayo, en que se celebra la Invención de la Santa Cruz, del citado año, en que murieron mas de 3.000 indios, y sólo cuatro españoles, y setenta amigos, aunque hubo cantidad de heridos, sin que en ellos se experimentase el efecto de la yerba venenosa de las flechas, que quizá con el tiempo había perdido su fuerza por nuestra fortuna. Después se movió el ejército, se acompañó sobre el río Aguapel, desde donde despachó el Gobernador a Dame de la Barriaga con 100 soldados a reconocer, un fuerte que los indios tenían, y entrando por una montaña, salieron a una campiña, donde los indios les tenían puesta una celada, que descubierta por los nuestros, luego determinaron hacer fuego con los arcabuces y ballestas, y marchar en buen orden hasta pasar un ancho y barrancoso arroyo, de donde salieron de sus puestos los indios, y los acometieron con tal denuedo que luego vinieron a las manos en reñido choque, en que por la multitud de indios, fueron los nuestros constreñidos con muerte del alférez Correa, Diego Díaz, y otros soldados. Al socorro Salió Alonso de Riquelme con 20 soldados de a caballo, y habiendo de pasar aquel arroyo, cayeron en el lodazal que hacia, casi todos, y no le fue fácil del modo que salió Riquelme con sólo ocho hombres, los cuales con el sumo empeño que hicieron suplieron bien la falta de los otros, porque en poco tiempo hicieron tal destrozo en los indios, que tiñeron en sangre toda aquella campaña, y pusieron en huida a los enemigos socorriendo a algunos presos y caídos de los nuestros que ellos tenían, y librando juntos con las vidas que tan a pique estaban de perder; y libres ya de ellos, comenzaron a esforzarse, peleando de nuevo con gran valor, hasta que los pusieron en huida con muerte de mucha gente; y siguiendo el alcance los indios amigos, que llegaron al socorro, cortaron más de mil cabezas, como lo tenían de costumbre, en especial los Guaicurúes, que iban en esta guerra, con que el enemigo por entonces quedó quebrantado.

CAPÍTULO IX

Del levantamiento de los indios del Guairá contra el capitán Melgarejo, a cuyo socorro fue el capitán Alonso Riquelme

Habiendo logrado los buenos sucesos, que quedan referidos, determinó el Gobernador que saliesen cuatro capitanes con sus compañías por distintos rumbos, que corriendo la tierra, fuesen castigando los rebeldes y obstinados, y admitiesen la paz a los que la pidiesen. Hecha esta diligencia, el Gobernador con lo restante del campo movió su Real, y fue a sentarla sobre otro río llamado Aguapeí, que desagua en el Paraná, lugar acomodado y de bella disposición para sus designios; y habiendo desde allí hecho correr el campo, halló a los indios de la comarca de mal en peor en su rebeldía y pertinacia. A este mismo tiempo llegó al Real un indio, preguntando por el Gobernador, a cuya tienda fue llevado, y puesto ante él, dijo: Yo soy de la provincia de Guaira, de donde vengo enviado de tu hermano el capitán Ruy Díaz por ser yo de su confianza, a decirle que le socorras con gente española contra los indios de aquella tierra, que se han rebelado contra él, y le tienen en grande aprieto, y para poder llegar a tu presencia, me ha sido preciso venir con disimulo por entre estos pueblos rebeldes, y gente de guerra, haciéndome uno de ellos, con cuya astucia con no pequeña suerte mía he podido llegar hasta aquí. El Gobernador oída su relación, le respondió que no podía darle crédito, si no le manifestaba carta de su hermano: a esto respondió no venir sin ella, por lo que se satisfaría largamente. Cosa que admiró a todos por verle desnudo, y sin tener dónde pudiese esconderla. El entre tanto alargó la mano, y entregó el arco que traía en ella al Gobernador, diciéndole: aquí hallarás lo que digo. Creció la admiración de los circundantes, viendo que en el arco no se hallaba escrito nada, ni había seña de tal carta, hasta que se llegó el indio, y tomando el arco de la empuñadura descubrió su ajuste, o encaje postizo, en que venía escrita la carta; y leída por el Gobernador, halló ser cierta la relación del indio, y luego comunicó con los capitanes lo que convenía hacer, de que resultó determinar dar un competente socorro a Ruy Díaz, para cuyo efecto de común acuerdo fue señalado el capitán Alonso de Riquelme, como se lo rogaron por hallarse éste de quiebra con Ruy Díaz; y habiendo condescendido por dar gusto al Gobernador, dispuso largo su viaje, llevando setenta soldados; y caminando a su destino, tuvo varios encuentros y oposiciones de los indios, de que siempre salió con victoria: así llegó al río Paraná, en cuyo puerto recibió las canoas necesarias para el pasaje, que fueron enviadas por el capitán Ruy Díaz, y luego pasó a la parte de la ciudad, donde entró sin dificultad alguna sin embargo del cerco de los indios, y fue recibido con general alegría, tomando alojamiento en una casa fuerte, que estaba dentro del recinto o palizada que tenía la ciudad. Sólo el capitán Ruy Díaz no mostró complacencia con la vista de Alonso Riquelme, aunque procuraba disimular su antigua enemistad. Pidióle que saliese luego con su campamento y con algunos más de la ciudad a castigar a los indios de la comarca y ponerle freno a su insolencia, excusándose él de esta facción por hallarse casi ciego de un mal de ojos. Salió Alonso Riquelme de la ciudad con 100 soldados y algunos indios amigos, aunque con no poca desconfianza. Comenzó la guerra, el año de 1561, por los más cercanos, que eran los del cerco de la ciudad, a los cuales castigó, y dio alcance en

sus pueblos, en que prendió algunos principales que ajustició, y después pasó a los campos llamados de don Antonio, en que salieron a pedir paz los indios situados en ellos, y él la otorgó benigno.

Desde allí bajó al río del Ubay, que es muy poblado, de donde despachó mensajeros a los principales de aquel territorio, que luego le salieron al encuentro, rogándole perdonase el delito pasado de aquella rebelión; y habiéndolo hecho así, y asegurado de la quietud de los indios, bajo por aquel río Paraná, pacificando los pueblos que estaban a sus riberas; aunque los indios de tierra adentro trataron de llevar adelante sus designios en asolar aquella ciudad, por cuya causa determinó dejar las canoas, y pasó luego a remediar este desorden, atravesando por unas asperísimas montañas hacia el pinal, donde estaban metidos los indios de esta facción, y dándole repentinos acometimientos y ligeros asaltos, los obligó a dejar los bosques y salir al campo, donde en sitio acomodado se juntaron en gran número, y acometieron a los nuestros por todas partes, pensando estrecharles, de modo que los pudiesen matar a todos, y en efecto los apretaron de tal manera que ya contaban por cosa hecha; pero los nuestros resistieron con gran entereza, disparando sus arcabuces por una y otra parte con buen orden, y así fueron peleando hasta salir a lo llano, donde trabaron una reñida pelea, en que fueron vencidos y puestos en huida los indios; y siguiendo el alcance, mataron un sin número de ellos y prendieron muchos de los Principales, de modo que se obligaron a pedir paz y perdón de las pasadas turbaciones, disculpándose con que fueron sugeridos por otros caciques poderosos de la provincia encomendados en la Asunción. Luego prosiguió por los demás pueblos, que fue pacificando, donde en uno de ellos tuvo el invierno hasta el año siguiente, en que acabó, de aquietar la provincia, con lo cual volvió a la ciudad con mucha alegría por los buenos sucesos de su expedición. Seguidamente pasó a la Asunción, donde se gozaba de igual quietud, en que se conservaron algunos años, como adelante se verá.

CAPÍTULO X

De la venida de Ruy Díaz Melgarejo a la Asunción y cómo se quemó una carabela que se había de enviar de aviso a España

Estando en este estado las cosas de esta provincia acordó el Gobernador Francisco Ortiz de Vergara despachar a su hermano Ruy Díaz Melgarejo a España en una carabela, que estaba al acabarse en aquel astillero, a dar cuenta a S.M. de su elección en el gobierno, y del estado de las cosas de la tierra. Para este efecto habiendo sido llamado Ruy Díaz Melgarejo, vino a la Asunción el año de 1563 con toda su casa, mujer e hijos, y procuró de su parte la conclusión de la fábrica de la carabela, una de las mejores y más grandes que hasta entonces se había fabricado en aquel puerto, y con la posible aceleración se acabó. Fue proveído en lugar del capitán Melgarejo, Alonso Riquelme, quien luego se aprontó y caminó el mismo año, y llegó felizmente a la ciudad de Guaira, donde fue recibido con mucho gusto de los vecinos, y luego determinó concluir la pacificación de los indios, que aún conservaban algunas reliquias de la pasada rebelión, a imitación de los indios de la jurisdicción de la Asunción, que a este tiempo volvieron a alborotarse, dejando sus pueblos, y trasponiendo sus familias a las fragosidades de aquellas montañas,

a cuyo remedio salió el Gobernador con 250 soldados, muchos caballos y amigos, y una considerable partida de Guaicurúes, gente muy guerrera y enemigos de los Guaraníes, que hizo llamar de la otra banda del río Paraguay, donde habitan y se sustentan de sólo caza y pesca, sin otra labor ni sementera; y puesto en campaña dividió su ejército en tres cuerpos: el uno al mando del capitán Pedro de Segura con orden de entrar por la parte meridional: el otro a cargo del capitán Ruy Díaz Melgarejo, que había de ir costeando por la parte de arriba; y el Gobernador con el resto del campo había de marchar por la tierra dentro derecho al levante, y todos habían de ir a juntarse a la costa del río Aguapei, lugar destinado para sentar el Real, y hacer los acometimientos y corredurías convenientes. Con esta orden se emprendió la marcha y guerra, haciendo cada uno por su parte las facciones que ocurrieron, de que quedaron los naturales bastantemente consumidos y constreñidos: con este rigor fueron reducidos al Real servicio; y concluida esta pacificación con las leyes y poco costosas funciones, volvieron a la Asunción, al tiempo que el capitán Nuño de Chaves con su cuñado don Diego de Mendoza y otros muchos soldados del Perú bajaban de la Provincia de Santa Cruz, que tenía a su cargo con separación de esta provincia por el marqués de Cañete. Venía con designios de llevar a su mujer y familia a su gobierno. El Gobernador le recibió benigno, y así encaminó su pretensión con buen efecto, según quiso.

Habíase ya acabado en este tiempo la carabela, estaba lista a la marcha, señalados los que en ella se habían de embarcar, y una noche sin saberse cómo ni quién lo hiciese, se pegó fuego a ella; y aunque todo el pueblo acudió al socorro, no se pudo comprimir el incendio, porque lo fomentaba la abundancia de pez y resina con que estaba embreada, y así se acabó de abrasar y consumir del todo con notable sentimiento de los bien intencionados, por el perjuicio que de esta pérdida resultaba a la provincia, y por el infructuoso gasto de dinero y trabajo que se había hecho. Hubo quien creyese que este daño fue verificado por mano de los émulos del Gobernador, interesados del gobierno. En este mismo tiempo sucedió que el capitán Ruy Díaz mató bajo de acechanzas al Padre Hernán Carrillo con su mujer doña Elvira Becerra, de que resultó doble sentimiento al Gobernador, y así consultando con sus amigos, acordó se fuese al Perú a tratar con el Vicerrey del Reino sus negocios, y los de la provincia, como luego se ejecutó.

CAPÍTULO XI

De la salida que hizo el Gobernador para el Reino del Perú, y gente que sacó en su compañía

Nuño de Chaves había llegado a aquella provincia con bastante recelo de no ser bien recibido del Gobernador, por causa de los antiguos bandos que se siguieron a la prisión de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, como también por no haber cumplido en su población las instrucciones que le fueron dadas, exceptuándose del gobierno de aquella provincia, por cuyas razones procuró cuanto era de su parte congratular al Gobernador y demás personas de distinción. Dióse en esto tan buena maña que se granjeó las voluntades de los hombres, y en particular la del Ilustrísimo Obispo que en aquellos días había casado una sobrina suya con don Diego de Mendoza, cuñado de Chaves, y con esta relación tuvo de

su parte muy poderosa protección para la consecución de sus negocios. Instábale al Gobernador que le convenía pasar al Perú a dar cuenta al Vicerrey y Real Audiencia de sus negocios. Con estas razones y otras de menos monta se resolvió a ponerlo en efecto, haciendo para ellos grandes aparatos y pertrechos, así de embarcaciones, como de caballos, armas y municiones: ofreciéronse acompañarle muchas personas principales como el Contador Felipe de Cáceres, el Factor Pedro de Orantes, el capitán Pedro de Segura, con su mujer e hijos, Cristóbal de Saavedra, Ruy Gómez de Maldonado, procurador general de la provincia, y otros muchos caballeros vecinos y conquistadores, y también el Obispo don Fray Pedro Hernández de la Torre, con siete sacerdotes entre clérigos y religiosos, que entre todos pasaron de 300, dejando el Gobernador por su lugar Teniente en aquella ciudad al capitán Juan de Ortega, y en la del Guairá a Alonso Riquelme de Guzmán. Empezó su viaje el año de 1564 con toda su armada, que era de veinte navíos de vela y remo con otros tantos barcones, muchos bajeles, balsas y canoas, en que iba toda la más de la gente española con todo el servicio de sus casas que eran más de 2.000 personas sin otros tantos indios encomenderos, que iban por tierra con el capitán Nuño de Chaves, Por cuyo interés se resolvieron a dejar el suelo patrio, y trasplantarse a extraños países. Padecieron en el largo camino grandes trabajos y necesidades, y murieron muchos de hambre y sed. Llegados estos indios a un sitio distante de Santa Cruz 30 leguas se situaron en él, llamándole Itatin, haciendo alusión a la provincia de donde eran naturales. Allí se fundamentaron e hicieron sus sementeras. Los españoles no dejaron de pasar las mismas necesidades en toda la larga peregrinación, porque luego que la armada aportó a la parte de Santa Cruz, Nuño de Chaves se apoderó del mando y gobierno de ella, sin consentir que el Gobernador ni otra alguna mandase ni en la paz ni en la guerra, con que muchos iban mal contentos, por cuya causa no se guardaba el orden que convenía, porque unos se quedaban atrás con sus deudos y amigos, y otros marchaban adelante con sus mujeres e hijos. En esta forma llegaron a Santa Cruz, donde a la sazón había mucha escasez de comestibles, con lo que padecieron gran penuria con pérdida de gran parte de sus indios encomenderos y Yanaconas. Los indios encomenderos en aquella provincia también se rebelaron contra los españoles hasta los Samócosis de la otra parte del río Guapay. Con éstos y los Chiriguanas que se coligaron a estorbar las comunicaciones del Perú, tuvieron sus reencuentros los soldados mandados de Nuño de Chaves con pérdida de gente de ambas partes. Dejó en la ciudad por su Teniente a Hernando de Salazar, y Chaves con 50 hombres fue al remedio de estos excesos con destino de pasar adelante, habiendo ordenado que prendiesen a Francisco de Vergara y otros sus amigos, y le quitasen las armas, para que pudiesen pasar adelante hacia el Perú, hasta que él diese la vuelta. Así fue ejecutado, sin que lo pudiesen estorbar requerimientos ni protestas. Con todo dispuesto Francisco de Vergara despachar al Perú a García Mosquera, mancebo de singular brío, hijo del capitán Ruy García, ambos muy leales servidores de S.M., a dar cuenta a la Real Audiencia de semejante agravio. Y habiendo llegado a la ciudad de la Plata y dada su embajada, se despachó provisión, para que libremente los dejase salir de la tierra, e ir a sus negociaciones al Perú. Esta providencia intimada y obedecida no tuvo el perfecto cumplimiento que debía, porque Hernando de Salazar por vía de torcedor ponía algunas dificultades, sin permitir que saliesen todos los que quisiesen, hasta que tomaron las armas y puestos en campaña se juntaron hasta 60 soldados, y algunos de ellos con sus mujeres e hijos, y tomaron el camino de los Llanos de Manso por no encontrarse con Nuño de Chaves, de quien ya se

tenía noticia que venía del Perú por la cuesta que dicen de la Cuchilla, por excusar las precisas diferencias que entre ambos podría haber, si se encontrasen, porque Nuño de Chaves con varios informes tenía hecho su negocio muy a su placer con el Gobernador Lope García de Castro, y así fue muy aceptado darle lado, aunque con el riesgo de encontrarse con los Chiriguanas, que les dieron varios asaltos por impedirles el camino que llevaban, matándoles un fraile que llamaban de Nuestra Señora de las Mercedes, y otros españoles de cuyos peligros fue Nuestro Señor servido de sacarlos, llegando con bien a aquel reino, al cual entraron por la frontera de Tomina, por el camino que dicen de Cuzco-toro, que el día de hoy es muy trillado por los Chiriguanas que allí comunican.

CAPÍTULO XII

Cómo en este tiempo llevaron preso a la Real Audiencia a Francisco de Aguirre, Gobernador del Tucumán

Aunque parezca apartarme fuera del propósito de mi historia, desviándome del hilo de las cosas que tocan al Río de la Plata, no he querido pasar en silencio lo que sucedió a Francisco de Aguirre en la gobernación de Tucumán, que, como tengo dicho, me es fuerza tocar algunas cosas de aquella tierra, según en esta historia he comenzado, el cual gobernando aquella provincia en nombre de S.M. por el conde de Niebla, Virrey del Perú, mandó hacer la población de San Miguel de Tucumán, cometiéndola a Diego de Villaroel, su sobrino, y el año de 1564 hizo esta fundación, que dista de Santiago del Estero veinticinco leguas en comarcas de cuatro o cinco mil indios, parte de ellos reconocieron en tiempos pasados por Señor al Inca Rey del Perú, que son los serranos, y los demás tienen sus caciques, a quienes respetan. Está en la altura de 28 grados, y allí tiene buen temperamento, es tierra de muchos bosques y arboledas muy crecidas, pastos convenientes para todo género de ganados. Pasa por este pueblo un pequeño río, que de este y de otros donde se viene a formar el de Santiago, que comúnmente se llama del Estero. Después de concluida esta población con buen suceso, determinó Francisco de Aguirre hacer una jornada a la provincia de los Comechingones, que es hoy la de Córdoba; y habiendo salido con buen orden, y golpe de gente española y amigos, hizo su jornada, visitando los pueblos de aquel camino, tomando noticia y lengua que a la parte del sudeste había un término muy poblado de indios muy ricos, según y como a Diego de Rojas le informaron, cuando descubrió esta provincia, y después de algunos sucesos por desavenirse la gente que llevaba, dio la vuelta por Santiago; y llegando cuarenta leguas de ella en un puesto que llaman los Altos de Francisco de Aguirre, le prendieron una noche en el año 1566, siendo cabeza de este motín Diego de Heredia y Versocana, con el pretexto de un mandamiento eclesiástico que tenía del Vicario de aquella ciudad, a quien le llevaron bien asegurado, usurpando la Real jurisdicción, y de su propia autoridad administraron él y sus confidentes su Real justicia, tomando en sí el gobierno de la tierra, prendiendo a todas las personas que podían apellidar la voz del Rey. Esto mismo se practicó en el Tucumán con todos los dichos, a excepción del capitán Gaspar Medina, que se puso con tiempo en salvo, ganando las serranías de Concho distante doce leguas del Estero, quedando enteramente apoderados de la tierra los tiranos. Y para colocar en algo sus depravadas operaciones, determinaron hacer una población entre el poniente y

setentrión del Estero en la provincia que antes descubrió el capitán Diego de Rojas, en la que fundaron una ciudad que llamaron Esteco, aludiendo a un pueblo de indios de la comarca de este nombre: dista 45 leguas de la de Santiago: está en altura de 26 grados y medio. En este tiempo tuvo modo el capitán Gaspar de Medina, teniente del Gobernador Francisco de Aguirre, de convocar algunos amigos suyos por medio del favor y ayuda de Nicolás Carrizo, Miguel de Ardiles, y el capitán Juan Pérez Moreno, y con ellos y con los que se le agregaron, prendieron a Heredia y Versocana, y otros secuaces, y haciéndoles causa, los condenó a muerte, como se ejecutó en varias personas motoras de esta rebelión, con lo cual quedó restituida la jurisdicción Real, y para obtenerlo con el gobierno, despachó a la Real Audiencia a Diego Pacheco, en el ínterin se viese por la Audiencia la causa de Francisco de Aguirre, que había sido llevada a aquella ciudad y corte.

Así que Diego Pacheco fue recibido del gobierno, determinó reformar algunas cosas de la provincia; mudó el nombre de la ciudad del Estero en Nuestra Señora de Talavera; y repartió los indios en sesenta encomenderos. Luego la Real Audiencia restituyó al gobierno a Francisco de Aguirre aunque no duró mucho en él, porque arrebatado de pasión por lo pasado, atropelló varias cosas contra justicia y cristiandad, de modo que fue causado por la Iglesia, y después por la Inquisición, por cuyo Santo Tribunal fue despachado del Perú al capitán Diego de Arana a ejecutar su prisión: traía también merced del gobierno del Señor Virrey, que con ambas facultades entró en la provincia, y conclusas las cosas de su comisión, se fue llevando al prisionero, dejando en su lugar al capitán Nicolás Carrizo, hasta que se proveyó este empleo en don Gerónimo Luis de Cabrera.

CAPÍTULO XIII

De lo que sucedió a Francisco de Vergara en el Perú, y de la vuelta del Obispo

Después de haber vencido las dificultades y peligros del camino, llegaron al Perú el Gobernador Francisco de Vergara y el obispo don Fray Pedro de la Torre, oficiales Reales y demás caballeros que le acompañaron el año de 1565, y aún llegados a la ciudad de la Plata, no le faltaron al Gobernador dificultades que vencer en cuanto a la propuesta de su pretensión al gobierno, en que tuvo fuertes oposiciones, más de los denigrativos capítulos, que se le pusieron en aquella Audiencia, siendo el más poderoso el haber sacado del Río de la Plata tantos españoles y naturales con tanto costo de la Real Hacienda, con el pretexto de pedir socorro y ayuda para aquella conquista, que no podía ser mayor ni aún tanto como el que se había consumido en tanto perjuicio de la provincia, en que el procurador general a instancias de sus émulos le formó 120 capítulos, los más de ellos dignos de oponerse a este gobierno Diego Pantoja y Juan Ortiz de Zárate, vecinos principales de esta ciudad, con otros que vinieron del Río de la Plata. Ni faltaron turbaciones en aquella Corte, como una querrela que puso Hernando de Vera y Guzmán, sobrino de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, contra Felipe de Cáceres y Pedro de Orantes, autores de su prisión, por cuya causa fueron presos, y alegaron en su favor aquella causa radicada ante S.M. y Supremo Consejo de Indias. Con esto y los testimonios que

presentaron, se alzó mano de tan peligrosa causa, y siendo libres de la prisión, se fue el contador a la ciudad de los reyes con los otros pretendientes al gobierno; de los cuales el que hizo más instancia, fue Juan Ortiz de Zárate, persona principal y de muchos méritos, como servidor al Rey en las pasadas guerras civiles del Perú, según refiere S.M. en el título de Adelantado de que se le hizo merced. Capituló en aquella Corte con el Licenciado Lope García de Castro, Gobernador General de aquel Reino, gastar en la conquista y población del Río de la Plata ochenta mil ducados, poblando ciertas ciudades a su costa, con tal de que se le diese aquel gobierno con título de Adelantado con los demás privilegios concedidos a los capitanes pobladores de las Indias, con cuyas condiciones se le dio el gobierno de aquellas provincias, con cargo de traer confirmación de S.M., mandándosele así mismo a Francisco de Vergara comparecer ante la Real persona en la prosecución de su causa.

El año siguiente partió Juan de Ortiz de Zárate para Castilla, llevando gran suma de dinero, que le robó en la mar un capitán francés, y no le dejó más que unos tejuelos de oro, que había escondido una esclava suya entre sus basquiñas. Antes de ir nombró por su Teniente General a Felipe de Cáceres, a quien ayudó con suma de dinero para su avío, y restitución a su provincia, socorriendo así mismo a todas las personas que quisieron volver a aquella tierra, y juntos en la ciudad de la Plata el obispo, el general y demás caballeros entraron a su jornada, y llegados a Santa Cruz de la Sierra fueron recibidos por Nuño de Chaves con muestras de mucha voluntad, aunque en los negocios de su despacho les dio poco favor, y puesto en buen orden, salieron de aquella ciudad con el general, el Obispo, 60 soldados, algunas mujeres y niños, gente de servicio, y cantidad de ganado vacuno y ovejas. Salió a acompañarlos Nuño de Chaves con otra compañía, queriendo, con motivo de escoltarlos, llevar adelante su pasado intento, como que era bien otro del que significaba. Manifestóse con haber sacado algunas personas de la compañía de Cáceres, como un tal Muñoz, famoso minero, y otras que pasó a su parte, hasta que llegaron a la comarca de los indios Guaraníes, que quedaron poblados, cuando vinieron con Francisco Ortiz de Vergara, que los más eran naturales de la provincia de Itatin, que con su continua malicia se hallaban alborotados, y habían desamparado algunos pueblos que estaban en el camino, retirándose a los más lejanos, recelosos de recibir algún daño de los nuestros, o deseosos de cometer alguna traición. Esto ocasionó que Nuño de Chaves tuvo necesidad de irse apartando del general, metiéndose de un lado y otro del camino por aquietar aquellos indios, y habiendo llegado cerca de un pueblo, donde supo que estaban muchos caciques principales, se adelantó de su compañía con 12 soldados, y llegó al pueblo, donde apeándose en la plaza, fue bien recibido y hospedado con muestras de amistad; y dándosele una casa por posada, Nuño de Chaves entró en ella, donde le tenían colgada una hamaca, en que se sentó y quitó la celada de la cabeza para refrescarse. A esta sazón llegó a él un cacique principal llamado Porrilla, que por detrás le dio con una macana en la cabeza, con tanta fuerza que le echó fuera los sesos, y lo derribó en el suelo. A este tiempo todos los indios acometieron a los otros españoles, que estaban a la puerta muy ajenos de tal traición, de modo que de esta impensada trampa no escapó la vida más que un trompeta ya herido en su caballo, y se puso en salvo, y fue a dar aviso a don Diego de Mendoza, que venía marchando con el resto de la gente hacia este pueblo muy ajeno del suceso: el cual a no ser avisado del trompeta, cayera como el

General en manos de aquellos enemigos, que con la misma traición le esperaban según lo tenían dispuesto.

CAPÍTULO XIV

Del castigo que hizo don Diego de Mendoza por la muerte de Nuño de Chaves, y de los encuentros que tuvo el General y su compañía con los indios

Muerto el Capitán Nuño de Chaves, intentaron los indios de la comarca acometer a toda la compañía de Diego de Mendoza, que con el aviso que tenía del trompeta, que se escapó, estaba con suma vigilancia, aguardando que viniesen contra él, como lo pusieron en efecto, tomando un paso peligroso, por donde los españoles habían de pasar para sus pueblos en un gran pantano y tremedal, en que les era forzoso ir a pie con los caballos de diestro: allí se emboscaron, y don Diego cuando llegó al paso, se previno de mandar primero reconocerle con lo que descubrió la celada, que le tenían armada, y haciendo buscar otro paso por la parte de arriba, y hallándole razonable, mandó pasar por él veinte soldados arcabuceros a caballo con algunos indios amigos; y puesto en efecto, acometieron al enemigo emboscado, y le echaron fuera al campo raso, con lo que pudo pasar don Diego con su gente por el paso que le tenía tomado al enemigo, y juntos en lo llano se trabó en reñido choque, en que salieron los nuestros victoriosos con muerte de muchos indios, abandonando el campo los que pudieron valerse de la diligencia, y dejando presos algunos de los motores de esta rebelión, a quienes luego mandó el Gobernador hacer cuartos, y ponerlos en los caminos para escarmiento. Para proseguir este ejemplar castigo, convocó algunos de los pueblos, que no habían tenido parte en el tumulto, y juntándolos a su compañía para refuerzo se encaminó al pueblo de Porrilla, donde se hallaban todos los autores de la muerte de Nuño de Chaves, con prevención de esperar a los nuestros con propósito de cogerlos entres sus poblaciones, teniendo para este fin el refuerzo de toda le gente de guerra que pudieron para el efecto. Con este apresto hicieron rostro a los españoles, con tanta audacia que los pusieron en mucho aprieto, hasta que con imponderable esfuerzo, favorecidos de N. S., rompieron los escuadrones enemigos, y entraron al pueblo, y le pusieron fuego, haciendo tal estrago con la ardentía de los soldados, que no perdonaron ni edad ni sexo, en que no ensangrentaron sus armas, ejecutando con la muerte de todos un tan cruel castigo, que hasta entonces no se vio igual en el Reino, pues los inocentes pagaron con su muerte lo con la de Nuño se hicieron delincuentes los culpados. Consiguióse con este desmedido castigo, atajar la malicia de aquellos bárbaros, que ya casi estaban todos rebelados. Concluida esta función, encaminó su marcha el Gobernador a la ciudad de Santa Cruz, donde llegados los capitulares y demás personas de distinción, le nombraron por capitán y justicia mayor en nombre de S.M., entre tanto que otra cosa fuese proveída por la Real Audiencia, y Exmo. Señor Virrey de aquel reino. Y dando cuanta como debían de lo sucedido a quien tocaba, fue aprobado, con cuya aprobación don Diego de Mendoza aprendió la gobernación de aquella tierra, hasta que, andando el tiempo, don Francisco de Toledo, que por orden de S.M., fue proveído por Virrey del Perú, envió por Gobernador de esta provincia de Santa Cruz al capitán Juan Pérez de Zurita, persona principal y benemérita, y que había servido a S.M. en varios empleos preeminentes, y hallándose en la conquista

del reino de Chile, y administrado el gobierno de Tucumán. De su recibimiento se originaron las rebeliones y tumultos, de que se tratará en su lugar, como de la muerte de don Diego de Mendoza, y sólo trataré en este capítulo de la jornada del General Felipe de Cáceres, y el Ilustrísimo obispo hasta llegar a la ciudad de la Asunción. Habían éstos estado en cierto lugar detenidos, mientras sucedió la muerte de Nuño de Chaves, a quien con impaciencia esperaban, bien inocentes de su desgracia, hasta que una tarde vieron dos indios, que puestos en la cima de un alto cerro, que cerca del Real estaba, empezaron a dar voces, haciendo señas con unas ramas, que traían en las manos, y se les percibió que decían: Españoles, no tenéis necesidad de esperar más a Nuño de Chaves, porque ya es muerto: y nosotros no pretendemos haceros daño alguno, sino que sigáis vuestro camino en paz sin juntaros con la gente de don Diego, porque no os ha de ir bien de ello. Oída esta relación se determinó que fuesen con la posible cautela dos hombres a informarse de lo que pasaba, y partidos del campo, encontraron unos indios que les informaron de todo lo acaecido, y temiendo de alguna fatalidad, si proseguían adelante, retrocedieron a su Real con esta relación, sobre que se hizo consejo, en que fue resuelto no demorarse más en aquel sitio, sino que con la posible brevedad siguiesen su viaje. Ejecutóse, caminando hacia el río Paraguay, pero antes se despachó a un soldado llamado Jacome, gran lenguaraz, junto con unos caciques naturales de aquella parte del río, con recado a los principales indios comarcanos, que vinieron con el Obispo y Gobernador, que no se inquietasen, porque los españoles venían a hacerles toda paz y amistad. Llegó el mensajero a la provincia de Itatin, a cuyos caciques dio su embajada; pero ellos turbados tan lejos estuvieron de mantenerse en paz, que luego tomaron las armas contra los españoles, y por principio de paga mataron luego a Jacome el mensajero, con lo cual se alzó toda la tierra, sin quedar ninguno en toda aquella provincia y camino que lo hiciese, teniendo de largo más de ciento y cincuenta leguas hasta la ciudad de Asunción, de cuyo suceso, guerra y trabajos padecidos en este viaje, se tratará en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XV

De la guerra que los indios hicieron en el camino a Felipe de Cáceres y su compañía

Puesto en marcha Felipe de Cáceres con buen orden hacia el río Paraguay, no le sucedió cosa adversa con los indios de aquellos llanos, y llegó hasta sus cercanías, sin ninguna pesadumbre, hasta que estando como tres jornadas del puerto, una tarde encontraron con ocho indios con sus familias que venían de la otra parte del río a visitar a los de ésta, que todos eran de una nación y parientes, y esta noche unos soldados registraron la ropa que traían, y entre ella hallaron en un cesto un puño de daga de plata dorada, que luego se conoció haber sido del mensajero Jacome, con que al instante se sospechó el mal suceso, y para averiguarlo, se llamaron a los indios, a quienes fue preguntado, de donde habían sacado aquel puño, sobre que variamente respondieron, de que resultó poner a uno de ellos en cuestión de tormento, en que confesó todo lo que había pasado, y como a Jacome le habían muerto en el pueblo de Anguaguasú y que sus habitantes con todos los de la tierra estaban resueltos a dar una cruel guerra a los españoles, y no dejarlos pasar; esta noticia causó bastante turbación en el Real.

Habiendo llegado al pasaje del río, fueron luego metidos de los indios Payaguáes y Guayarapos, porque acaeció que, habiendo el General enviado en dos canoas pequeñas a seis soldados a sacar de una laguna ciertas barcas y canoas que habían dejado hundidas para su vuelta, los asaltaron y prendieron los Payaguaes, que con su acostumbrada malicia habían visto en las bajas del río aquellas embarcaciones, con que creyeron tener en ellas cebo para conseguir sus malditos intentos, cuando los nuestros fuesen a sacarlas. Así fue que luego que llegó nuestra tropa, salió cantidad de canoas a ponerse a la vista de nuestro Real con gente de guerra, encubriéndose con ramas y yerbasales de la vega del río: así estuvieron esperando a que fuesen los nuestros a sacar las embarcaciones que allí estaban debajo del agua. De los seis soldados que cogieron cautivos, se rescataron tres, y los otros tres fueron llevados a los pueblos de Payaguaes, quienes no los quisieron dar a precio alguno, hasta que vinieron a pedir una trompeta de plata, que traía el General con otras preseas y ropa de color, de que hacen grande aprecio, con que fueron rescatados: y sacadas las embarcaciones de donde estaban sumergidas, mandó luego el General pasar a la otra banda veinte arcabuceros para señorearse del paso, y hecho con diligencia, fueron atravesando con buen orden, hasta que pusieron de la otra parte todo el tren, caballos y vacas y yeguas que traían. Al tercer día que caminaron del puerto, llegaron al primer pueblo de la comarca de Itatin, el que hallaron sin gente por haberse retirado sus habitantes y con ánimo de poner en efecto sus depravados intentos. Y pasando adelante hacia el pueblo principal de la comarca, sintieron los nuestros en un bosque rumor de mucha gente, que estaba allí de celada, con que todos fueron marchando muy alerta puestos en orden; y cerrados en cinco columnas o mangas como a las diez del día acometieron los indios a nuestra vanguardia que iba mandada del General, y luego inmediatamente asaltaron a los demás del batallón hasta retaguardia, hiriendo a los nuestros con tanta furia que pareció imposible resistir; mas, esforzándose los españoles con tan indecible brío a pie y a caballo, causaron mucha mortandad en los indios enemigos, aunque en mucho rato no se pudo conocer ventaja: el Obispo y demás religiosos exhortaron a los soldados, animándolos con la moderación y eficacia que les prometía su estado en circunstancia de tanto aprieto, con que los nuestros poco a poco fueron ganando tierra: y viendo esta ventaja, se empeñaron de tal modo los nuestros, que dentro de poco tiempo se pusieron en fuga los infieles en lo más ardiente de la pelea, cosa que causó gran novedad en nuestra gente. Después de pasada la refriega se supo que habían los indios huido por no haber podido sufrir el valor y esfuerzo de un valerosísimo caballero, que lleno de resplandores los lanceaba, con tanta velocidad que parecía un rayo. Creyóse piadosamente que fuese el Apóstol Santiago o el bienaventurado San Blas, patrón de aquella tierra: sea cual fuese, lo cierto es que aquel gran beneficio vino de la misericordiosa mano del Altísimo, que no quiso que pereciese aquel buen Pastor con su rebaño, pues permitió el vencimiento de más de diez mil indios en tan ventajoso sitio. Esto sucedió el 12 de diciembre del año 1568. De allí adelante continuaron los indios sus asaltos y celadas, aunque siempre fueron desairados sus discursos, porque salieron siempre vencidos. Llegó al fin la armada a la costa del río Jejuí, que dista de la Asunción treinta y tantas leguas, a donde salieron a recibirlos algunos indios de paz. Desde este paraje dieron aviso a la ciudad, pidiendo enviasen algunas embarcaciones para bajar con más comodidad, como se ejecutó, echando por tierra la gente más ligera con los ganados hasta llegar a su destino. El Capitán Juan de Ortega con los demás caballeros de la

República salieron a recibir al Obispo con mucho aplauso, y lo mismo al General, aunque entrambos iban discordes, si bien que por entonces lo disimularon, hasta que después con el tiempo vinieron a manifestar su enemistad. Luego que llegó el General, aún sin quitarse las armas de que iba vestido, ni tomar descanso, mandó convocar a cabildo, y se recibió al uso y ejercicio de su empleo, quedando por entonces en pacífica posesión del gobierno: esto pasó a la entrada del año de 1569: nombró por su Teniente General a Martín Suárez de Toledo, y por Alguacil mayor de la provincia al Capitán Pedro de la Puente, acudiendo en todo lo demás a lo que convenía al Real servicio y bien de la República.

CAPÍTULO XVI

De un tumulto que se levantó contra el Capitán Alonso Riquelme, y del socorro que se le dio

Después que el Capitán Alonso Riquelme hubo allanado los pasados movimientos de los indios de la provincia del Guairá, cuyo gobierno tenía por el Gobernador Francisco Ortiz de Vergara, estaba aquella tierra pacífica, y los vecinos encomenderos con mucho descanso y comodidad hasta el año de 1569 en que hubo entre ellos ciertas novedades que principiaron en esta forma.

Descubriéronse en aquel territorio unas piedras muy cristalinas, que se crían dentro de unos cocos de pedernal, tan apretadas como juntas, haciendo unas puntas piramidales, que ocupan toda aquella periferia. Son de diversos y lucidos colores, blancas, amarillas, moradas, coloradas y verdes, con tanta diafanidad y lustres, que fueron reputadas por piedras finísimas y de gran valor, diciendo eran rubíes, esmeraldas, amatistas, topacios y aun diamantes. Estos cocos por lo común se crían bajo de tierra en los montes, hasta que sazonados los granos, revientan, dando un grande estruendo, y con tanta fuerza, que se han hallado algunos pedazos de pedernal más de diez pasos de distancia de adonde reventó el coco, que con el incremento que toma dentro de aquellas piedrecillas, hace tal estrago al reventar debajo de tierra que parece que con la fuerza de estruendo estremece los montes.

Con haber hallado estas tan lucidas piedras creyeron aquellos hombres que poseían la mayor de las riquezas del mundo, con lo cual resolvieron dejar la población y caminar hacia la costa del mar, y por uno de sus puertos irse a España con sus familias, lo que quisieron poner en ejecución secretamente; más, habiéndose entendido por el Superior, fueron presos de su orden algunos de los seductores de esta determinación, y habiendo ofrecido éstos con juramento el aquietarse en lo sucesivo, fueron puestos en libertad. Pasados algunos días, estando Alonso Riquelme muy descuidado de este tumulto, llegaron a su casa cuarenta soldados, todos armados, y le requirieron por escrito les diese caudillo para ir a los puertos de mar de aquella costa, y embarcase a dar cuenta a S.M. de la gran riqueza que tenía aquella tierra, y que de negársela, harían lo que más le conviniese. Respondióles que se vería más despacio, y se resolvería lo más acertado al real servicio; pero habiendo tardado en la resolución, tomaron la de prender al Capitán, y

a algunos de su Parte una noche, como lo ejecutaron, quitándoles las armas con que pudiesen resistir, siendo cabeza de esta rebelión el Padre Escalera, clérigo. Habiéndose prevenido de lo necesario, salieron de la ciudad por el río y por tierra bajo la conducta de un inglés llamado Nicolás Colman, hasta que llegados a cierto puerto, dejaron sus canoas y tomaron el camino por tierra, habiendo dejado en la ciudad al Capitán Alonso Riquelme solo con algunos amigos suyos, quien, habiendo dado aviso de lo que había sucedido, a la ciudad de Asunción, fue a su socorro el Capitán Ruy Díaz Melgarejo, que, aunque por haber muerto a un clérigo, está excomulgado, fue absuelto por el Previsor general de aquel obispado, el Padre Paniagua, quien quiso ir en esta empresa con otros sus amigos, que entre todos componían cincuenta soldados. Llegados al Paraná, tuvieron pronto lo necesario para el pasaje, con que brevemente lo facilitaron. Prosiguieron en seguir a los amotinados, y habiéndolos alcanzado, los castigaron con más suavidad y benignidad que merecían sus delitos, los cuales coloreaba el Capitán Ruy Díaz, favoreciendo en secreto a los tumultuarios con perjuicio del buen crédito de Alonso de Riquelme por la antigua emulación que entre ellos había; y conociendo éste cuánto disminuía su reputación, y lo que podía seguirle de estar juntos, determino venirse a la Asunción con el Provisor y el Capitán Ruy García, y otros cuarenta hombres de aquella tierra, que puestos en camino por el año de 1569, hallaron los indios de los pueblos que por allí había alzados, resueltos a estorbarles el camino, por lo cual se juntaron y pusieron emboscada en algunos sitios cómodos, en los cuales era preciso reñir con ellos los más de los días. Hallándose ya los nuestros a distancia de 26 leguas de la Asunción en la travesía de un asperísimo bosque llamado Erespoco, les ganaron la entrada más de 4.000 indios, y todo el camino, dándoles de un lado y otro muchas rociadas de flecherías, donde los nuestros hubieron de menester bien las manos, y ganándoles el puerto, los fueron echando por sus senderos a arcabuzazos, hasta sacarlos a lo raso, donde el Capitán Alonso de Riquelme con sus soldados escaramuzó, y poniéndolos en huida, pasaron adelante, y otro día siguiente llegaron a las barranqueras del río Paraguay, donde se junta el camino de Santa Cruz, con el que va de esta tierra, y mirando por aquel campo, vieron mucho estiércol de caballos y vacas de los que habían traído los españoles del Perú, aunque los nuestros no pudieron saber de qué podrían ser aquellos vestigios, hasta que la noche siguiente prendieron a ciertos indios, que venían desertores de la Asunción a vivir con los alzados. De éstos supieron la llegada del General y del obispo, y demás gentes que iban del Perú. Noticia poco agradable a Riquelme por la enemistad que tenían entre sí, desde la prisión del Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca su tío. No fue menos sensible para Francisco Gómez Paniagua por haber entendido que el Ilustrísimo Obispo no tendría a bien la absolución de Ruy Díaz Melgarejo. En tal grado puso a ambos esta confusión, que a no contemplar las grandes dificultades del camino que habían andado, se hubieran quizá vuelto. Mas al fin resolvieron ir a ponerse delante de quienes tanto se recelaban. Despacharon luego mensajeros a la ciudad, avisando de su ida, por lo cual el General envió luego a saludarlos. Al otro día entraron en la Asunción, a cuyo recibimiento salió el General desde su casa hasta la puente de la Catedral con grandes demostraciones de cortesía y afabilidad, trabando desde aquel día nueva amistad entre sí, y olvidando los agravios pasados, como después diremos en adelante.

CAPÍTULO XVII

Del viaje que hizo Felipe de Cáceres a Buenos Aires, y de la vuelta de Alonso de Riquelme a la provincia del Guairá y su prisión

Lo primero que el General Felipe de Cáceres hizo, después que llegó a la Asunción, fue mandar aparejar los bergantines y demás embarcaciones que allí había, y alistar 150 soldados para ir a reconocer la boca del Río de la Plata, y ver si venía alguna gente de España en cumplimiento de la instrucción que traía de Juan Ortiz de Zárate desde la ciudad de los Reyes, y habiendo hecho todos los aprestos necesarios, entrado el año de 1570, salió de aquel puerto, y llegado a las Siete Corrientes, halló muchas canoas de indios Guaranés, con quienes tuvieron encuentro, en que señorearon los nuestros a fuerza de arcabuzazos. Desde allí caminando por sus jornadas, llegaron al puerto del Fuerte de Gaboro, de donde vinieron los indios a pedir paz, y de allí pasaron al río de las Palmas y Golfo de Buenos Aires. Reconocida esta costa, pasó a la otra de San Gabriel, donde dejó escritas unas cartas de aviso, metidas dentro de una botijuela al pie de una cruz. Desde allí dio vuelta río arriba hacia la Asunción sin haber tenido mal suceso alguno. Habiendo llegado persuadió con muchas razones al Capitán Alonso Riquelme a que volviese a la provincia del Guairá a gobernarla, como se lo había encargado el Gobernador Juan Ortiz de Zárate; y habiendo condescendido, le dio los poderes que para ello traía, y demás provisiones de la Real Audiencia; y habiéndose prevenido de gente y demás que era necesario, salió de la Asunción con cincuenta soldados. Y porque en aquel tiempo estaba la tierra alborotada y puesta en arma, salieron a acompañarle cien arcabuceros a cargo del Tesorero Dame de la Barriaga; y habiendo llegado a distancia de 39 leguas de la ciudad sobre un gran pantano llamado Cuarepotí, hallaron todos los indios juntos con intento de hacer guerra a los españoles; y habiéndolos acometido éstos por tres distintas partes, los sacaron al campo raso, donde los desbarataron y vencieron con muerte de muchos indios. Hecho esto se despidieron unos para la Asunción, y otros prosiguieron con el Capitán Riquelme su camino, en que tuvieron otros varios encuentros hasta llegar a un pueblo de indios llamados Maracayúes, cinco jornadas de la ciudad Real, de donde despachó ciertos mensajeros españoles a avisar al Capitán Ruy Díaz de su ida, y ofrecerle de su parte su amistad y gracia. Recibidas las cartas, en vez de despacharle el socorro necesario, y agradecer sus ofertas, como buen caballero, convocó a sus amigos y otros muchos que juntó en su casa, vencidos unos del temor, y otros del ruego, y les comunicó el intento que tenía, que era no recibir a Riquelme, ni obedecer los poderes que llevaba, para lo cual se hizo elegir en la junta por Capitán General y justicia mayor en nombre de su hermano Francisco Ortiz de Vergara, y luego salió de la ciudad con cien arcabuceros, y se puso con ellos en la travesía y paso del río, en una isla que dista de tierra un cuarto de legua sobre el canal de aquel peligroso salto, donde asentó su Real, y puso su gente en forma de guerra, con orden que nadie pasase a la parte donde estaba Alonso Riquelme con pena de la vida. Aquella noche despachó mañosamente algunos amigos suyos, para que fuesen a sonsacarle la gente que pudiesen de su compañía, que como los más eran vecinos y casados en la ciudad Real, le pareció fácil persuadirlos; como con efecto sucedió, de suerte que no quedaron más que su Capitán que cuatro soldados. Viéndose Alonso Riquelme en este desamparo, mandó suplicar a Ruy Díaz que, pues no le permitía entrar, se sirviese despacharle su mujer e hijos, que con ellos y los pocos soldados que le habían quedado, se quería volver a la Asunción. La respuesta fue que no era tan inhumano, que

permitiese que los indios del camino matasen a los que no tienen culpa, como él la tenía en haberle ido a dar pesadumbre, pero como le entregase los poderes que llevaba, le daba palabra de no hacerle ningún agravio, con cuyo seguro podría pasar a su casa sin tratar de meterse en cosa de justicia, sino vivir sosegadamente.

Oído este recado, y viéndose Alonso de Riquelme sin poder hacer otra cosa, se pasó con mucha confianza a la isla, donde fue a la tienda de Ruy Díaz, quien luego le hizo quitar las armas, y poner en prisión con dos pares de grillos, y le mandó embarcar una canoa, y con toda la comitiva se partió para la ciudad, llevando delante de sí en una hamaca al preso, formada la gente en escuadrón, tocando pífano y atambores: habiendo llegado, le metió en su propia casa en una estrecha cárcel, que le tenía prevenida, donde le puso con guardias con notable riesgo de perder la vida a mano de tanta vejación y molestia. Al cabo de un año de prisión le desterró a una casa fuerte que tenía cuarenta leguas de la ciudad fabricada para este efecto, donde fue entregado a un Alcaide llamado Luis de Osorio. Allí estuvo otro año con el mismo padecimiento, hasta que Dios Nuestro Señor quiso aliviarle con otros acaecimientos.

CAPÍTULO XVIII

De las disensiones que hubo en la Asunción entre el Obispo y el General Felipe de Cáceres hasta su prisión

En tanto que pasaban las cosas referidas en la provincia del Guairá, vinieron a tal estado las pasiones y diferencias entre el General Felipe de Cáceres y el Obispo, que estaba toda la ciudad de la Asunción dividida en dos bandos: unos decían que la parte del Obispo debía prevalecer por Pastor; y otros que la del General por Ministro del Rey, pues en lo temporal no tenía por qué sujetarse al Obispo. De aquí resultó que el General castigó a algunas personas del bando opuesto; y el Obispo se valió de censuras y excomuniones contra el General y sus ministros. Era tal la confusión, que algunos clérigos y eclesiásticos se mostraban contra el Obispo, y muchísimos seculares contra el Gobernador, viviendo todos en suma inquietud y sobresalto. Habiendo entendido el General que trataban de prenderle, aprisionó a algunas personas sospechosas, y entre ellas al Provisor Alonso de Segovia. Y llegándose el tiempo de la venida del Gobernador Juan Ortiz de Zárate, se determinó el General bajar a reconocer la boca del Río de la Plata, por ver si parecía la armada; y habiendo prevenido los bergantines, barcas y canoas, bajó con doscientos hombres, llevando preso consigo al Provisor con ánimo de extrañarle de la provincia y pasarle a la de Tucumán, aunque hasta entonces no estaba descubierto aquel camino.

Caminando con su armada, llegó a los anegadizos de los Mepenes, en seguida al riachuelo de lo Quebacas, y después a la boca del río Salado, donde tuvo comunicación con los naturales de aquella tierra, y desde allí pasó al fuerte de Gaboto; y entrando por el río Varadero, salió al de las Palmas, y después fue a la isla de Martín García, donde salieron a pedir paz algunos indios Guaranés de aquellas islas. De allí atravesó aquel golfo a la de San Gabriel, desde donde despachó un bergantín a la isla de Flores cerca de

Maldonado, el cual volvió sin haber en toda aquella costa divisado señas de gente española. Con la llegada del bergantín se resolvió la vuelta, dejando en todas las partes señales, cartas y avisos, para los que viniesen. En este viaje se advirtió que el General, siempre que se proporcionaba ocasión, por muy ligeras causas rompía guerras con los indios del tránsito, con que se hizo juicio que quería cerrar la entrada del río. Resolvióse despachar al Provisor por el río Salado arriba hasta el Tucumán, y aunque para el efecto navegaron por él algunos días, no pudieron pasar adelante por estar muy cerrado de árboles y bancos de arena, y así retrocedieron a la armada, que pasados cuatro meses, llegó a la ciudad de la Asunción, cuya república halló en peor estado, porque el Obispo había llevado a su bando muchas personas principales, que trataban de prender o matar al General. Descubierta el intento, se prendieron algunas personas de sospecha, y entre ellas a un caballero llamado Pedro Esquibel, a quien luego mandó el General dar garrote, y cortar la cabeza, poniéndola en la picota: acción que causó gran turbación en todo el pueblo. Mandóse por bando que ninguna persona comunicase con el Obispo, ni hiciese junta de gente en su casa; y habiéndose entendido que su lugar Teniente Martín Suárez de Toledo tenía secreta comunicación con su Ilustrísima, le privó del oficio, y así muchas personas tuvieron por bien ausentarse a sus chacras y haciendas de campaña. El Obispo se metió en el convento de Nuestra Señora de Mercedes, donde muchos días estuvo recluso, temeroso y perseguido del General y sus ministros. Felipe de Cáceres mismo después de estos disturbios y recelos se mantenía con 50 hombres de guardia de su persona remudados cada semana, hasta que entrado el año de 1572 se resolvió la parte contraria a prenderle. Convocóse mucha gente, de modo que una noche se juntaron en casa de un vecino cercano a la Catedral 140 hombres, citados por un religioso Franciscano llamado Fray Francisco del Campo. Un lunes por la mañana, saliendo el General a oír misa en la Catedral, acompañado de su guardia, entró a hacer oración fuera de la Capilla mayor, desde donde oyó mucho tumulto y ruido de gente que entraba por la puerta del Perdón y traviesas, con cuya vista (siendo de gente armada) se levantó el General, y metiendo mano a su espada, se entró en la Capilla mayor, a cuyo tiempo salió de la sacristía el Obispo revestido con un Santo Cristo en la mano junto con su Provisor, diciendo en altas voces: Viva la Fe de Jesu-Cristo. Con esto el General se arrimó hacia el sagrario, donde le acometieron los soldados con tropel de golpes y estocadas, sin que la guardia los resistiese, ni hiciese defensa alguna; porque todos al oír la voz del Obispo, que decía: Viva la Fe de Jesu-Cristo: respondieron, viva, excepto un hidalgo extremeño, llamado Gonzalo de Altamirano, que se opuso al orgullo de los que venían a esta prisión; pero de tal suerte le atropellaron e hirieron, que dentro de pocos días murió. Arremetiendo al General, le desarmaron y asiéndole de los cabellos y barbas, le llevaron en volantas al convento de las Mercedes, donde el Obispo le tenía dispuesta una fuerte y estrecha cámara, donde le pusieron con dos pares de grillos y una gruesa cadena, que atravesaba la pared, y correspondía al aposento del Obispo, y también en un cepo de madera cerrado con candado, cuya llave tenía el mismo Obispo. Dentro y fuera se le pusieron guardas a su costa; secuestráronle todos sus bienes, dejándole sólo para sustentarse muy escasamente. En tal estrechez estuvo este buen Caballero un año, padeciendo tales inhumanidades y molestias, que vino a pagar con lo mismo que él fraguó contra su Adelantado Alvar Núñez. ¡Altos e incomprensibles juicios de Dios, que permite que pague en la misma quien faltó al derecho de las gentes!

Al punto que se vio en la ciudad que llevaban preso al General, salió Martín Suárez de Toledo a la plaza rodeado de mucha gente armada con una vara de justicia en la mano, apellidando la voz del Rey, con que juntó así muchos arcabuceros, y usurpó sin resistencia la Real jurisdicción. Pasados cuatro días, convocó a cabildo, para que le recibiesen por Capitán y justicia mayor de la provincia, y habiendo visto por los capitulares la fuerza de esta tiranía, por obviar mayores escándalos, le recibieron al uso y ejercicio de este empleo, en el que proveyó Tenientes, Capitanes, encomenderos y demás empleos y mercedes, como consta de un auto que contra él pronunció el Adelantado Juan Ortiz de Zárate, que me pareció bien ponerle aquí la letra que es del tenor siguiente: El Adelantado Juan Ortiz de Zárate, caballero del orden de Santiago, Capitán General, Justicia mayor, y Alguacil mayor de estas provincias de la gobernación del Río de la Plata; nuevamente intitulada la Nueva Vizcaya por la Magestad del Rey don Felipe II Nuestro Señor: Digo que por cuanto, como es público y notorio, que al tiempo que los señores don Fray Pedro de la Torre, Obispo de estas provincias, y Alonso de Segovia su Provisor, con las demás personas que para ello se juntaron, prendieron en la iglesia mayor de esta ciudad de la Asunción a Felipe de Cáceres, mi Teniente General de Gobernador en estas provincias; Martín Suárez de Toledo, vecino de esta dicha ciudad, de su propia autoridad, temeraria y atrevidamente el día de la dicha prisión tomó la vara de justicia Real en la mano, y usando de ella, usurpó la Real jurisdicción, donde después de tres o cuatro días el Cabildo, justicia y Regimiento de esta dicha ciudad, viendo que convenía al servicio de Dios Nuestro Señor, y por obviar el grande escándalo y desasosiego de los soldados y gente que se habían hallado en la dicha prisión, nombraron y recibieron al dicho Martín Suárez por mi lugar Teniente, y justicia mayor de todas estas provincias, y usando dicho oficio, sin tener poder de Su Magestad, ni mío en su Real nombre, ni menos el Cabildo y Regimiento de esta ciudad se lo pudieron dar sin tener facultad para ello: con poder absoluto dio y encomendó todos los repartimientos de indios que estaban vacos y después vacaron, y las piezas de Yanaconas de indios e indias quedaron encomendadas a las personas que quiso, por ser sus íntimos amigos y parciales en sus negocios. Por tanto por el presente en nombre de S.M., y por virtud de los reales poderes, que para ello tengo, y que por su notoriedad no van aquí expresados, doy por ninguno y de ningún valor y efecto todas las encomiendas, y repartimientos de indios Yanaconas, tierras y demás mercedes, que el dicho Martín Suárez de Toledo hizo, dio y encomendó a cualesquier personas, así en el distrito de esta ciudad de la Asunción, como en la misma ciudad Real de la provincia del Guairá; y pronuncio y declaro por vacos todos los dichos repartimientos y mercedes, para dar y encomendarlos a las personas beneméritas y a los conquistadores, que hayan servido a S. M. lealmente en esta tierra, conforme a la orden que tengo del Rey Nuestro Señor, y mando a todas las personas que así tuvieren mercedes hechas de dicho Martín Suárez de Toledo no usen de ellas en manera alguna, directa ni indirectamente, y luego que este mi auto fuere publicado, dentro de tercero día vengan manifestando los dichos indios que tuvieren con las mercedes y encomiendas de ellos, so pena de quinientos pesos de oro, aplicados para la cámara y fisco de S.M. la mitad de ellos, y la otra mitad para la persona que denunciare, en la cual dicha pena doy por condenados a los inobedientes y trasgresores de este mi auto, el cual mando se pregone públicamente en la plaza de esta ciudad; y de como así lo pronunció, proveo y mando, lo firmo de mí nombre, siendo presentes por testigos el Capitán Alonso Riquelme de

Guzmán y el Tesorero Dame de la Barriega y Diego Martínez de Irala, vecinos y residentes en dicha ciudad. Y es fecho hoy sábado 22 días del mes de octubre de 1575 años. -- El Adelantado Juan Ortiz de Zarate. -- Por mandato de S. S. Luis Márquez, Escribano de Gobernación.

CAPÍTULO XIX

Cómo fue llevado Felipe de Cáceres a Castilla. La población de Santa Fe, y de cómo los pobladores se toparon con el Gobernador de Tucumán

En este estado estaban las cosas de la provincia después de la prisión de Felipe de Cáceres, cuando por orden del Obispo y Martín Suárez de Toledo le despacharon mensajeros a la provincia del Guairá a llamar a Ruy Díaz Melgarejo, para que como enemigo capital suyo, le llevase a Castilla en la carabela, que ya a este tiempo se estaba haciendo a mucha priesa; y así el mismo año salió el Capitán Hernán González con treinta soldados al efecto: y llegando al puerto y paraje que está tres leguas de la otra parte de la ciudad, hicieron sus fuegos, para que les acudiese gente. Luego el Capitán Ruy Díaz envió seis soldados a ver quiénes eran, con orden que no llegasen a tierra hasta haberla reconocido, y con todo recato mirar que gente era la que venía, y siendo sospechosa, no embarcasen a ninguna hasta saber su voluntad. Llegada la canoa donde estaba Hernán González y sus compañeros, hablaron con ellos desde fuera, e informados de la prisión de Felipe de Cáceres, de quien era todo el recelo, y asegurados que todo eran amigos, embarcaron al Caudillo, y otros dos con él, y los llevaron al Capitán Ruy Díaz con las cartas y recados, que conducían, quedándose los demás en aquel puerto, hasta que se les envió lo necesario para su pasaje. Vistos los recados y cartas de sus amigos, se determinó de hacer lo que le pedían, y prevenido de lo necesario, con buena compañía de gente salió de aquella ciudad, aunque después de puesto en camino se arrepintió; mas no pudiendo hacer otra cosa, prosiguió y llegó a la Asunción, donde no fue tan bien recibido de Martín Suárez de Toledo, como algunos creían, respecto de que el uno del otro no se fiaba, ni tenían buena voluntad: y así estuvieron algunos días no muy corrientes, hasta que el Obispo tomó la mano y los conformó.

Luego que Ruy Díaz Melgarejo salió de la Ciudad Real, todos los vecinos y demás personas de la tierra enviaron a sacar al Capitán Alonso de Riquelme de la Fortaleza, donde estaba preso y desterrado por Ruy Díaz, y venido a la ciudad, todos le recibieron por su Capitán y Teniente de Gobernador y Justicia Mayor de aquel distrito. Recibido con la solemnidad debida al uso de su oficio, puso la Ciudad y tierra en paz y justicia, de que carecía, hasta tanto que, el que tenía la superior gobernación en nombre de S.M., otra cosa proveyese.

Acabada la carabela determinó irse el Obispo personalmente en ella a Castilla, llevándose consigo preso a Felipe de Cáceres, y que fuese por capitán Ruy Díaz Melgarejo, como persona que tenía necesidad de ir a Roma por el suceso pasado. Juntamente con esto se concedió facultad a un hidalgo vizcaíno llamado Juan de Garay, para que se hiciese de gente, y saliese con ella a hacer una población en Santi Espíritu, o donde más conviniese,

y hecho su nombramiento, levantó ochenta soldados, todos los más hijos de la tierra, y prevenidos de armas, municiones y caballos, salieron de la ciudad de la Asunción el año de 1573 por tierra y por el río en un bergantín y otras embarcaciones juntos en conserva del Obispo, y de los demás que iban a España, y por tierra llevaron caballos, yeguas y vacas, que llegados a la boca del Río Paraguay, acordaron que los de tierra pasasen el río a la otra parte del Paraná, y por aquella costa se fuesen hasta la laguna de los Patos. Lo cual se hizo sin dificultad de enemigos, a más de ir descubriendo aquel camino, que jamás se había andado por los españoles, y juntos en aquel pasaje los de la carabela y pobladores, se dividieron los unos para Castilla, y los otros tomaron el río que llaman de los Quiloazas, atravesando a la parte del Sudoeste, y sentado su Real corrió Juan de Garay aquel territorio, y vista su buena disposición determinó hacer allí una fundación, para lo cual ordenó su elección de Cabildo y Regidores con dos Alcaldes ordinarios y su Procurador. Y habiendo tomado posesión y hecho los requisitos de ella, puso luego por obra un fuerte de tapias de la capacidad de una cuadra con sus torreones, donde se metió con su gente. Fue hecha esta fundación, llamada la ciudad de Santa Fe, el año referido, día del bienaventurado San Gerónimo; está en un llano tres leguas más adentro sobre este mismo río, que sale doce leguas abajo. Es muy apacible y abrigado para todo género de navíos, la tierra es muy fértil de todo lo que en ella se siembra, de mucha caza y pesquería; hay en aquella comarca muchos naturales de diferentes lenguas y naciones de una y otra parte del río, que unos son labradores, y otros no, por manera que, concluido el fuerte, luego Juan de Garay salió a correr la tierra, empadronando los indios de la comarca, así para encomendarlos a los pobladores, como para saber el numero que había, para lo cual sacó cuarenta soldados en el bergantín, una barca y algunas canoas; y navegando el río abajo, le salieron muchos indios de paz, y para poderlos visitar fue forzoso entrar con el bergantín por un estrecho río, que sale al mismo principal, por donde había muchos pueblos de naturales; y después de haber entrado por aquel brazo, y llegado a cierto pueblo de indios, donde les pidieron estuviesen algunos días para ver la tierra; una mañana fue llegando tanta multitud de gente, que los puso en gran cuidado, por lo cual mandó el Capitán a su gente que estuviesen todos alerta con las armas en las manos, y que ninguno disparase, hasta que él lo mandase; y viendo que toda aquella tierra se abrasaba en fuegos y humaredas, mandó subir a un marinero a la gavia del navío, para que reconociese el campo, el cual dijo que todo cuanto se veía a la redonda, estaba lleno de gente de guerra, y mucha más que venía por todas partes, sin muchas canoas que de río abajo y arriba acudían para coger los navíos en medio. El capitán se puso a punto de guerra, y conociendo el peligro en que estaba, por la estructura del río y la dificultad de no poder salir de él sin gran riesgo, habló a sus soldados esforzándolos animosamente; cuando en este punto dijo el marinero que estaba en la vigía: "Un hombre de a caballo veo que va corriendo tras unos indios." Dijéronle que mirase lo que decía; luego respondió: "Otros veo que le va siguiendo (y prosiguiendo, dijo) tres, cuatro, cinco, seis de a caballo." Los cuales según parecía andaban escaramuzando con los indios, que venían a esta junta a dar en los nuestros; y siendo asaltados repentinamente los de tierra, comenzaban a huir, dando la voz de como había españoles de aquella parte, que los herían y mataban, con lo que luego al punto se deshizo toda aquella multitud, de tal manera que por huir más apriesa, dejaban por los campos arcos y flechas, con que vinieron a quedar los nuestros libres de este notable riesgo. El Capitán Juan de Garay escribió luego una carta a aquellos caballeros con un indio ladino, que a sirga iba

revolviendo para el Río de la Plata. Tiene en su jurisdicción esta comarca mucha cantidad de indios y pueblos, que por no estar reducidos no se pudo entonces saber la cantidad y así en diferentes tiempos se fueron encomendando a los pobladores. Está situada en 32 grados poco mas o menos desde a oeste con la ciudad de Santa Fe distante 60 leguas. Esta es otra población y ciudad. (Faltan algunas hojas del manuscrito y así no se sabe lo que es, sólo dice que está setenta leguas de Santa Fe, por la cuenta es la ciudad de Córdoba y el Gobernador de Tucumán, y que una y otra fueron pobladas en un mismo año y día que es el que se ha dicho del Señor San Gerónimo) donde después de haber hecho un fuerte de adobes con sus cubos y terrados, en que recogió toda su gente, derterminó el Gobernador de salir a correr toda la provincia, como lo hizo, y tomando lengua, fue discurriendo por aquellos llanos hasta reconocer el Río de la Plata, donde se toparon ambos Capitanes, como está referido en el capítulo pasado, y vuelto a su nueva ciudad, despachó a Nuño de Aguilar con treinta soldados a requerir a Juan de Garay le entregase la tendencia y jurisdicción que tenía de aquellas tierra, por estar en el distrito de su Gobierno y conquista, y dándole aviso de lo demás que convenía, partieron para la ciudad de Santa Fe, donde llegados hicieron sus requerimientos y protestaciones a Juan de Garay, y al cabildo de aquella ciudad, en que pasaron muchas demandas y respuestas en el caso: y respondiendo a todos ellos Juan de Garay, dijo que en manera alguna no haría tal, porque aquella población había sido hecha por él a nombre de S.M., y de la persona que tenía la superior Gobernación de aquellas provincias a su costa y mención, y a la de los demás pobladores que allí estaban en su compañía, a la cual no habían sido intrusos, porque los antiguos conquistadores de aquellas provincias habían sido los primeros descubridores de ella, por cuya razón no Podía pertenecer aquella jurisdicción a otro sino al Gobernador del Río de la Plata. Estando en estos debates de una y otra parte, legaron al puerto de aquella ciudad tres canoas de indios guaraníes, naturales de las islas de Buenos Aires con un principal llamado Ñamandú, éste traía un pliego cerrado, dirigido a Juan de Garay, a quien el cacique le entregó, y abierto que fue, halló que el Adelantado Juan Ortiz de Zárate había entrado con su armada, que venía de Castilla, en el puerto de San Gabriel, donde estaba surta con su gente a la parte de tierra firme con necesidad de comida, y apretado de los indios Charrúas de aquella costa, haciéndosele saber le hiciese el socorro conveniente de que tanta necesidad tenía. Para lo cual le despachó nombramiento de su lugar Teniente y justicia Mayor en aquella ciudad, con las demás provisiones y cédulas reales en que S.M. le hacía merced de aquel gobierno, por las cuales le incluía todas las poblaciones que otros Capitanes hubiesen hecho en 200 leguas del Río de la Plata al sur hasta la gobernación del Reino de Chile, por cuya demarcación la provincia de Tucumán entraba en el término y jurisdicción de este gobierno, en virtud de lo cual luego el Capitán Juan de Garay intimó a Nuño de Aguilar la provisión contenida, y le requirió en nombre de su Gobernador al cumplimiento de ella, el cual habiéndola oído y obedecido dio su respuesta, a lo que a su derecho convenía, y sin tratar más de este negocio, aquella misma noche antes de amanecer partieron para su ciudad, donde llegados, dieron cuenta al Gobernador de lo que pasaba, a quien al mismo tiempo le llegaron mensajeros, como le entraba sucesor en aquel gobierno por S.M., que era caballero de Sevilla, llamado Gonzalo de Abreu, de cuyos sucesos, y de los demás que acerca de esta provincia se ofreció, se podrá largamente dar individual noticia en el libro siguiente.

